

Bianca

Amor mediterráneo

Anne McAllister

Amor Mediterráneo

Anne McAllister

3º Serie Antonides-Savas

43º Multiserie "Magnates Griegos"

Amor Mediterráneo (2007)

Título Original: The Santorini bride (2007) **Multiserie: 43º Magnates griegos**

Serie: 3º Antonides—Savas

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1745

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Theo Savas y Martha Antonides

Argumento:

No había un sitio mejor para enamorarse que la isla de Santorini, donde la pasión inundaba a todos aquéllos que llegaban a sus costas…

La heredera Martha Antonides se quedó de piedra al llegar a la mansión que su familia tenía desde hacía generaciones en la isla de Santorini y descubrir que el millonario Theo Savas se había instalado en ella. Obligados a estar bajo el mismo techo, Martha y Theo se dejaron llevar por la pasión y comenzaron una ardiente aventura. Theo jamás se casaría, por lo que Martha sabía que lo mejor sería irse de allí, pero su corazón y su cuerpo no McAllister, Anne – Amor Mediterráneo — 3º Antonides—Savas / 43º Mult. Magnates griegos *parecían dispuestos a obedecer a su cabeza. Ya fuera como esposa o como amante… era suya y sólo suya.*

Capítulo 1

—Sólo una subida más…

Siguiendo los empinados escalones que subían desde el muelle, Martha podía ver su casa. Gracias a Dios.

Cuando se bajó del barco y pisó tierra en Santorini, pensó «estoy en casa», pero se le había olvidado la cuesta que tendría que subir, y no le había dicho a Ariela, la mujer que se ocupaba de la casa, que iría, así que nadie había ido a esperarla.

No le importaba. Había tomado la decisión de llegar allí sola y de estar allí sola.

La subida era parte del viaje. Pero estaba agotada y sudorosa, y su bolsa de viaje, que había preparado para volver a casa, a Nueva York, y no para un viaje sorpresa a Grecia, parecía llena de plomo.

Martha volvió a levantar la vista. Bajo la radiante luz del verano, las paredes de la casa encalada de dos plantas parecía un espejismo, casi un sueño. Había corrido tanta adrenalina por sus venas en las últimas horas, que habría pensado que todo aquello era parte de una alucinación de no saber que se había gastado hasta su último dólar en un billete de avión desde Nueva York el día anterior.

¿Tan poco tiempo había pasado?

Le parecía que hacía una eternidad desde el momento en que subió de dos en dos las escaleras del loft de su novio, Julian, en el barrio de Tribecca, pensando en su irresistible sonrisa y en cómo la abrazaría y la levantaría en el aire cuando le dijera que había vuelto para quedarse, y que había terminado el mural en el que había estado trabajando en Charleston el último mes. En ese tiempo, había tomado una decisión: estaba lista por fin para compartir su cama.

Abrió la puerta a la vez que lo llamaba por su nombre, pero al oír el ruido de la ducha, dejó las precauciones a un lado. ¿Qué mejor forma de mostrarle que estaba lista para compartir la intimidad que él le pedía?

Se quitó las sandalias, la blusa y empezó a desabrocharse la falda a la vez que abría la puerta del baño.

Y descubrió que Julian no estaba solo.

A través del vidrio de la mampara empañado de vaho pudo ver dos cuerpos bajo el chorro de agua: eran Julian, con su pelo rubio aplastado contra la cabeza, y una morena llena de curvas muy bronceada. Sus cuerpos estaban desnudos y muy unidos.

Martha se detuvo en el sitio, como fulminada por un rayo, con la vista fija en la imagen que hacía pedazos todos sus sueños y fantasías.

Entonces, la ráfaga de aire frío que Martha había provocado al abrir la puerta hizo que Julian levantara la vista. Pasó una mano por el cristal para limpiar el vaho y poder mirar directamente su rostro

sorprendido.

Él abrió la boca en un gesto muy revelador. Martha sentía que los labios se le habían congelado, al igual que los pies, y, mientras, la mujer se frotaba contra Julian, sin darse cuenta de que ella estaba allí. Julian cerró los ojos un momento, pero después los abrió y volvió a encontrarse con los de ella. Esta vez su mirada era menos de sorpresa y más retadora.

Y, gracias a Dios, Martha notó que sus pies podían moverse.

Se dio la vuelta a toda prisa, agarrando su blusa para cubrir con ella su desnudez y su vulnerabilidad. Se la puso, con la cara ardiendo y el corazón golpeándole frenéticamente el pecho, y salió de allí dando un portazo.

Bajó las escaleras corriendo, con la bolsa de viaje en bandolera, desesperada por llegar a la calle para confundirse con el gentío que ni sabía ni le importaba la humillación que acababa de sufrir. Para ellos, nada había cambiado.

Pero para Martha, su mundo acababa de dar un giro de ciento ochenta grados.

Durante el mes que había estado en Charleston, se había pasado las horas pensando en Julian, en su relación y en si él sería «su hombre». Ella se había tomado las cosas con calma, sin querer meterse directamente en la cama con él sólo porque fuera guapísimo, encantador y muy sexy, y además, quisiera acostarse con ella.

Su hermana Cristina tenía mucha experiencia en ese tipo de relaciones, pero Martha siempre estuvo decidida a «estar segura» antes de tener una relación íntima con un hombre. Pero la jugada no le había salido nada bien, pues cuando ella estuvo segura por fin, Julian ya había encontrado a otra.

Estaba claro que no podía seguir con él. De hecho, no podía soportar la idea de quedarse en Nueva York; a pesar de que vivieran diez millones de personas en aquella ciudad, no era bastante grande para los dos. Tenía que marcharse de allí.

Había muchos sitios a los que podía ir: a casa de sus padres, en Long Island, a la de su hermano Elias, en Brooklyn, con su hermano Peter, en Hawai, o incluso con Cristina, pero no lo haría. La única persona de su familia a la que podía acudir era a su hermano mellizo, Lukas, pero él siempre estaba de viaje, en aquella ocasión, en Nueva Zelanda. En teoría. Toda su familia la habría apoyado, y sus hermanos no hubieran hecho preguntas curiosas, pero no podía ir con ellos… no podría soportar su compasión o sus silenciosas miradas de pena. Lo único que quería era huir.

Y por eso fue a Santorini.

No se había fugado de casa; sus padres nacieron en aquella isla, como sus abuelos y el resto de su extensa familia, pero la mayoría de

ellos se habían marchado para hacer fortuna en otros lugares. A pesar de todo, aún llevaban Santorini en el corazón, y allí seguía la casa familiar.

En el sentido más básico de la palabra, Santorini era su hogar.

Algunos de sus recuerdos más antiguos y más agradables tenían como escenario la casa encaramada en lo alto de una colina desde la que se divisaba el Egeo. Sus padres se habían trasladado en numerosas ocasiones de Long Island a Nueva York en media docena de ocasiones cuando Martha era pequeña, pero ninguna de las casas en las que había vivido podía ser considerada tanto un «hogar» como la de Santorini.

A ella le encantaba aquel lugar. En cuanto pisó la acera caliente y miró las hileras de casas encaladas colonizando las colinas, supo que todo iba a ir mejor. Allí podía respirar, podía ser ella misma. Podía empezar de nuevo.

No había estado allí desde enero, cuando fue a pasar una semana con sus padres. Entonces hacía casi frío, pero la temperatura era muy diferente de la de entonces, y el calor abrasador del verano hacía que Martha se arrastrara por la estrecha y empinada callejuela empapada en sudor.

La casa estaría vacía, al igual que la nevera y los armarios. Tendría que ir a la compra y hacerse la comida, pero no le importaba. Estaría bien hacerlo todo ella misma, y mantenerse ocupada le vendría bien. Esperaba que el acoplarse al ritmo de vida de la isla le ayudara a distraerse para poder mirar hacia el futuro y hacer nuevos planes.

Desde luego, no tenía ninguna intención de mantener los antiguos, aunque Julian la había llamado cuando estaba de camino al aeropuerto.

—Andrea significa algo para mí —le dijo, con tono casi dolido, como si Martha tuviera que aceptar sin más que él se acostara con otra mujer.

—Bien, no pasa nada —respondió ella en tono ácido—. Estoy segurísima de que ella estará encantada con eso.

—Bueno, ¿y qué esperabas? —le había preguntado Julian, cambiando el tono dolido por otro igualmente inapropiado de indignación—. Tú no me dabas nada.

No parecía el momento de decir que había llegado a casa con la idea de entregarse completamente…

—Yo diría que fue un gesto inteligente por mi parte —repuso ella.

—Eres tan fría como un pez, Martha. Si alguna vez mostraras algo de pasión…

—¿Quieres pasión? ¡Pues yo te daré pasión! —y Martha tiró el teléfono por la ventanilla del taxi a la carretera, donde fue instantáneamente aplastado.

Suspiró satisfecha al recordar el momento, aunque hubiera deseado que fuera Julian el aplastado, y no su móvil.

Subió los últimos escalones hasta la verja que daba al jardincito y después el último tramo hasta la casa. El sudor le corría por la espalda y entre los pechos, y la coleta que se había hecho nada más bajar del avión empezaba a deshacérsele. Unos mechones de pelo oscuro y rizado se escapaban y caían junto a sus sienes.

Necesitaba beber algo frío, una ducha fría y dormir un poco, por ese orden. En caso de que pudiera estar despierta tanto tiempo.

Cuando cerró la verja tras de sí, la sombra de la buganvilla, de flores rojas y moradas, la protegió del sol por primera vez desde que empezó la subida. Martha se apoyó contra la tapia de piedra que rodeaba el jardín y respiró. Por primera vez desde que abrió la puerta del baño de Julian, la desesperada urgencia de huir se difuminó un poco. Tomó aire. La calma parecía rodearla por completo.

Su respiración se hizo más lenta y acompasada. Pasó una mano por las piedras de la tapia, junto a la que subían los escalones hacia la casa, y recordó cómo los bajaba siempre corriendo de pequeña, pensando que su padre y su abuelo habrían hecho lo mismo. Sonrió y puso la cara sobre el frescor de la piedra, pensando que generaciones de Antonides habrían hecho aquello mismo antes.

La gente sufría, pero lo superaba. Ella también superaría su dolor; decidida, se cuadró de hombros, agarró con fuerzas renovadas su bolsa de viaje y siguió caminando hacia la puerta.

Treinta y dos escalones más tarde llegó hasta arriba y sacó su llave de la casa.

Su padre les había dado una llave a cada uno cuando cumplieron los veintiún años.

Martha pensó agradecida en él y giró la llave en la cerradura antes de empujar la pesada puerta de madera. La entrada con suelo de terrazo estaba fresca y aireada.

¿Aireada? Martha frunció el ceño y notó con sorpresa que las ventanas estaban abiertas y las finas cortinas blancas flotaban con el aire. ¿Alguien sabría de su llegada?

¿Habría llamado Julian a sus padres preguntando por ella? ¡Oh, por favor, no!

Se puso una mano en la cara, en un gesto de desesperación.

Entonces vio un par de sandalias junto a la puerta… eran sandalias de hombre.

El corazón le dio un vuelco de la emoción.

—¿Lukas?

Tenía que ser él. Elias nunca salía de Brooklyn: « *Alguien tiene que quedarse trabajando*», decía siempre que surgía la palabra « *vacaciones*». Y Peter, por lo poco que Martha sabía de él, apenas había

salido de Hawai desde que se marchó allí para estudiar en la universidad. La única posibilidad era que se tratase de Lukas, su mellizo.

Él era la persona que mejor la comprendía, a la que podía contarle todo, y pasar tiempo con él le ayudaría a no pensar que todos los hombres eran tan horribles como Julian Reeves.

—¿Luke? —ansiosa, Martha se quitó los zapatos y fue hacia la cocina, hasta que oyó unos pasos que bajaban por las escaleras, desde los dormitorios. Se giró, expectante.

Un hombre que podía haber pasado por un pirata de los Mares del Sur, delgado, bronceado, el pelo negrísimo y revuelto, y la nariz afilada, bajaba por las escaleras.

Tenía los pómulos marcados y la barbilla firme. A ella le pareció guapo, aunque de un modo un poco rudo. Si Julian era de una belleza clásica, como una pulida escultura de mármol, aquel hombre era más bien una estatua de áspero granito.

Martha supuso que sería uno de los amigos de Elias. Tenía, a juzgar por su aspecto, unos treinta y pocos años, como su hermano mayor. ¿Le habría dado la llave Elias para que pasara unos días allí? Parecía un gesto más propio de su padre, encantador pero un poco temerario, que del trabajador y firme Elias. Además, ella no estaba segura de que tuviera amigos.

Pero aquel hombre no parecía tener la paciencia suficiente como para tratar con su padre; a Aeolus Antonides le encantaba el golf, los yates y las comidas seguidas de una larga sobremesa. Para él, aquélla era la definición de la civilización.

Pero Martha no habría usado la palabra «civilizado» para describir a aquel hombre, que se detuvo al llegar abajo y la miró con profundo desagrado.

Ella tampoco estaba encantada de verlo, precisamente.

—¿Quién eres? —preguntó, y después hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que sorprendió profundamente a Martha—. Me da igual. Márchate.

¿Que se marchara? ¿Que ella tenía que marcharse?

—Espera un momento, amigo —dijo ella, estirándose y mirándolo fijamente. Al menos él hablaba inglés; de hecho, parecía tan americano como ella, así que debía ser amigo de Elias—. ¡Yo no me marcho a ningún lado!

Él era el intruso. Aquélla era su casa, no la de él. No tenía derecho a mirarla de ese modo, con las manos en las caderas, como si se hubiera metido en casa ajena. Por eso ella no pensaba permitirle que le impidiera tomar algo frío y echarse un rato.

—Disculpa — y pasó junto a él para ir en dirección a la cocina.

Él le impidió el paso.

—¿Dónde crees que vas?

—Quiero beber algo —dijo—. Me muero de sed. Apártate.

Pero él no lo hizo.

—¿Quién eres? —insistió ella—. ¿Elias te dejó la llave?

Él entornó los ojos.

—¿Elias? ¿Quién es ése?

Así que no era amigo de Elias.

—Mi hermano.

El hombre sacudió la cabeza y el pelo le cayó sobre la bronceada frente.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Cómo has entrado? —preguntó, inquisitivo.

—¿Que cómo he entrado? —era el turno de Martha de quedarse mirándolo fijamente—. Con mi llave. Yo vivo aquí.

—¡Mentira!

—Bueno, no siempre —admitió ella—. Pero podría, si quisiera. Me llamo Martha Antonides. Esta casa es propiedad de mi familia.

La expresión del hombre se despejó como por arte de magia.

—Ya no —le dijo alegremente—. Ahora es mía.

—¿Qué? —estaba segura de que no lo había oído bien. ¿Le había dado un golpe de calor? Desde luego, era muy posible: se sentía agotada y lo que acababa de escuchar no tenía ningún sentido para ella—. ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que «ya no»? ¿Quién eres?

—Theo Savas.

Como si aquel nombre tuviera que significar algo para ella. Lo miró con cara de asombro.

—¿Y?

—Y ésta es mi casa.

—No —declaró Martha con firmeza, tan segura de lo que decía como de que la tierra era redonda—. Lo siento; no sé cuál es su casa, pero ésta no lo es. Esta casa es nuestra, desde hace generaciones.

—Era —dijo Theo Savas—. En pasado. Antes, lo era. Lo siento — añadió.

Pero no tenía aspecto de lamentarlo en absoluto. De hecho, parecía tan seguro de sí mismo como Julian cuando le informó de que era culpa de ella si él se duchaba con otra mujer.

—Demuéstramelo —le espetó Martha.

—Como desees —Theo Savas se encogió brevemente de hombros, se giró y entró en el cuarto que su padre llamaba su despacho, aunque nunca había trabajado desde allí. Lo vio abrir un cajón del escritorio de su padre y sacar un papel de una carpeta.

Volvió junto a ella, le puso el papel en las manos y dio un paso atrás. Era un acuerdo entre su padre y alguien llamado Sócrates Savas.

—Es mi padre —informó Theo Savas antes de que ella pudiera

preguntar.

Irritada, Martha apretó los labios y siguió leyendo. Era la cosa más estúpida que había visto nunca.

—¡Todo esto es por un partido de golf! —protestó. Aquel documento decía algo de que el ganador de la partida se quedaría con la presidencia de Antonides Marine Internacional, la empresa fundada por su abuelo, arruinada casi completamente por su padre y salvada de la bancarrota por su hermano Elias.

—Sigue leyendo —aconsejó Theo Savas.

—¿Qué tiene que ver tu padre con nuestra empresa? —le preguntó ella, sin dejar de leer, mientras las letras de la hoja empezaban a ponerse borrosas ante sus ojos.

—Su padre le vendió el cuarenta por ciento.

Martha levantó la cabeza bruscamente. Abrió la boca para negarlo e insistir en que su padre nunca haría algo así.

Pero la triste realidad era que sí, que su padre era muy capaz de haberlo hecho.

En algún desafortunado intento de ayudar a Elias y de demostrarle a su hijo que no era un completo desastre para los negocios, tal vez Aeolus Antonides hiciera algo tan estúpido como aquello.

Martha apretó la mandíbula, y sujetó con tanta fuerza el papel que sus manos temblaron.

—Perdió el partido de golf —dijo entre dientes. Aquello no era una pregunta, tenía el resultado delante, bien claro.

Theo Savas inclinó la cabeza y esperó.

Martha, sintiendo cómo un músculo de su sien se contraía de la tensión, volvió su atención de nuevo al papel. La segunda parte era aún más extraña; como si el partido de golf no hubiera sido suficiente, aquello trataba de una regata de barcos. El querido *Argos* de su padre contra el *Penélope* de Sócrates Savas. El ganador de la regata se quedaría con la casa en una isla del otro.

—Yo gané —dijo el hombre que tenía delante, innecesariamente.

Martha se había quedado sin respiración. Se quedó allí, de pie, sin poder creer lo que le estaba ocurriendo. ¿Cómo pudo su padre apostarse la casa de su familia contra la casita en alguna isla de Maine que debía tener el otro hombre?

Furiosa, le devolvió violentamente el papel al hombre que le sonreía con aire de superioridad, y dijo:

—¡Es absurdo!

—Bastante —admitió aquel impertinente Theo Savas—. Pero es legal. Yo gané la regata, y por eso la casa es mía. Por eso, señorita Antonides —añadió—, creo que es usted la que tiene que marcharse.

Martha se tomó un momento para digerir aquello. Lo consideró y llegó a una conclusión. No se había gastado hasta su último centavo y

había cruzado medio mundo para alejarse de un hombre engreído sólo para dejar que otro hiciera de ella lo que quisiera.

Miró a Theo Savas directamente a los ojos, y dijo:

—No.

—¿Qué quiere decir con que no? —parecía que nadie le hubiera dicho esa palabra en toda su vida.

Bien, pues ya era hora de que alguien lo hiciera.

Martha se encogió de hombros con toda la indiferencia que pudo fingir.

—¿Qué parte no ha entendido? ¿La «n» o la «o»? Esta casa es muy grande, señor Savas. No lo molestaré. Olvídese de que estoy aquí. ¡Yo pienso hacerlo! —y con esas palabras, tomó su bolsa de viaje, pasó junto a él y fue hacia las escaleras.

—¡Espere un minuto! —unos pasos resonaron tras ella. Él le agarró el brazo, pero Martha se revolvió y siguió caminando.

—¡No se puede quedar aquí!

—Claro que puedo.

—No quiero compañía —le informó, siguiéndola.

—Qué pena —Martha había llegado frente a la puerta de la habitación que siempre había compartido con su hermana Cristina, empujó la puerta y se volvió para mirarlo desafiante—. ¿Qué va a hacer? ¿Echarme?

Tal vez la casa ya no perteneciera a su familia, pero los muebles de la habitación eran suyos, y los libros que había en las estanterías, también. Levantó la barbilla y lo retó a que le pusiera una mano encima.

Él cerró los puños, apretó los dientes con rabia pero no la tocó. Sólo la fulminó con la mirada, y Martha lo correspondió.

—Mire —le dijo él al cabo de un momento—. Aquí hay montones de hoteles.

—No me lo puedo permitir.

—Yo se lo pagaré.

—De eso nada. No pienso dejar que todo Santorini piense que soy su mantenida.

Una cosa era decidirse a acostarse con Julian y otra muy distinta dejar que un hombre pagara su estancia en la isla. Ella era una idiota y creía estar enamorada de él, pero lo otro… Martha era más que una turista; la gente la conocía y aquello sería la comidilla de la isla.

—¿Y no pensarán eso si se queda aquí conmigo? —arqueó una ceja.

—Desde luego que no. Ésta es mi casa… era mi casa —corrigió con amargura.

Theo Savas se encogió de hombros.

—De acuerdo. Llama a tu padre. Él podrá pagarte la habitación.

—¡No!

Nadie de su familia sabía dónde estaba, y Martha no quería que aquello cambiara. Lo último que quería era anunciar su humillación a sus padres y a sus hermanos.

—Lo que quieras, pero será mejor que se te ocurra algo, querida, porque no te quiero aquí.

—Pero.

—No —él estaba decidido—. Ya he tenido bastante. Nada de mujeres. Estoy harto de ellas.

Martha parpadeó.

—¿Entonces… prefiere a los hombres? —una pena, porque tenía que admitir que Theo Savas tenía unos genes estupendos que merecían ser heredados.

—¡No me gustan los hombres! —le espetó él, y la miró furioso, pasándose una mano por el pelo—. Es sólo que estoy harto de ser acosado por mujeres en todas partes.

Martha lo miró de arriba abajo y mintió con regocijo.

—Vaya, no es tan guapo.

Él hizo una mueca.

—Yo nunca he dicho que lo fuera. Todo fue por esa maldita revista… eso de «el más sexy» de esto o «el más sexy» de lo otro.

Martha rió sin creerlo.

—¿Oh? ¿Y qué eres tú? ¿El pirata más sexy? —eso sí podía creérselo.

—Navegante —murmuró él, arqueando las cejas sorprendido. Se encogió de hombros, algo irritado—. Son tonterías, pero algunas mujeres lo leen y ya creen que son la mujer de tus sueños.

Martha rió al ver su rostro cariacontecido.

—Por eso estoy seguro de que no quiero a ninguna adolescente atontada a mi alrededor —dijo él, borrando la sonrisa del rostro de Martha.

—¿Adolescente atontara? —Martha se sentía ultrajada—. ¡Tengo veinticuatro años!

—Vaya —Theo no pareció sorprenderse—. Lo que he dicho, un bebé.

Martha se hartó de que la consideraran inferior sólo por ser más joven. Toda su familia menos Lukas le decía que era muy joven y que lo que necesitaba era a alguien que cuidara de ella.

—Confía en mí, Matusalén, no pondría mis ojos sobre ti aunque fueras el último hombre de la tierra. Serías, más bien, el penúltimo —murmuró entre dientes.

Theo, obviamente, la oyó y levantó una ceja. Su boca se torció en una sonrisa burlona.

—Eso es…

—¿El qué? —preguntó ella.

—Estás huyendo de un hombre.

—¡Yo no huyo de nadie! —se revolvió acaloradamente—. Yo… necesitaba tomarme un descanso, unas vacaciones. Acabo de terminar un encargo y necesitaba un poco de calma —era la verdad, aunque no fuera «toda la verdad»—. Mira —dijo ella, cansada—, aunque me encanta estar aquí charlando contigo, estoy agotada. No puedo dormir en los aviones y llevo despierta más de treinta y seis horas. Necesito dormir.

Y sin esperar su aprobación, de hecho casi esperaba que la agarrara por el brazo y la sacara de allí, Martha le dio la espalda y fue a la cama, dejándose caer sobre ella y suspirando aliviada.

Tras ella, sólo el silencio.

Y más silencio.

Y después, por fin, Theo dijo:

—De acuerdo, puedes dormir un poco. Échate una siesta. Yo saldré a navegar, pero estaré de vuelta al anochecer, niña —le advirtió—, y cuando llegue, será mejor que no estés aquí.

Theo salió de casa murmurando para sí. Siguió murmurando todo el camino hasta el puerto, hasta que subió en su barco. Había empezado a sentirse más cómodo en los últimos días; en Santorini nadie parecía saber nada de la revista y ese maldito artículo. Las mujeres seguían flirteando con él, y eso no le importaba, pero no lo espiaban dentro de su casa ni se frotaban contra él en los bares. Había empezado a pensar que tenía de nuevo las riendas de su vida en sus manos.

¡Y de repente, aquello!

Su reacción estaba siendo excesiva, y lo sabía, pero había sido todo un golpe oír cómo se abría la puerta y descubrir que su fortaleza había sido asaltada.

—Maldita mujer —murmuró Theo irritado, soltando las amarras del barco.

Maldita y… atractiva mujer, con su pelo revuelto, la cara ofuscada y aquellos enormes ojos marrones. A sus hormonas no le habían pasado por alto todo aquello, aunque su cerebro quisiera hacer oídos sordos.

Pero no estaba interesado, y ella no era su tipo. Martha Antonides era demasiado joven, demasiado respondona, demasiado… irritante.

Le gustaban las mujeres, y mucho, pero prefería ser el cazador, no la presa.

Desde la publicación del dichoso artículo, había empezado a sentirse como un ciervo el primer día que se abría la veda de caza. Las hordas de mujeres que habían seguido sus pasos esos últimos meses eran algo imposible de creer si no se veía. Desde luego, él no lo

hubiera creído si no le hubiera tocado en primera persona.

Al principio pensó que todo el jaleo desaparecería en unos pocos días, pero no había contado con el interés de las revistas del corazón en tener noticias que animaran sus publicaciones… la cosa empezó a complicarse de verdad cuando un par de antiguas novias decidieron ganar publicidad contando sus intimidades con él.

Pero estaba convencido en que todo acabaría pasando con el tiempo. ¿Quién más iba a estar interesado en sus planes de boda, aparte de su madre? Otra persona a la que había estado evitando.

Volvió a Nueva York el tiempo suficiente como para ganar la regata para su padre, pero evitó ir a casa de su familia, en Long Island. Theo quería mucho a su madre, pero ella siempre estaba dispuesta a involucrarse en todo lo que le ocurriera a su hijo, a «ofrecer sugerencias», como lo llamaba, y eso no era lo que más necesitaba él en aquel momento.

En un caso como aquél, él tenía bien claro lo que ella sugeriría: « *Cásate, Theo.*

Fin del problema».

Pero aquello no sería el fin del problema, y él lo sabía. Ya había estado casado antes, aunque su madre no se enteró. Y aquello no sólo no acabó con sus problemas, sino que le creó más aún.

Por eso Theo, mayor y con más experiencia, sabía que el matrimonio no era su estilo. Las relaciones no iban con él: estaba muy a gusto tonteando mientras las chicas comprendieran las normas.

Estaba muy satisfecho de haberle dejado bien claro a la señorita *Jet Lag* que no le iba a dejar instalarse en su casa. Tal vez ella no supiera lo del artículo y no hubiera ido allí por eso, pero no la quería por allí tomando ideas.

Lamentó el que hubiera hecho un viaje tan largo para nada, pero había muchos hoteles en Santorini. Si los que tenían habitaciones libres entonces no estaban al nivel de confort al que ella estaba acostumbrada, tendría que aguantarse, y si no le gustaba, sólo tenía que volver por donde había venido.

Aquello era problema suyo, no de él.

El ferry procedente de Creta estaba llegando a puerto. Los turistas estaban en cubierta, saludando y gritando. Entre ellos, había muchas mujeres jóvenes, bellas y ansiosas, y ninguna de ellas, con un poco de suerte, sabría que él estaba allí.

Suspirando con alivio, Theo guió el timón para que el barco se colocara a favor del viento y ganara velocidad. Se dirigió a la salida del puerto y decidió olvidarse de todo aquel asunto.

Estaba atardeciendo cuando volvió. Las tabernas tenían los luminosos encendidos y la música de pubs y cafés llegaba hasta la calle. El muelle estaba lleno de veraneantes, riendo y divirtiéndose, y

hasta bailando. Alguno hasta quiso bailar con él. Theo sonrió y sacudió la cabeza.

Tal vez en algún momento invitara él a alguna de esas chicas a bailar, pero en aquel momento, el esfuerzo necesario no le merecía la pena. Estaba cansado, así que siguió subiendo los empinados escalones que llevaban hasta la casa, pensando en una cerveza fría, una ducha y su blanda cama.

Cuando llegó frente a la casa, se detuvo en seco al ver la silueta de Martha en la cocina, cruzando hacia el comedor.

La calma se evaporó de su ser. Theo subió los últimos escalones de un salto, abrió de golpe la puerta de entrada y fue directo hacia la cocina, hacia ella.

—Escucha, creo que te dije que…

—¡Theo! —una emocionada voz con acento escandinavo lo siguió hasta el comedor.

Él se dio la vuelta enseguida. Una mujer alta y rubia, el sueño de cualquier hombre, pensó al conocerla, corría hacia él con los brazos abiertos.

—¿Agnetta? —aquello no era una pregunta, y Agnetta no era un sueño. Era una pesadilla.

Si había una persona en el mundo a la que tenía menos ganas de ver en su casa que a Martha Antonides, ésa era Agnetta Carlsson.

Pero antes de poder decir nada, otra joven apareció de la nada.

—¡Theo! —corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

Él la apartó antes de que empezara a cubrirlo de besos, y se quedó mirándola, horrorizado. Quienquiera que fuera, le resultaba familiar, pero no podía ponerle nombre a su rostro. En realidad, no tuvo que hacerlo.

—¿Te acuerdas de mí? Cassandra —le dijo alegremente—. Ya sabes, ¡Cassie!

¡Cassie Thelonikis! La ahijada de tu madre.

Cielos. Theo la mantuvo a distancia. Por fin la había reconocido, pero eso no le produjo ningún placer.

—Tu madre nos ha enviado aquí —dijo la chica alegremente, confirmando el peor de los temores de Theo—. ¿No te parece genial?

«Genial» no era la palabra que Theo usaría para describir aquello.

—¿Que os ha enviado aquí? ¿Por qué? —se dio cuenta de que sonó brusco, pero no había podido hacer nada por evitarlo.

Pero Cassie era inmune.

—Dijo que necesitabas distraerte. Y que te cuidaran —añadió—. Dijo que estabas demasiado centrado en tu barco, y que desde que te nombraron el navegante más sexy del año, te molestan muchas mujeres.

Su madre lo había comprendido perfectamente, pero ¿por qué le

enviaba a aquellas dos chicas? ¿Esperaba con eso arreglar algo?

¡Y encima, Agnetta Carlsson! Theo contuvo una mueca. Su madre ni siquiera conocía a Agnetta, o sí.

Cassandra, que estaba claro que tenía dotes adivinatorias, explicó:

—Estuve trabajando como modelo el año pasado, y Agnetta y yo empezamos a hacer muchos trabajos juntas desde la primavera. Parece que les gusta que ella sea tan rubia y yo tan morena —se encogió de hombros—. Nos hicimos amigas, y cuando yo quedé con tu madre para almorzar la semana pasada en Nueva York, Agnetta se vino conmigo. Quería conocer a tu madre porque vosotros dos erais amigos.

¿Eso era lo que habían sido? Theo no hubiera puesto ese apelativo a su relación.

Conoció a la modelo sueca Agnetta Carlsson el verano anterior, en una regata en Marsella. Ella estaba allí haciendo un reportaje de moda y se conocieron en una fiesta. Agnetta fue con uno de los australianos que había competido en la regata, pero que enseguida se emborrachó y se olvidó de ella. A Agnetta no le importó demasiado, pues encontró a alguien mucho más interesante: a Theo.

En aquel momento, Theo también sintió interés hacia ella. Le gustaban las mujeres como a todo el mundo, y las rubias con curvas como Agnetta estaban en lo más alto de la lista para él. Él sedujo a Agnetta esa noche, y ella lo sedujo a él, pero Theo fue muy claro sobre lo que quería y lo que no.

—Sin ataduras —le dijo, con toda sinceridad.

—¿Ataduras? —ella batió sus preciosas pestañas—. Claro que no —se abrazó a él y lo besó—. Nada de eso.

Ella era preciosa y estaba ansiosa. Theo lo pasó bien con ella, y no le sorprendió que fuera buena en la cama.

Estuvieron juntos un mes. Las revistas del corazón estaban enamoradas de ellos, y es que la belleza rubia de Agnetta y los rasgos morenos de Theo eran el sueño de cualquier fotógrafo. Pero pronto, las revistas, y Agnetta, empezaron a hablar de matrimonio.

¿Será Aggie la elegida? Decía uno de los tabloides.

¿Aggie tiene un secreto? Publicaba otro.

¿Tiene Aggie ya su anillo de pedida? Declaraba un tercero.

—¿De dónde sacan todo esto? —se preguntaba Theo—. ¡No nos vamos a casar!

—Claro que no, cariño —Agnetta batía las pestañas y sacudía la cabeza—. A no ser… —le sonreía traviesa—, que sepan algo que nosotros no sabemos.

—Lo dudo —gruñía él.

Pero pronto fue evidente que ellos habían oído rumores que Theo desconocía.

Al menos no hasta que Agnetta le dijo, una semana después, que estaba embarazada.

—¿Embarazada?

Theo no podía creérselo. Él siempre había tenido cuidado, y era una persona responsable. Le pidió que le enseñara el test de embarazo, que le dejara hablar con el médico.

Ella se puso colorada.

—¿Es que no me crees?

Él no había dicho eso, pero no estaba casado con ella. Se casaría si había un hijo de por medio, pero estaba decidido a esperar y asegurarse primero.

Agnetta primero se quedó avergonzada y después, enfureció. Lo acusó de no confiar en ella.

—Enséñame la prueba de embarazo. Quiero hablar con tu médico —él fue inflexible.

Agnetta le arrojó un zapato, lloró y gritó, pero Theo no se dejó conmover.

—Pronto lo sabremos —le había dicho él—. Tenemos mucho tiempo.

Y en dos semanas, la espera dio resultado. Hubo muchas lágrimas, muchas más.

—He tenido un retraso. ¡Pensé que estaba embarazada! Esto es porque nuestra relación me produce mucho estrés —y lo miró, acusadora.

Él asintió, comprensivo.

—Bien. Yo no quiero que te sientas así.

A Agnetta se le iluminó la cara y fue a abrazarlo.

—¿Entonces te casarás conmigo de todos modos? —preguntó, ansiosa.

—No. Creo que lo mejor será que salga de tu vida.

Y eso hizo.

No había vuelto a ver a Agnetta, hasta entonces. Ella lo miraba, sonriendo, calculadora, por encima del hombro de Cassie.

—Que idea tan estupenda ha tenido tu madre —ronroneó ella—. Nos dijo que viniéramos a pasar unos días a vuestra nueva casa. Qué amable. Ah, y también la chica que nos ha abierto la puerta.

Theo entornó la mirada.

—¿Qué chica?

—¿Maria? No, Martha —se corrigió Agnetta—. La chica de la cocina. Nos abrió la puerta y nos ayudó con el equipaje.

—Sí —asintió Cassie.

La mataría. ¡Esta maldita Martha Antonides! ¡Sabía que no quería a nadie allí! Y

menos a un par de chicas que lo habían convertido en el blanco de

sus dianas.

—Nos dijo que no te importaría que viniéramos, que las casas eran para compartirlas —repitió Cassie.

—¿Qué? —en ese momento, Theo lo comprendió—. ¿Dónde está?

—Preparándonos algo para comer, ha dicho —respondió Agnetta, girándose hacia la cocina.

Theo se giró y allí estaba Martha Antonides, con una brillante sonrisa en el rostro y moviendo los dedos a modo de saludo.

Si las miradas matasen, ella habría caído fulminada en aquel momento.

En su lugar, Martha fue hacia ellos con una bandeja con canapés y aceitunas.

—Estaba segura de que estarías encantado de tener compañía —dijo, retándolo con la mirada mientas les ofrecía la comida a las dos chicas—. Qué amable por parte de tu madre el pensar en que estabas aquí solo, con tantas habitaciones vacías… la hospitalidad es la piedra angular de la cultura griega.

—¿En serio? —el tono de Theo era glaciar—. Pensé que era la guerra.

La expresión de Martha se tornó sombría, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—Supongo que las dos cosas lo son —dijo, sonriendo alegremente a Cassie y a Agnetta—. Pelearse con los amigos es casi tan divertido como hacerlo con los enemigos, ¿no te parece?

—Me parece que pronto lo sabremos —Theo le quitó la bandeja de las manos y se la pasó a Agnetta—. ¿Puedo hablar con usted un momento, señorita Antonides?

—No creo…

—No tiene que creer nada —le informó mientras la obligaba a girarse y a subir hacia la habitación.

—¡Señor Savas! No…

—Eso es lo que tú te crees —la interrumpió él.

Y cuando ella empezó a protestar de nuevo, él la calló de la única forma que conocía.

Puso sus labios sobre los de ella, y la llevó por el corto pasillo hasta su habitación. Cerró la puerta tras ellos y respondió a su furiosa mirada con una sonrisa satisfecha.

—Todo vale en el amor y en la guerra, querida.

Capítulo 2

—¿Qué cree que está haciendo? —Martha se apartó de él con los ojos brillando de furia, mirando a su alrededor para evitar mirarlo a él.

Aquélla era la habitación de sus padres, pero estaba claro que había dejado de serlo. Ahora estaba decorada espartanamente, con un estilo muy masculino: paredes blancas y muebles oscuros y minimalistas. Los únicos adornos eran dos fotos en blanco y negro tamaño poster de dos veleros en medio del mar. Era el tipo de habitación en la que un hombre como Theo Savas se sentiría a gusto, y claramente, la habitación ahora le pertenecía.

—Eso mismo digo yo, señorita Antonides —le dijo entre dientes—. ¿Qué demonios hace abriéndole mi casa a extraños?

—Para ti no lo eran —se defendió ella. Aún estaba intentando recuperar el aliento y calmar su corazón, que le golpeaba el pecho sin piedad. Intentó no pasarse la lengua por los labios, que aún le ardían de la presión de la boca de Theo.

A pesar de los intentos de tranquilizarlas o de ignorarlas, sus hormonas le estaban haciendo cosas totalmente inesperadas que nunca antes había experimentado, desde luego, no cuando Julian la besaba.

¡Cielos, si hasta le pitaban los oídos! Se tuvo que esforzar para recuperar toda la capacidad racional que quedaba en ella.

—Esa chica, Cassandra, dijo que venían de parte de tu madre. Dijo que era una vieja amiga tuya —y por lo que había visto, podía ser mucho más. ¿A Theo Savas le gustaba disfrutar con sus amantes de dos en dos?

—Para ti eran dos desconocidas —le espetó Theo—. ¡Y sabías que no quería a nadie aquí!

—Sé lo que me dijiste —le contestó ella—. Pero ellas dos eran amigas de tu madre. Si tú no quieres que se queden aquí, perfecto. Échalas. Sólo tienes que salir ahí fuera y decirles que se vayan.

Theo apretó los dientes.

—No puedo, y sabes por qué.

—¿En serio? ¿Por qué? —preguntó ella, levantando las cejas.

—Porque tú también tienes una madre griega. Y además no quieres que ella sepa que tú estás aquí, ¿me equivoco? —la miró con atención.

—No es lo mismo.

—Sí lo es. Las madres se meten en todo. Creen que saben qué es lo mejor para nosotros —se crujió los nudillos y caminó inquieto por la sala.

Martha lo miró con curiosidad.

—¿Y… qué es lo mejor para ti, según tu madre? —le preguntó por fin.

—Una esposa —respondió él.

Martha sonrió.

—No es gracioso.

Ella se pasó una mano por la boca, borrando la sonrisa.

—Claro que no —dijo con solemnidad, pero en las comisuras de sus labios aún quedaba rastro de sonrisa que se le había dibujado al pensar en Theo huyendo de las maquinaciones de su madre.

—Ella cree que si me da opciones, me ayudará a quitarme a las fans de encima

—Theo hizo una mueca—. Pero se equivoca, especialmente con una de ellas.

—¿A cuál te refieres? —Martha pensó que no se había alegrado al ver a ninguna de las dos.

—Agnetta —Theo estuvo a punto de escupir su nombre.

—Ah —Martha se había fijado en que Theo la había mirado con especial animosidad, y Agnetta había sido la más sorprendida de ver a Martha allí, preguntándole que quién era en cuanto abrió la puerta—. Supongo que vosotros dos habéis tenido algo.

No era que quisiera saberlo, pero era obvio por las frases que Agnetta había dejado caer, por la forma en que miraba a Martha, que sólo se había presentado con su nombre, desde que llegó. Cassandra se había mostrado abierta y alegre, mientras que la rubia estaba algo recelosa. Además, había dicho más las palabras «querido Theo» en la conversación al menos una docena de veces. Y Martha no podía imaginarse a nadie llamando a Theo «querido» a la cara. Ni siquiera a su madre.

Theo apretaba los dientes con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón corto.

—No fue nada importante… fue muy breve, y se acabó.

—Ella no lo tiene tan claro —declaró Martha.

Theo dio un golpe en la pared con la palma de la mano abierta.

—Podías haberles dicho que no iba a volver.

—Pero sí que ibas a hacerlo. Me lo habías dicho. ¿Cómo iba a saber lo que querías que hiciera?

—Sabías que no quería a nadie aquí.

—Sí, lo sabía, pero te habías comportado como un imbécil conmigo, así que supuse que te serviría de escarmiento —dijo Martha con una sonrisa alegre.

—Gracias —su tono era amargo—. Maldición —murmuró, y se pasó ambas manos por el pelo.

Era un fantástico espécimen de masculinidad, pensó Martha, aún recordando, aunque reluctante, lo que sintió al notar el contacto de sus labios. Nada de besos húmedos de Theo Savas. Estaba claro que no podrían parecerse a los de Julian.

Los hombres como Theo debían estar encerrados donde no pudieran ejercer efectos adversos sobre las mujeres; estaba claro que él había tenido algo así con Agnetta, si ella había ido hasta Grecia sólo para volver a verlo.

¿Y por qué? Una mujer tan guapa como Agnetta podía haber estado con quien quisiera, pero ella parecía decidida a quedarse con Theo.

Él daba vueltas por la habitación como gato encerrado, hasta que se dio la vuelta para mirarla y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—¿Qué quieres decir? ¿Aquí, en Santorini?

—No, en el salón —dijo él con sarcasmo—. Pues claro que en Santorini. ¡No seas idiota!

—Una semana, creo —respondió—. Creo que Cassandra dijo que tenían una semana libre antes de ir a Marsella para un reportaje.

—Vale. Me hago una idea —dijo Theo, muy serio—. De acuerdo. Una semana.

Se pueden quedar una semana, y tú también.

—¿Yo? —Martha se quedó mirándolo—. Pero tú dijiste…

—Tu querías quedarte. Lo dijiste. Dijiste que la casa era lo suficientemente grande para los dos —le recordó—. Insististe mucho.

—Bueno, sí, pero…

—No hay peros que valgan. Ellas pueden quedarse si te quedas tú. Y si actúas como si fueras mi novia.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. No podrán acosarme si ya estoy con una mujer.

—Pero yo no…

—Y cuando tú te vayas, ellas se irán también.

—Intentas convertirme en la mala de la película —le dijo Martha —. Además, yo me voy a quedar tres semanas. No tengo billete de vuelta hasta entonces.

—Entonces puedes tomarte esta semana para encontrar un lugar donde quedarte. No hay problema.

Desde luego, no para él. Además, Theo parecía muy satisfecho consigo mismo.

—¿Por qué? —preguntó ella por fin, mirándolo con odio—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué necesitas un lugar para quedarte? —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué estás arruinada y desesperada? —le sonrió, burlón.

Todo aquello estaba muy cercano a la realidad, pero no por ello Martha estaba deseando actuar según sus deseos.

—Cuéntame más de la historia que tuviste con Agnetta.

Theo no parecía con ganas de hacerlo, pero Martha lo miró

fijamente sin decir nada hasta que por fin él murmuró.

—No quiero que piense que puede volver a entrar de nuevo en mi vida.

—¿Entonces, estuvo en tu vida?

—Salí con ella unas cuantas veces —no tenía ganas de hablar, aunque su tono mantenía la indiferencia.

—¿Que salisteis? ¿Como amigos? ¿En casa a las once? ¿Ese tipo de amistad? —

preguntó con falsa inocencia.

—Nos acostábamos —le espetó Theo—. Pero eso es todo. Nada más.

—¿Qué más podía haber?

—Quiero decir, que no teníamos ataduras. No era una relación como tal. No éramos pareja. A mí no me gustan las relaciones. Nos lo pasamos bien y eso fue todo.

Y se lo dejé muy claro.

—Qué amable por tu parte.

—Mira, nunca le dije que estuviera enamorado de ella. La conocí durante una regata. Ella estaba trabajando en un reportaje de moda, como modelo. Nos conocimos, tomamos unas cervezas juntos y pasamos un tiempo juntos.

—En la cama.

—En la cama y fuera de ella —le dijo él, irritado—. Pero le dije que no quería nada serio. En absoluto.

—Claro que no, pero seguro que la encantaste como hacen en la India con las serpientes —accedió Martha muy seria—. Tú y tus encantos.

—¡Pero nadie la obligó a acostarse conmigo!

—Oh, lo creo —ella lo miró con reproche—. Un hombre con un encanto como el que tú tienes…

—Al menos, no le mentí.

Y, como Martha ya sabía, algunos hombres sí lo hacían. Julian había derrochado encanto con ella, le había prometido que la amaba y le había dicho que quería estar con ella para siempre. Le dijo que esperaría a que ella estuviera lista. El mismo Julian que después no supo mantener sus pantalones bien abrochados.

Tal vez decir la verdad fuera un punto positivo frente a tanto encanto, pensó Martha, y decidió poner a Theo contra las cuerdas.

—Bien, entonces tú no querías nada serio y ella sí. ¿Y qué? No me digas que intentó secuestrarte para que te casaras con ella.

—Estuvo a punto —gruñó Theo, y se pasó una mano por la nuca—. Pasamos unas cuantas semanas juntos, y después vino y me dijo… ¡que estaba embarazada!

Lo había dicho como si fuera un insulto o una palabra grosera.

Estaba claro que aquel hombre no tenía ganas de experimentar la paternidad.

—¿Y qué hiciste? ¿Decirle que se librara del bebé? —imaginaba que él se habría sorprendido por la noticia, pero aún estaba indignada al pensarlo.

Theo apretó los dientes y la miró, indignado.

—Nunca haría algo así.

—¿Entonces…? —Martha frunció el ceño, confusa.

—No había bebé.

—Pero ella te dijo…

—Ella dijo que estaba embarazada, pero no lo estaba. Pensó que si me decía que lo estaba, me casaría con ella —parecía furioso.

Si todo aquello era cierto, Martha podía imaginar por qué Theo estaba enfadado con Agnetta.

Ella también estaba un poco enfadada. No le gustaba pensar que había mujeres que mentían para casarse con un hombre. Y no podía imaginar a alguien tan estúpido que intentara algo así con Theo Savas.

—Entonces, ¿cómo te enteraste?

—No soy idiota —le espetó él—. Siempre tengo cuidado, pero también sé que existe la posibilidad remota de que algo ocurra, así que decidí que esperaríamos.

—¿Esperar?

—Claro. Si estaba embarazada, en poco tiempo sería evidente. A ella no le gustó la idea, lloró mucho y me acusó de no tener corazón.

Martha podía hacerse una idea.

—A mí no me importó.

Martha también podía imaginarse eso.

—Pero cuando ella vio que yo lo decía en serio, que no me casaría con ella a no ser que estuviera embarazada de verdad, enseguida «descubrió» —Theo hizo una mueca al pronunciar la palabra —que era sólo un retraso, que no estaba embarazada —bufó, descreído—. Dijo que era por el estrés que le provocaba el pensar en qué dirección estaba tomando nuestra relación —sacudió la cabeza con cinismo—.

Nuestra relación no iba a ningún lado, y eso no ha cambiado. Y tú, señorita Antonides, vas a ayudarme a que eso quede claro.

—Yo no…

—Claro que sí. Te vas a quedar aquí —y dio un golpe al suelo con el pie, refiriéndose no sólo a la casa, sino también a su habitación—, y así Agnetta y Cassandra tendrán bien claro que ya hay una mujer en mi vida.

—Pero tú…

—Tú necesitas un lugar donde quedarte. Te puedes quedar aquí mientras ellas se queden, como si fueras mi adorada novia. ¿Lo pillas? —lo ojos negros de Theo estaban clavados en ella, retándola a

protestar.

Martha no lo hizo. Sus pensamientos eran de lo más confusos. No podía cambiar su billete de avión; sólo retrasando tanto la fecha de vuelta había conseguido un billete más barato que pudiera pagar. Y el coste de tres semanas de hotel estaba fuera de su alcance por completo.

Pero ya no tendría que hacerlo, si accedía a quedarse en la casa.

—¿Aquí? —preguntó ella, dubitativa—. ¿En esta casa?

—En esta habitación —aclaró Theo.

Lo que quería decir en su cama, pues no había ninguna más en la habitación.

Ella la miró, y la mirada de Theo siguió la suya. Era una cama grande con sábanas blancas y una colcha azul.

—No espero que… —dijo él, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Pero Martha empezaba a hacerse una idea.

—¿Esos artículos…? —empezó a decir, con el pulso acelerándose.

—¿Qué les pasa?

—¿Eran ciertos?

—¿Qué? —él la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Me preguntaba cómo lo sabrían. Quiero decir… ¿Qué hacen? ¿Les preguntan a las mujeres? ¿Cómo deciden quién es el navegante más sexy?

—¿Y por qué tengo yo que saber eso? —Theo levantó las manos—. ¿Es que has perdido la cabeza?

Tal vez, se dijo Martha, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Se mordió el labio sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

—No tienes que preocuparte por ello —le dijo él de repente—. Quiero que te quedes en mi habitación y duermas en mi cama, pero no pretendo… —se detuvo.

Martha se sorprendió al ver que se había sonrojado.

—¿Tener una historia sin ataduras conmigo?

Él asintió.

—¿Y si yo sí quiero?

Él abrió la boca y la miró como si viera un fantasma.

—¿Qué?

—He dicho que qué pasa si yo sí quiero —repitió Martha—. Si eres el navegante más sexy del mundo y hay montones de mujeres, por lo que tú dices, deseosas de meterse en tu cama, no veo por qué yo no iba a querer también. Sería una tontería por mi parte.

—Estás loca —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Tal vez —le dijo, despreocupada—. ¿Y qué? ¿A ti qué te importa? No quieres tener una relación conmigo. Perfecto. Yo tampoco quiero. Nada de relaciones, como tú dijiste. Sólo diversión,

eso es todo. Tomo la píldora, así que no habrá consecuencias. Entonces —levantó la barbilla, retadora—, ¿por qué no?

Theo Savas no articuló palabra. Al ver su rostro estupefacto, Martha sintió que su valentía empezaba a resquebrajarse. ¿Tan poco atractiva era que él no podía imaginarse haciendo el amor con ella? Perdón, teniendo sexo…

Fue ella la que se sonrojó a continuación, pero como había sido ella la que había provocado la situación, se quedó clavada al suelo. ¿Qué más podía hacer? No podía permitirse marcharse.

—Éstas son mis condiciones. O las tomas o las dejas —dijo ella con firmeza.

Él levantó una ceja.

—Es lo menos que puedes hacer… Ya te dije que mi vuelo sale dentro de tres semanas y que quiero quedarme todo ese tiempo. Además —añadió—, quiero tener sexo salvaje en ese tiempo.

Gracias a Dios que sus preocupados padres y sus vigilantes hermanos, guardianes de su virtud, no podían oírla en aquel momento. ¡Pero Martha casi deseó que Julian la oyera! Él era la razón de que ella pronunciara esas palabras. Él la había llevado a ello.

Pero sabía que no sólo era por Julian. También era por ella. Tenía veinticuatro años, pero se había pasado toda la vida entre algodones. Y todo en su vida, hasta el día anterior, había ido según sus planes. El día anterior… al recordar a Julian desnudo en la ducha con aquella mujer que no era ella, Martha se dio cuenta de que los sueños no eran más que eso: sueños.

Siempre pensó que acabaría encontrando el amor verdadero, tal y como lo hicieron sus padres. El amor que se les había resistido a sus hermanos, especialmente a Cristina, que acababa con los hombres con tanta rapidez como Martha acababa con los tubos de color azul cadmio. Ella siempre pensó que no quería ser como su hermana, así que cuando conoció a Julian y éste empezó a flirtear con ella, se atrevió a pensar que tal vez fuera su hombre ideal.

—Claro que lo soy —le dijo la noche que se conocieron, sonriéndole y mirándola con sus devastadores ojos azules. Aquélla fue la primera noche que intentó acostarse con ella.

Pero Martha se negó. No estaba lista ni por asomo para algo así, aunque lo deseara, porque quería estar segura. El amor y el sexo eran uno para ella, y durante los cinco meses anteriores, ella había esperado, hasta que estuvo segura.

¡Y qué error cometió! Fue una idiota. Inocente e idiota. Estaba claro que el amor y el sexo no tenían nada que ver; sólo había que preguntarle a Julian.

Pero podía aprender de sus errores, y ahora tenía la oportunidad de realizar su aprendizaje con el navegante más sexy del mundo.

Aunque, para ser sinceros, Theo Savas parecía más sorprendido que sexy en aquel momento.

Martha lo miraba sin dejar resquicio de dudas, hasta que él entornó ligeramente los ojos, como si se hubiera decidido. Asintió, y una sonrisa se dibujó en sus apetecibles labios, los mismos que inspiraron aquella arriesgada petición.

—Lo que quieras, cariño. Tres semanas, sin ataduras. Sexo salvaje. Ni Agnetta, ni Cassandra ni manipulaciones de mi madre —dijo, enormemente satisfecho—.

Trato hecho.

—Pero ella no es tu tipo, ¿no? —Agnetta se acercó un poco más a él, de modo que si Theo se apartaba, apoyado como estaba en la pared del tejado, observando la puesta de sol, le rozaría el pecho con el brazo.

Ella se había movido con precisión matemática, y Theo admiró su perseverancia y decisión, sin dejar de mirar el horizonte.

Probablemente no debía haberla dejado seguirlo al tejado después de cenar, pero ella suplicaba acompañarlo, aunque no tuviera nada que ver con las vistas.

Pero quiso darle a Martha un respiro. Se había portado estupendamente y había cocinado un guiso con lo que encontró en los armarios y la verdura y pescado que él trajo del mercado. Y todo ello sin dejar de hablar alegremente, declinando todo intento de ayuda para recoger. Pero el ofrecimiento de las otras dos mujeres de ayudar tampoco había sido muy sincero; Cassie estaba deseando bajar al centro del pueblo, donde había bares y hombres, y Agnetta estaba deseando acompañarlo al tejado, si a Theo no le importaba.

Theo pensó que si la dejaba sola con Martha, tendría oportunidad de contarle más detalles de su «historia» que Martha no tenía por qué saber, o quién sabe qué otra maldad, así que le pareció preferible llevársela al tejado y sentarse a una distancia prudencial de ella.

—¿Martha? —respondió a la pregunta de Agnetta, con una sonrisa nada forzada.

La verdad era que lo había pasado bien durante la cena. Ella no se había comportado como una tonta, como Cassie, o demandando su atención constantemente, como Agnetta. Se había mostrado alegre y divertida, encantadora en resumen, y le recordó a su hermana pequeña, Tallie.

Desde luego, no era el tipo de mujeres con las que solía estar.

—No, no lo es —admitió él, y miró a Agnetta con cierta burla en los ojos—. Por eso me gusta.

La bella boca de Agnetta hizo un puchero y le dio un golpe juguetón en el brazo.

—Sólo estás pasándolo bien, ¿verdad?

—Es lo que hago siempre.

Ella apretó los labios al recordar algunas cosas que prefería dejar a un lado.

—¿Ella lo sabe?

—Sí —era la pura verdad. Además, también era lo que Martha buscaba.

Agnetta levantó las cejas, sorprendida.

—¿En serio? ¿Y ha accedido?

—Por supuesto. Nos entendemos bien.

—Vaya… no sé si creérmelo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Theo, levantando una ceja.

—Que tienes que tener cuidado —le dijo Agnetta—. Ella no es como yo.

—Lo cual está muy bien.

Agnetta hizo un gesto de desagrado.

—Creo que aún me guardas rencor por el pequeño error que cometí.

Él no le corrigió diciendo que sabía que no había sido un error.

—No te guardo rencor. Aquello, ahora, me da exactamente igual.

—Eres un bastardo sin sentimientos, ¿lo sabías, Theo?

—Lo que soy es realista. Y Martha también. No tienes que preocuparte por ella.

Ahora —se apartó de la pared en la que se estaba apoyando, como si se fuera a incorporar—. Creo que es hora de bajar. Se está haciendo tarde.

—¿Tarde? —Agnetta parpadeó y señaló las luces de la ciudad que brillaban a sus pies—. En las guías dice que Santorini despierta a la vida a medianoche.

—No tenía ni idea —dijo Theo.

—No te creo —rió Agnetta—. Vente conmigo y comprobaremos si lo que dicen es verdad —sonrió, y le agarró el brazo.

Pero Theo se apartó.

—No, gracias. Tú puedes salir a divertirte si quieres —se giró y fue hacia las escaleras. Martha ya habría tenido bastante tiempo para respirar—. Te daré una llave.

—¿Una llave? —Agnetta fue tras él—. Pero tú vendrás, ¿no? Bueno, Martha y tú, pero…

—Nosotros no saldremos. Tenemos otros planes para esta noche —acababa de llegar al último peldaño de las escaleras.

—¿Qué tipo de planes? —Agnetta parecía molesta.

—Seguro que te puedes hacer una idea —le respondió él, levantando una ceja y sonriendo, travieso.

¿Qué estaban haciendo en el tejado? Tampoco era que le importase

de verdad, pensó Martha mientras acababa de secar la última sartén, pero si era cierto que el navegante más sexy del mundo quería evitar a la modelo sueca, lo más lógico era que no hubiera aceptado su ofrecimiento de que lo acompañara. Pero lo había hecho.

Agnetta se había pasado toda la cena insinuándose; él no había respondido a sus avances, y en cuanto acabaron, Cassie se dispuso a salir enseguida, y Agnetta pestañeó mucho mientras se ofrecía para acompañarlo al tejado y disfrutar de las vistas con él. Y Theo había accedido.

Podía haberle sugerido que ayudara a recoger la cocina, podía haberse ofrecido él mismo, pensó Martha, cerrando de golpe un armario, pero no lo había hecho.

—Claro, subamos juntos —dijo, y añadió, sin mirar a Martha más de un segundo—: Así no te estorbaremos.

¿Así que se estaban dedicando a recuperar el tiempo perdido ahí arriba? ¡Idiota!

Bueno, lo que hicieran esos dos a Martha le traía sin cuidado. Desde luego, ella no iba a subir detrás de ellos a defender su honor. Y si él acababa en la cama con Agnetta,

¡era su problema! Aunque esperaba que tuviera claro que ella no iba a consentir compartir amante con Agnetta. Lo que tampoco le dejaría creer sería que podría echarla de la casa si acababa sucumbiendo a la tentación con la sueca y pensaba que ya no la necesitaba.

Martha bostezó y se estiró, pues aún no se había recuperado por completo de los estragos del vuelo trasatlántico. Lo que necesitaba era una ducha y dormir bien, pues su siesta fue interrumpida por la llegada de Agnetta y Cassie.

Por unos segundos pensó en su habitación, pero Theo había colocado allí a propósito los equipajes de las dos visitantes. Además, mientras ella hacía la cena, Theo se encargó también de llevar la bolsa de viaje de Martha a su habitación.

Pensó en darse una ducha y echarse a dormir. Probablemente estuviera profundamente dormida para cuando bajaran Theo y Agnetta del tejado, si no decidían pasar la noche allí, en brazos del otro.

—Divertíos —susurró entre dientes, mirando las escaleras que llevaban al tejado, y fue a la habitación.

El baño de la habitación de Theo ya no era como cuando se trataba del de sus padres. Habían desaparecido los azulejos rosas de las paredes, al gusto de su madre, y ahora eran blancos y sin adornos.

Las toallas eran nuevas, de color azul. Martha pasó una mano sobre ellas. Su suavidad le hizo desear envolverse en ellas después de la ducha, así que encendió el grifo y se desvistió, dejando caer la ropa

al suelo.

El cuerpo desnudo que vio en el espejo no estaba ni la mitad de en forma que el de Agnetta, que en ese momento debía de estar luciendo todos sus encantos para Theo. Martha tenía los pechos más grandes, la cadera más ancha y dos o tres tallas más que las dos modelos y que la mayoría de amantes de Julian.

Pero no quería seguir pensando en eso.

Dejó de observar sus defectos en el espejo, retiró la cortina de la ducha y entró.

Un chorro fuerte y caliente le dio la bienvenida. Acostumbrada al débil e irregular hilillo de agua de la ducha del piso superior, se quedó algo sorprendida.

Aquélla debía de ser otra de las mejoras de Theo.

Tendría que decirle que había tenido una muy buena idea, aunque estaba segura de que a él no le importaría. Daba igual. Ella disfrutaría del placer de la ducha, dejando que el agua lavara su piel y aliviara sus cansados músculos. Por primera vez desde hacía veinticuatro horas, desde que vio a Julian con otra y sus sueños se hicieron pedazos, sintió que parte de la tensión de su cuerpo desaparecía.

Tomó el jabón del alféizar de la ventana y empezó a lavarse con rapidez, pues sabía por experiencia que el agua caliente no duraba mucho tiempo. Pero el agua no se enfrió, y le dio tiempo a lavarse el pelo y aclarárselo sin problemas. Theo debía de haber cambiado el calentador también, pensó sonriendo, disfrutando del calor del agua. Pero en ese momento, notó una leve ráfaga de aire frío.

Ah, todo lo bueno se acababa pronto. Martha alargó la mano para cerrar el grifo.

—Todavía no.

Ella pudo contener un gritito al girarse, y casi resbaló en la ducha al encontrarse con los ojos negros de un Theo Savas muy moreno, muy masculino ¡y muy desnudo!

Él la sujetó, sonriendo.

—¿Qué… qué haces aquí? —ella temblaba, pero no de frío. Lo cierto era que cada vez tenía más calor.

—Pensé que podríamos empezar con eso del sexo salvaje —su voz era un susurro, y sus dientes brillaron tras su sonrisa. Pero tras la sonrisa, había algo intenso y oscuro en sus ojos.

Martha tragó saliva. El corazón le latía a mil por hora.

—Oh —dijo—. Yo… oh… ahhh —las vocales cambiaron al sentir las manos de Theo sobre sus caderas.

Por un instante, Martha recordó las manos de Julian sobre las caderas de esa otra mujer en la ducha. El recuerdo le hizo reaccionar de la mejor manera posible.

Tomó aliento y logró sonreír, después colocó las manos sobre el

pecho de Theo mientras intentaba ignorar sus nervios.

—¿Por qué no?

Ella esperaba mantenerse objetiva, para tomar notas mentales sobre la capacidad de seducción del marino más sexy del mundo. Esperaba poder analizar y evaluar la experiencia del mismo modo que lo hacía con el trabajo de otros artistas.

Aquél era el mejor modo de aprender, después de todo.

No se trataba de dejarse llevar… no tenía que gemir al sentir las manos de Theo acariciándole la espalda, y mucho menos temblar mientras bajaban más y más por sus piernas…

¡Cielos! ¿Qué le estaba haciendo?

Martha intentó recordar la técnica, pero enseguida se vio perdida en un mar de resbaloso placer, sintiendo la magia de sus dedos, la caricia del vello de sus piernas contra sus muslos justo antes de que él se arrodillara frente a ella para enjabonarle los pies.

—Theeeeo —susurró ella entre dientes.

—Shhh. Preocúpate de ti —murmuró él, y empezó a acariciarla sensualmente subiendo por sus piernas, deteniéndose detrás de las rodillas y en los muslos.

Ella tembló al notarlo ascender más y más.

Él se acercaba cada vez más, hasta que Martha sintió el calor de sus labios contra su abdomen, y más abajo.

Oh, sí, más abajo. Mientras, sus dedos seguían subiendo.

—¡Oh! —Martha no pudo contener la exclamación en el momento en que los dedos de Theo la encontraron, la tocaron por fin. Dio un respingo y sus piernas temblaron. Buscó algo a lo que agarrarse y sólo encontró sus hombros.

Él levantó la cabeza para mirarla, sonriendo.

Una vez más, movió los dedos, acariciándola, dándole placer.

Martha se estremeció, movió los pies y le facilitó el acceso. No podía evitarlo…

quería más. Se mordió el labio inferior e intentó pensar en otra cosa, pero su cuerpo no le dejó. Avanzaba al ritmo que Theo le imponía, y cuando logró que un par de sus neuronas empezaran a trabajar, protestó:

—Pero tú…

—Habíamos quedado en que sería salvaje —murmuró él, poniéndose en pie para besarla. Hizo un sonido como si aceptara el reto, como si tuviera que mantener el pabellón bien alto.

Y lo hizo, desde luego.

La palabra salvaje se quedaba corta para expresar las sensaciones que Martha estaba experimentando, habría sido más aproximado llamarlo…

Pero se quedó sin palabras. El placer fue demasiado intenso, las

sensaciones demasiado fuertes y el deseo… casi aterradora. Martha le clavó las uñas en las caderas mientras estallaba y caía sobre él, agotada.

Tenía que sentirse irritada por haber perdido el control, literalmente, en manos de Theo, pero no lo hizo; se sintió cómoda, segura… amada.

¿Amada? No, sabía que no había nada de eso. Tampoco lo esperaba.

Había imaginado y esperado algo así con Julian, si hubiera compartido un momento como aquél con él, pero había aprendido la lección. El sexo no era más que sexo. Y podía ser muy salvaje. Sonrió y se abrazó más a Theo.

Él le acarició todo el cuerpo, el pelo, hasta que empezó a apartarla poco a poco para poder mirarla a la cara.

—¿Qué te parece? ¿Es lo suficientemente salvaje? —sonrió, seductor.

Desde luego, pero Martha sabía por instinto que Theo Savas no necesitaba más arrogancia aún; ya tenía bastante.

—No está mal.

—¿Cómo? —levantó las dos cejas a la vez, claramente indignado.

—Sí, está bastante bien —respondió ella, sonriendo.

—De acuerdo —gruñó Theo—. Vamos a verte en acción. Vamos.

Y alargó la mano junto a ella para cerrar el grifo y salir con ella de la ducha.

Al tenerlo delante en un espacio más amplio, Martha pudo observar mejor lo atlético de su cuerpo, sus marcados músculos y su evidente erección.

Ella aún estaba boquiabierta, intentando no aparentar su sorpresa, cuando él la arropó con una toalla y empezó a secarla.

—Puedo hacerlo sola —respondió ella con rapidez.

—Estoy seguro de ello, pero quiero hacerlo yo. Y después tú podrás devolverme el favor.

Theo le sonrió, como si adivinara las ganas que ella tenía de hacerlo. Después continuó su tarea y su sonrisa desapareció.

Ella creyó sentir un leve temblor en sus dedos por encima de la toalla. Theo frotaba con suavidad, y el calor que le estaba haciendo sentir ayudó a hacer que toda la humedad se evaporara de su piel en cuestión de segundos. Además, el pensar que pronto estaría ella tocándolo y secándolo del mismo modo, sólo sirvió para añadir más leña al fuego.

—Me toca —dijo ella de repente antes de arder por combustión espontánea.

Tomó otra toalla del toallero y empezó por los hombros y los brazos. Sus músculos era firmes, pero no duros, y él se quedó muy

quieto mientras ella bajaba por su pecho y su abdomen.

Entonces Theo tragó saliva y sus músculos se tensaron.

Martha sintió que algo ardiente le había entrado en el torrente sanguíneo al verlo reaccionar ante la más sencilla de sus caricias. Ella nunca le había provocado algo así a Julian. Ni siquiera había pensado en ello. Hizo a Theo darse la vuelta.

—Eso puedo hacerlo yo —protestó él.

—Nada de eso —ella agarró con fuerza la toalla y lo miró con firmeza—. Tú me has secado a mí, así que éste es mi turno —no iba a ceder en aquello por nada del mundo.

No supo si interpretaba bien la mirada de Theo, pero le hizo sentirse más decidida. Dio unos golpecitos en el suelo con el pie y esperó.

Theo torció el gesto, pero al final se giró. Su espalda era ancha y fuerte, y estaba muy moreno, sin marcas del bañador, lo cual era algo intrigante. Había muchas cosas muy intrigantes en Theo Savas, de hecho.

Martha le pasó la toalla por la columna, y después bajó por el trasero y las piernas. Eran tan fuertes y musculosas como sus brazos. Comprendió entonces por qué estaba considerado como el navegante más sexy del mundo. Sólo con desnudarse tendría ganado el concurso. ¿Sería eso lo que había hecho? ¿Lo habían visto desnudo? El corazón se le encogió en la garganta.

Martha se agachó y, al pasar la toalla entre sus muslos, escuchó un sonido silbante.

—Gírate —le dijo, tragando saliva.

Theo se giró.

Ella estaba mirando directamente su…

—Creo que ya estoy seco —dijo, con voz áspera.

Cuando Martha se quiso dar cuenta, estaba en sus brazos, la toalla en el suelo, e iban en dirección a la cama.

Ella le agradeció de nuevo el que hubiera cambiado aquella habitación para que no le recordara a sus padres. Por suerte, no quedaba allí rastro de la presencia de Aeolus ni de Helena Antonides.

La habitación era puramente de Theo, pero ella no tuvo mucho más tiempo para pensar en ello, pues él la dejó sobre la cama, apagó la luz y se tumbó a su lado.

La luna los iluminaba a través de la ventana abierta con su luz plateada, así que ella aún podía verlo. Martha notó cómo le acariciaba el pelo, y después la besó en la oreja, en el cuello, en el hombro.

Y otra vez la pasión creció con las caricias y los suaves besos; la sangre le ardía en las venas y su necesidad crecía por momentos. Ella se revolvía, gemía, deseosa de acariciarlo, pero sin atreverse.

—Tócame —dijo él, con voz ansiosa.

Y Martha obedeció enseguida. Era como si le dieran permiso para tomar lo que quisiera en una tienda de dulces. Al principio fue despacio, con cuidado, buscando aprender los contornos de su cuerpo, como hacía cuando tenía que pintar un mural en una superficie que no conocía. Tenía que experimentar, ver cómo reaccionaba la pintura, cómo lograr el efecto deseado. Por eso lo tocaba, lo acariciaba, anotando mentalmente sus respuestas como hacía en su trabajo.

Theo respondía mejor que la madera, el yeso o el ladrillo. Podía hacer que gruñera, que su cuerpo se estremeciera de deseo, que sus músculos se tensaran intentando controlar la pasión.

Pero Martha no quería controlarlo, sino que perdiera el control como le había pasado a ella en la ducha. Quería provocarle el mismo placer que él le había provocado a ella. Por eso lo buscó directamente, lo tocó y frotó hasta que él no pudo soportarlo más.

De repente, estaba encima de ella, separándole las piernas para entrar y…

Martha se quedó rígida de la sorpresa.

Y también Theo.

Al sentir la resistencia que le ofrecía su cuerpo, Theo se quedó quieto. Su atónita expresión iluminada por la luz de la luna fue algo que Martha nunca olvidaría. Pero enseguida cambió, y la sorpresa se tornó en frustración, como si no pudiera controlar ni su expresión ni su necesidad.

Martha supo que él no podría parar aunque quisiera, cosa probable, pero era demasiado tarde. Theo estalló dentro de ella del mismo modo que ella lo había hecho en la ducha.

Y después, aún tembloroso, él se levantó de la cama, mirándola con expresión furiosa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Capítulo 3

—¡Eres virgen! —él se sentía ultrajado. Martha se apartó el pelo de la cara e hizo una declaración obvia.

—Ya no.

Parecía completamente serena, como si entregara su regalo más precioso todos los días de la semana. Theo quería estrangularla.

—Ya sabes qué quiero decir —le espetó Theo, y encendió la luz del techo.

Martha parpadeó y se tapó los pechos con las sábanas. ¿Por vergüenza? ¿Qué vergüenza?, pensó Theo sarcásticamente.

Desde luego, no se había mostrado vergonzosa en la ducha o en la cama, sino como una amante ardiente, deseosa de sus caricias y correspondiéndolo. ¡Y era virgen!

Y ahora ella estaba allí, mirándolo como si fuese un loco mientras ella estaba serena y fría, como si aquello no fuera con ella, como si no le importase en absoluto haberle entregado lo que ninguna otra mujer le había dado.

—Me mentiste —dijo, señalándola con el dedo.

Ella se recostó contra el cabecero de la cama y lo fulminó con la mirada.

—No lo hice.

—¡Sí lo hiciste! —aquello empezaba a parecer una pelea infantil, pero le daba igual—. Dijiste que querías tres semanas de sexo salvaje.

—Sí, ¿y qué tiene eso de malo?

—¡Que eres virgen! Bueno, eras —se corrigió, enfadado.

—¿Y es que las vírgenes no pueden tener sexo salvaje?

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. Después dijo lo que quería decir al principio.

—¡Pues no! Se supone que no tienen que insinuarse a hombres que no conocen, que no tienen que hacerles proposiciones —la acusó.

—No fui yo, sino tú el que me hizo proposiciones.

—¿Cómo?

—Sí. Fuiste tú el que dijo que tenía que actuar como si tuviera una aventura contigo. Tú eras el que quería mentir.

—¡Pero eso no es lo mismo!

—No, no lo es porque yo no mentí. Sólo hice lo que tú querías, e incluso hice que fuera verdad. Además, yo no he protestado. Yo quería tener una aventura, y sigo queriendo.

Él la miró, y ella le devolvió la mirada, desafiante, pero no pudo mantenerla mucho tiempo.

—Estás loca —tenía que estarlo. Ninguna mujer tiraba por la borda de ese modo su virginidad, ¿o sí?

Theo frunció el ceño, intentando comprender todo aquello.

Intentando comprenderla a ella, pero sin resultados. Ella no decía nada, tenía la mirada perdida en la distancia, evitándolo. Él se pasó una mano por el pelo, sintiéndose aún agitado por el orgasmo y la sorpresa. Como ella seguía sin decir nada, él preguntó:

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —fue su respuesta.

Su tono era frío e indiferente, pero pudo ver que había algo oculto, igual que la superficie del mar le decía a veces que había cosas escondidas que él no podía ver, pero que estaban allí.

¿Qué habría bajo la superficie de Martha Antonides?

¿Qué demonios estaba pasando?

Él suspiró y sacó unos boxers de un cajón de la cómoda. Así los dos estarían tapados, pensó, y se sentó en un sillón junto a la cama, pero manteniendo las distancias.

—Tal vez debiéramos hablar de esto —le dijo, intentando mantener un tono indiferente.

—No hay nada de lo que hablar —estaba hecha un ovillo, abrazándose las rodillas dobladas, y seguía sin mirarlo.

Theo la estudió en silencio. Ella parecía terriblemente joven e indefensa, y la idea lo preocupó y enfadó al mismo tiempo. Él no quería complicaciones, demonios.

Y Martha Antonides se estaba convirtiendo a toda prisa en la mujer más complicada a la que había conocido.

Él tomó aliento y volvió a la carga.

—De acuerdo. Entonces lo que querías era deshacerte de tu virginidad con sexo salvaje… —apenas pudo controlar el sarcasmo, pero ella se lo tenía merecido.

Y entonces ella giró la cabeza e hizo volar su pelo, antes de fulminarlo con la mirada y responder:

—¡Para mí tenía sentido! —Martha se puso roja y empezó a valorar el sentido de sus palabras—. Bueno, en parte tenías razón. Ha sido sólo sexo, sin nada que ver con el amor, con la implicación con el otro… Ya lo sé, y no esperaba otra cosa. ¡No quería otra cosa! Sólo… yo sólo… —se detuvo y lo miró directamente a los ojos, desafiándolo —. Sabía lo que hacía.

Y Theo la creyó. Estaba claro que lo tenía todo pensado.

Dejó escapar un suspiró, y dijo:

—Bueno, bien por ti, pero yo no tenía ni idea —le dijo sin emoción alguna—. Y

como he tenido algo que ver en todo esto, me gustaría que me lo explicaras.

Ella estuvo callada un buen rato, acurrucada bajo las sábanas, como si tuviera un escudo protector. Ni siquiera parecía estar pensando en él. Tenía los labios apretados y la barbilla apoyada en las

rodillas, pero con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, estaba igual de deseable que cuando la tenía entre los brazos. ¿Cómo iba a saber que era tan inocente? Ella se mordió el labio inferior, y Theo se preguntó si acabaría diciendo algo.

—Decidí que ya era hora de saber por qué tanto jaleo —dijo por fin, sin mirarlo.

—¿Jaleo?

—Sí, por el sexo —respondió ella, impaciente, mirándolo—. Por qué es tan importante.

—Ya veo —no entendía nada de lo que ella le decía—. Continua —pidió, para ver si así se enteraba de algo.

—Quería saber por qué es más importante que las relaciones —lo dijo con enfado, y él lo notó. Sus miradas chocaron un momento, pero enseguida ella la desvió hacia la ventana.

—¿Lo es? —aventuró él.

—Por supuesto —le esperó ella—. Tú tampoco quieres tener relaciones, me lo dijiste.

—Bueno, pero yo no soy todo el mundo.

—Pues hay mucha gente que juega en tu mismo equipo —le respondió ella con amargura, y batió con rapidez las pestañas.

Cielos, no iba a ponerse a llorar, ¿verdad?

Theo se levantó de la silla y fue a sentarse en la cama a su lado.

—Escucha —le dijo con impaciencia—. No acabo de comprender lo que ha pasado, pero independientemente de lo que sea, no merece la pena que llores por ello.

—¡No estoy llorando! —Martha parpadeó con más fuerza y tomó aire.

—Claro —dijo Theo, con gravedad, observando cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¡Oh, basta! —dijo ella, secándosela, furiosa, antes de levantase de la cama.

Theo la agarró, y al hacerlo y tocar de nuevo su piel, experimentó una oleada de deseo renovado que lo irritó.

—¡Para! ¿Dónde crees que vas?

Ella luchó un poco para liberarse, pero Theo no la soltó, y un momento después ella estaba de nuevo sobre la cama, cubriéndose la cara con la sábana.

—Eso está mejor —dijo él, pero siguió sin soltarla.

Ella lo miró, apartándose un momento la sábana de la cara.

—No estoy llorando —dijo con firmeza—. No se lo merece.

Bueno, por fin llegaban a algún sitio. ¿Qué era lo que ella había dicho antes?

Algo así como que sería el penúltimo hombre en el que se fijaría… Bueno, quien quiera que fuera ese tipo, parecía que tenía alguna

explicación que dar.

—Desde luego que no —asintió él.

Cualquier imbécil que la tratara tan mal como para hacerla saltar a la cama de un completo desconocido, debía de ser mucho más que eso. Theo sintió frío al pensar en los hombres que podían haberse aprovechado de las circunstancias. De hecho, tampoco se sintió muy contento consigo mismo, dados los acontecimientos.

—¿Él te dejó?

—No. No exactamente —dijo ella, sorbiendo las lágrimas—. Bueno, sí. Se podría decir que sí —hizo una mueca y soltó una carcajada—. Dios, qué idiota soy.

Sí, probablemente, pero él no iba a decírselo en voz alta.

—Dime qué ocurrió.

Si le respondía que no era asunto suyo, no se sorprendería. Probablemente tendría razón, pero quería saberlo. Su enfado inicial con Martha estaba desapareciendo rápidamente.

Si Agnetta le hubiera dicho que era virgen, cosa que hubiera tenido su gracia, Theo habría pensado que se trataba de alguna treta, pues ella no hacía nada que no estuviera perfectamente calculado para hacer que se saliera con la suya. Pero Martha Antonides no parecía ser de ese modo.

Ella lo miraba en silencio, y él tuvo que recurrir a toda su paciencia para no sacudirla y hacer que le contara toda la historia.

—Tenía novio —suspiró ella por fin, bajando la mirada—. O pensaba que lo tenía. Estamos juntos desde el uno de enero. En Nueva York. Vivo en Nueva York, menos cuando tengo que ir a trabajar a otro lugar.

—¿A trabajar? —intentó imaginar qué tipo de trabajo la haría viajar con frecuencia. Desde luego, no parecía modelo, como Agnetta y Cassandra, ni tampoco una ejecutiva.

—Soy muralista —explicó ella.

—¿Muralista? ¿Pintas paredes?

—Pinto «en» paredes. Sobre todo en Nueva York, pero a veces tengo encargos en otras ciudades. El mes pasado estuve trabajando en Carolina del Sur. En todo el tiempo que pasé allí, no dejé de pensar en volver a casa con Julian.

—¿Tu novio?

—Mi ex novio. Él quería… —dudó, y se puso roja—. Bueno, quería lo que quieren la mayoría de los hombres —lo miró por el rabillo del ojo.

—Sexo —tradujo Theo.

—Sí —Martha asintió y apretó los labios—. Quiso acostarse conmigo nada más conocerme, pero yo no quise. No creía en eso. Bueno, no creía… —se corrigió.

—Cambiaste de idea.

—Sí —ella se encogió de hombros—. Antes, cuando estaba con Julian, pensaba que el sexo debía ser parte del amor, una expresión del amor. Que eso era todo lo que debía ser —se mordió el labio de nuevo y se encogió—. Soy una idiota.

Más bien era una chica complicada.

—Puede ser —protestó Theo, sintiéndose algo raro—. Una expresión del…

amor, quiero decir.

Le costó decir la palabra «amor». No la había pronunciado desde hacía años.

Pero sí, en el pasado, también él había creído en eso; lo había visto en el matrimonio de sus padres, que llevaban treinta y cinco años juntos, y que habían tenido cinco hijos.

—Sé que puede serlo —admitió Martha—, pero a veces no tiene nada que ver con ello.

—Por supuesto que no —él lo sabía de sobra—. Pero no me avisaste —Theo estaba molesto pues creía que ella iba a culparlo—.Tú dijiste…

—No estoy hablando de nosotros, sino del imbécil de Julian. Estuve en Carolina del Sur un mes, y lo echaba de menos. Hablábamos por teléfono cada noche. Casi todas las noches —corrigió—. A veces no estaba en casa, porque se quedaba a trabajar hasta tarde. O eso me decía —dijo, después de un momento—. Es abogado.

—Matemos a todos los abogados —dijo Theo.

—Pero entonces yo estaba enamorada de él y me di cuenta de que la separación hace crecer el amor. O eso pensé yo. Está claro que también funciona en dirección contraria.

—Ojos que no ven…

—Corazón que no siente —asintió ella—. Y eso debió de ser lo que le pasó a Julian —Martha tomó aliento y continuó—: Acabé el mural una semana antes de lo previsto. Trabajé muchas horas para acabar cuanto antes, porque estaba deseando volver a verlo. Pensaba sorprenderlo, aparecer de golpe en su piso y decirle que había tomado una decisión… que estaba lista —empezó a sonrojarse y retorció la sábana entre las manos—. Y eso fue lo que hice.

No hacía falta que siguiera. Theo podía imaginarse el final perfectamente.

—Cuando llegué, estaba en la ducha… con otra persona.

Theo sintió compasión por ella, imaginando el golpe que tuvo que suponer aquello para Martha. Aún parecía no haber salido del shock cuando lo miró sonriendo, incapaz de ocultar el dolor que sentía en el corazón.

—Qué imbécil —dijo Theo entre dientes.

Y lo decía en serio. Una cosa era acostarse con una mujer cuando ninguno tenía ataduras, pero otra muy distinta era engañar a una mujer haciéndole creer en una relación mientras se acostaba con otra.

—Exacto.

—Estarás mejor sin él.

—Ya lo sé.

—Olvídalo.

—Eso es justo lo que intento hacer.

—¿Qué?

—El sexo salvaje… ¿Recuerdas? —dijo ella, sonriendo.

—¿Crees que te olvidarás de él haciendo lo mismo que él? —su voz sonaba indignada.

—¿Por qué no?

—Porque es una locura. No tienes por qué ir por ahí acostándote con el primero que encuentres.

—¿Por qué no?

Theo deseó zarandearla.

—Porque… porque… ¡porque no!

Se levantó y empezó a andar por la habitación como gato encerrado. Estaba loca. Estaba loca y era preciosa. Buscó las palabras para hacerle comprender que había hecho una idiotez. Que habían hecho una idiotez.

Sí, pero él no lo sabía. ¡Había sido una víctima! ¡Se habían aprovechado de él!

Era cierto, pero había algo que no acababa de convencerlo. Estaba indignado.

Tras él, Martha se revolvió en la cama.

—Has… has estado muy bien —dijo en voz baja—. Creo.

¿Cómo? Theo se pasó ambas manos por el pelo.

—Vaya, muchas gracias. Me alegro de tener tu aprobación. Teniendo en cuenta tu amplia experiencia.

Pero en lugar de encogerse al ver su cara de rabia, Martha se irguió. De algún modo, el haber contado su sórdida historia le había dado fuerza.

—Tienes razón en que no tengo mucha, pero… me he quedado impresionada —

levantó la barbilla y lo retó a discutir con ella.

—Vaya, muchas gracias —dijo sarcásticamente.

Theo no comprendía cómo ella podía enfadarlo tanto y, al minuto siguiente, hacer que deseara protegerla. Y después, hacerlo enfurecer de nuevo.

—De nada —sonrió ella.

Él no se ablandó. Quería sacudirla hasta hacerla razonar, pero lo que más deseaba era tumbarla y volver a hacerle el amor. Y hacerlo

bien esta vez. Lenta y dulcemente, como tenía que haber sido su primera vez. ¡Maldición!

—Iré a dormir al sofá —dijo, con los puños apretados, girándose hacia la puerta.

—¡No! —Martha saltó de la cama para ir tras él—. ¡Dijiste que querías que creyeran que soy tu novia!

—Perfecto. Y acabamos de tener nuestra primera pelea, por eso me voy a dormir al sofá —tenía la mano en el pomo de la puerta, pero ella lo agarraba.

—No, espera. Sé que estás enfadado. No tenía que… lo siento.

Por algún motivo, a él le pareció que su disculpa estaba fuera de lugar, pero sus manos estaban perfectamente sobre él.

—No pasa nada —dijo él, casi en un gruñido, pero ella no lo soltó —. Has hecho una tontería, pero veo que te provocaron.

—Pues sí. Quédate —le pidió ella—. Quédate aquí.

¿Quería que compartiera la cama con ella? ¿Después de todo aquello?

¿Sabiendo lo bueno que era hacer el amor con ella, cómo respondía, cómo se estremecía ante sus caricias? Theo cerró los ojos y apretó los dientes.

—No tienes que volver a hacerme el amor —dijo Martha, sin comprender su lucha interna—. Podemos olvidarnos de lo del sexo salvaje.

—¿En serio? —él la miraba como si no pudiera creer sus palabras. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni en un millón de años podría olvidarse de aquello.

—Claro, si es lo que deseas —dijo Martha con sinceridad.

En aquel momento, Theo no sabía lo que quería. A él no le gustaban las complicaciones, y nunca se habría imaginado en un lío como aquél.

—O podríamos hacerlo de nuevo —ofreció ella, en voz baja.

Él parpadeó, sorprendido.

—Ahora que lo sabes… Aún tengo mucho que aprender —dijo ella, y al ver su sonrisa, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia la cama.

Martha sabía que se había aprovechado de Theo, pero estaba casi segura de que él lo había disfrutado. Y, puesto que había pasado lo peor de su enfado, estaba decidida a repetir. Una y otra vez.

El sexo con Theo era increíble. Le hacía sentir cosas que no había imaginado que podía sentir, ni siquiera con Julian. Theo era mucho más interesante, más misterioso… Probablemente sólo había visto la punta del iceberg de lo que podía disfrutar con él, así que lo atrajo hacia la cama para seguir disfrutando de su educación.

Esa vez, Theo no se apresuró. Se tumbó a su lado, mientras la

acariciaba con una mano, mostrándole lo que le gustaba y enseñándole cuáles eran sus deseos: las caderas, los muslos, el trasero… dejando siempre un sendero de fuego tras el paso de sus dedos.

Martha deseaba corresponderlo, pero él no la dejó.

—Ya llegará tu turno —le dijo—. Esta vez es para ti; como tenía que haber sido la primera.

Y la fiereza de su mirada hizo que Martha no preguntara. Además, tenía lo que deseaba. Su cuerpo en manos de Theo era como un instrumento musical; lo hacía vibrar y cantar.

Ella se retorcía bajo sus caricias mientras la sensación se hacía más y más fuerte.

—Theo —llamó—.Ven, por favor, ahora.

—Mmmm —él se colocó sobre ella, para alivio de Martha, y se puso entre sus piernas.

Ella se movió para acomodarse a él.

—Ten cuidado. No quiero —empezó él, con los ojos cerrados para concentrarse en ir despacio, pero no acabó la frase.

Martha no lo dejó. Necesitaba a Theo ya, así que lo agarró por las caderas y tiró de él, llevándolo dentro de ella.

Él abrió los ojos de golpe.

—¿Qué…?

—Sííííííííí —silbó ella al sentirlo dentro, y suspiró de placer. Lo miró y sonrió.

Theo no sonreía. Estaba rígido y parecía preocupado, como si creyera que ella se iba a romper.

Pero si ella fuera a romperse, ya lo habría hecho. Martha pensó que no merecía la pena decirle nada, pues no la creería, así que decidió mostrárselo. Por eso empezó a moverse, levantando la pelvis y arqueando la espalda, haciendo que él entrara más profundamente y que sus ojos se abrieran cada vez más.

—Martha, no…

—Sí.

—¿Estás…? —tembló él.

—Sí —dijo ella—. Oh, sí.

Y ella volvió a moverse con más seguridad y más urgencia, a lo que Theo no pudo sino responder moviéndose con ella, en ella, contra ella. En una cadencia tan vieja como el mundo.

A Martha le pareció como estar en el mar y sentir las olas romper contra ella, pero aquellas olas hacían que el placer creciera más y más hasta que… hasta que estalló. Y Theo con ella.

Ella se perdió en la sensación, en un torbellino de luz y color, y cuando respiró de nuevo, agotada, se abrazó a un hombre tan agotado como ella.

Ella sonrió, satisfecha al sentir su corazón latiendo contra el de él, y saboreó la sal de su piel al besar sus hombros. Lo sintió temblar y estremecerse sobre ella, pero se sentía protegida en sus brazos.

—¡Oh! —exclamó ella, con dificultad.

Al oírla, él levantó la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Otro «bastante bien»? —arrugó el gesto.

—No —Martha sacudió la cabeza, sonriendo. Sólo había una palabra para describir aquello—. Guau.

Él era «guau». Ellos eran «guau». Probablemente eso último fuera lo más cercano a la realidad, admitió Theo para sí mismo. Martha se había quedado dormida junto a él, con un brazo sobre su pecho y una rodilla sobre su muslo. Él le pasó una mano por el pelo revuelto.

Guau. Cada vez que lo pensaba, tenía que sonreír. Era cierto, tan intenso e inesperado. Todo aquello había sido de lo más inesperado. Cuando se levantó por la mañana, sus planes eran salir un rato a navegar y llamar a unos amigos a Newport para pedirles información sobre un nuevo barco. Entonces llegó Martha, seguida por Agnetta y Cassie, y de repente se vio teniendo un lío falso con Martha por insistencia suya, y después acostándose con ella, por insistencia de la propia Martha. Y el sexo había sido «guau». Desde luego, no lo que se podía esperar cuando se acostaba uno con una virgen.

Theo nunca había deseado acostarse con chicas sin experiencia. Siempre le pareció una gran responsabilidad abocada al desastre. Además, las vírgenes esperaban casarse con el primer hombre con el que se acostaban, y como Theo no tenía ninguna intención de hacer tal cosa, siempre se había mantenido alejado de ellas. Pero con Martha había sido distinto. Ella no esperaba nada de él, y sólo se acostaba con él para exorcizar sus demonios. Su demonio, corrigió Theo. Ese imbécil de Julian.

Theo no lo conocía, pero había visto dolor en los ojos de Martha y una lágrima correr por su mejilla y eso hacía que deseara pegarlo cada vez que pensaba en él.

Pero a él estaba claro que no le importaba su dolor, y que no sabía lo que se perdía, el estúpido. Theo pensaba que tenía que darle las gracias, pues si hubiera estado solo cuando Martha entró en su casa, su día habría sido muy aburrido. Excepto por Agnetta y Cassie… Si hubiera llegado Agnetta sola, Theo la habría echado, pero al ir las dos por invitación de su madre, a Theo se le hacía muy cuesta arriba echarlas.

La inesperada llegada de Martha le dio la protección perfecta contra las dos modelos, así que tal vez sí que le debiera un «gracias» a Julian, después de todo.

Theo le acarició un brazo y ella se acurrucó más contra él, poniendo la cabeza contra su hombro y despertando nuevamente su

deseo.

Él estaba sorprendido por la intensidad de su deseo. Llevaba cuatro meses sin acostarse con nadie, por culpa de la dichosa revista y su lista, y probablemente eso fuera la causa de su ansia por ella. No tenía nada que ver con Martha. Y estaba decidido a no volver a acostarse con ella, por mucho que lo deseara. Sabía que lo mejor sería dormirse y esperar que cuando despertaran por la mañana, ella no hubiera cambiado de idea y esperara algo más que sexo de él.

Martha se sorprendió al descubrir que las aventuras no tenían por qué ser algo oculto, miserable y clandestino. La suya con Theo era algo fantástico.

Cuando despertó por la mañana esperó sentirse culpable, asqueada consigo misma, pero no. No fue así en absoluto.

Estaba sola en su cama, y el sol se colaba por la ventana calentando su piel haciéndola sentirse perezosa y sexy. Todo su cuerpo deseaba volver a sentir sus caricias… lo echaba de menos.

Y lo cierto era que no sabía nada de él, aparte de qué hacía que se mordiera el labio, que gruñera de placer o que se estremeciera. Quería saber más de Theo Savas, quería conocerlo.

«Cuidado», se dijo. «Recuerda que no tienes que implicarte.» ¡Nada de eso!

Después de todo, ella ponía las normas. Había sido ella quien empezó aquello, y sabía lo que se hacía. Desde luego, no pretendía acabar escaldada pretendiendo de él algo como lo que tuvo con Julian. Aquello era sólo una aventura, y lo sabía. Los dos lo sabían. Disfrutaría mientras durara.

Theo había estado espectacular la noche anterior. Y, algo que no esperaba, tremendamente cuidadoso. Desde luego, se enfadó al descubrir su pequeño secreto, pero ella tampoco estaba dispuesta a ir pregonando que era virgen a los cuatro vientos.

Cuando consiguió convencerlo de que aquello no tenía importancia, él quiso compensarle y darle todo lo que se había perdido. A juzgar por cómo se sentía esa mañana, dolorida y satisfecha, lo había logrado. De hecho, si no habían repetido aún, había sido por el efecto que el *jet lag* estaba teniendo sobre ella, pero eso no impedía que volvieran a hacerlo. Una y otra vez. Tenían tres semanas; Martha sonrió al pensarlo.

Martha se levantó de un salto, revitalizada con la idea y, después de una ducha se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, dispuesta a comerse el mundo. Pero, cuando puso la mano en el pomo de la puerta, le asaltó la duda. ¿Y si para él no había sido tan fantástico? ¿Y si la miraba con desagrado, o decidía que estaría mejor con Agnetta o incluso con Cassie?

Pero no podía esconderse allí todo el día. Si al final las cosas no

iban bien, al menos sabría lo que se perdía. Que era mucho.

Cuando por fin abrió la puerta, vio a Theo mirándola desde la cocina.

—¡Por fin! —estaba apoyado contra la encimera de la cocina, descalzo y con unas bermudas y una camiseta azul muy desgastada. Estaba muy sexy, y por las miradas de Agnetta y Cassie, ellas dos pensaban lo mismo.

Pero Theo sólo la miraba a ella, y su mirada era evidentemente posesiva.

—Les dije que necesitabas dormir —añadió—. El *jet lag* es una cosa terrible…

Sus palabras eran inocentes, pero Martha sabía a qué se refería con lo de « *jet lag*»: su mirada se lo dejaba claro. Desde luego, lo hacía para impresionar a las dos chicas con la intensidad de su aventura, pero además, era cierto. Martha no pudo evitar sonrojarse. Theo echó a reír.

—Ven a desayunar. Aggie ha preparado comida para todos.

Agnetta parecía a punto de objetar, tal vez con la idea de compartir el desayuno que había preparado para Theo o por lo de «Aggie», pero decidió cerrar la boca.

—Sí. Ven a comer. Se ve que te gusta comer —y miró a Martha de arriba abajo para dejar bien claro que la encontraba gorda.

—Gracias —respondió Martha amablemente—. ¿Lo pasasteis bien anoche? —

preguntó, y se sirvió un trozo de la tortilla que Agnetta había hecho.

Theo puso un par de tostadas sobre su plato y le dio un beso rápido en los labios.

Martha estuvo a punto de dejar caer el plato.

—Cuidado —dijo Theo, tomando su plato para llevarlo a la mesa y ofreciéndole una silla.

—Fuimos a varios bares anoche —dijo Cassie, riendo ante la escena—. Lo pasamos genial. Tendríais que venir esta noche.

—Sí —dijo Agnetta rápidamente—. Hay unos cuantos sitios geniales, pero sobre todo hay uno que te encantaría, Theo. ¿Te acuerdas…?

—No me interesa —dijo él antes de que Agnetta pudiera continuar. Se inclinó hacia la oreja de Martha y susurró—: Tengo mejores cosas que hacer.

Cassie volvió a echar a reír, y Agnetta casi bufó. Martha vio claramente que estaba a punto de estallar.

—Theo —protestó ella.

—Acaba de desayunar —le dijo él—. Tenemos que irnos.

¿Irse? Ella lo miró, extrañada.

—Martha es muralista —le dijo a las modelos—. Es fantástica, y la voy a llevar a navegar para que pueda tomar bocetos.

Las chicas se quedaron algo sorprendidas, pero Martha sabía que aquello era parte de su actuación para mostrarles que estaba loco por ella. No tenía nada que ver con ella, pero, a pesar de todo, no pudo evitar la respuesta. No pudo evitar recordar lo que había pasado entre ellos la noche anterior, así que le sonrió mientras compartía la tostada con él.

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera? —preguntó Agnetta cuando Martha se levantó para fregar su plato.

—Todo el día —respondió Theo enseguida.

—Nos veremos en la cena, entonces —dijo la chica.

—No nos esperéis —repuso él—, no creo que lleguemos a tiempo, pero hay un montón de restaurantes en el pueblo, si no os apetece cocinar para vosotras dos solas

—dijo, malinterpretando sus palabras a propósito.

—No tengo ninguna intención de cocinar —dijo Agnetta con mirada asesina—.

Lo decía para pasar un rato juntos.

—Hum, bueno —Theo se encogió de hombros—. Martha y yo tenemos otros planes —y, con esas palabras, abrió la puerta, tomó a Martha de la mano y la arrastró tras él—. Hasta luego, chicas.

—Pasadlo bien —canturreó Cassie.

Agnetta puso cara de vinagre y no dijo nada.

Era casi medio día y el sol caía de plano sobre ellos cuando tomaron la calle que les llevaría al centro del pueblo. Martha esperaba que él le soltara la mano en cuanto perdieran de vista la casa, pero no lo hizo. Divertida, Martha no dijo nada. Además, le gustaba la sensación. Julian no era nada posesivo, y no le gustaba mostrar afecto en público, y eso incluía ir agarrados de la mano. Al parecer, Theo no pensaba lo mismo que él, y además debía querer que la gente del pueblo les viera, para que el cuento acabara llegando a Agnetta y Cassie. Aquello era de esperar, se dijo Martha.

Estaban interpretando un papel, aunque la noche anterior fuera la más increíble de su vida, así que no se sorprendería si la dejaba en alguna playa desierta todo el día. De hecho, mientras pasara por la tarde a recogerla, no le importaría.

Capítulo 4

—He olvidado mi cuaderno y mis lápices! —dijo Martha, deteniéndose bruscamente en medio de la calle y girándose para volver hacia la casa.

—No tienes por qué dibujar —protestó él. Fue la primera excusa que se le ocurrió para salir enseguida de casa sin ser acompañados por Agnetta y Cassie.

—Pero si no, ¿qué voy a hacer todo el día?

—Seguro que se nos ocurrirá algo —dijo Theo, levantando las cejas y sonriendo.

Ella se puso roja, pero siguió sin moverse.

—Vamos —dijo, tirándole suavemente de la mano—. Si necesitas un cuaderno tan desesperadamente, seguro que podemos comprar uno de camino.

Él no necesitaba nada más que a Martha para mantenerse ocupado todo el día, eso lo tenía muy claro. Llevaba toda la mañana deseando estar con ella de nuevo. De hecho, se habría quedado en la cama con ella, pero sabía perfectamente qué habría pasado en ese caso: lo mismo que ocurrió la noche anterior tres veces. Y ella estaba cansada de verdad, por no hablar de que estaba poco acostumbrada a la actividad nocturna. Así que se levantó, fue a correr y compró fruta para el desayuno a la vuelta. Pero no se olvidó de ella y su deseo seguía siendo igual de fuerte.

Y esperaba que ella deseara lo mismo, pues él estaba decidido a seguir explorando esa química que había surgido entre ellos.

—Será mejor que compremos un cuaderno —continuó ella. Sus pensamientos discurrían por un camino muy distinto a los de Theo—. Agnetta seguro que pregunta qué hemos estado haciendo.

—Agnetta tiene muy claro lo que hemos estado haciendo —respondió Theo, molesto—. Agnetta no es lo que se dice una chica inocente.

—Pero Cassie, sí —y al ver su cara de sorpresa, añadió—: Si tu madre la envió, debe serlo. ¿O es que tu madre te busca mujeres de vida alegre como posibles esposas?

—No —su madre sólo le enviaba a las que pasaban el test de aptitud de la esposa perfecta para ella—. Tienes razón. ¿Pero qué demonios hace con Agnetta?

—Dijeron que trabajaban juntas a menudo, y probablemente Agnetta se apuntó a venir sin que la invitaran. Cassie es demasiado amable como para negarse. Tal vez debiéramos haberla invitado a venir, para que Agnetta no tenga mucho tiempo de influir sobre ella.

Theo empezaba a comprender la visión de Martha, y reconoció que probablemente tuviera razón, pero se mantuvo firme en cuanto a su

último comentario.

—Nada de eso —y la miró con una sonrisa traviesa—. ¿Es que no crees que también nosotros podríamos ejercer una influencia negativa sobre ella?

Ella echó a reír, y Theo le pasó un brazo por los hombros. Encajaban perfectamente.

—Mira —dijo él, más para distraerse de en qué otros momentos también encajaban perfectamente—. Un mural.

—Es más bien un graffiti —pero Martha miró con atención las letras brillantes sobre la pared blanca—. Un arte universal, cultivado sobre todo por chavales jóvenes, y en muchos casos, bueno.

—¿Tú hacías graffitis? —preguntó él.

—No —rió ella—. Era demasiado modosita, y además, no necesitaba expresar una necesidad tan imperiosa de rebelión como la que mueve a estos chicos. Yo tenía todo lo que quería, o casi todo, pero puedo entender la confusión y la desesperación de estos artistas.

¿Estaba ella desesperada? Todo su mundo se había vuelto del revés… Intentó recordar cómo se sintió cuando todo lo que había imaginado junto a Jill se hizo pedazos. Lo pasó muy mal, igual que lo estaba pasando Martha en esos momentos.

En su caso, se dedicó a recorrer el mundo en barco para demostrar a todo el mundo que no necesitaba a nadie para sobrevivir, pero no se imaginaba a Martha haciendo algo así. Martha necesitaba a gente a su alrededor, lo necesitaba a él.

El pensamiento llegó tan repentinamente a su cabeza, que lo hizo detenerse en el sitio. No, ella no lo necesitaba, nada de eso. Y él tampoco la necesitaba a ella. Sólo le daba lástima; era una buena chica y no le gustaba verla sufrir. Eso era todo. Una cosa era compadecerse de alguien, y otra muy distinta, desear implicarse en la vida de esa persona.

Él y Martha Antonides habían pasado la noche juntos, y eso era todo. Lo habían pasado muy bien, pero había sido sólo sexo. Y sin ataduras. Y lo repetirían aquel día.

—Vamos. Estamos perdiendo tiempo —le dijo, centrándose en sus prioridades, y tiró de ella.

Cuando llegaron a la calle donde estaban las tiendas, Martha compró un cuaderno de dibujo, carboncillo y pinturas pastel. Estaba dudando si comprar tambien acuarelas, cuando Theo, impaciente, la interrumpió.

—¿Has acabado ya?

—¿Qué? Oh —parecía sorprendida de verlo—. ¿Te estoy haciendo esperar?

—Pues sí, la verdad —respondió Theo, un poco tenso—. Creía que íbamos a pasar el día juntos, puesto que estás tan interesada en decir

la verdad —lo dijo con toda la indiferencia que fue capaz.

—De acuerdo, si estás seguro —Martha le sonrió.

Al ver su sonrisa, Theo sintió que había entrado el sol en la tienda, lo cual era una tontería, pues no había ni una nube en el cielo azul que cubría el Mediterráneo.

Martha eligió una caja de acuarelas para niños y fue a pagar a la caja. Theo tomó la bolsa y, al ver la mirada inquisitiva de Martha, preguntó nada más salir de la tienda:

—¿Qué pasa? ¿Es que eres una de esas feministas que tienen que cargar con todas sus cosas? —no pudo explicar por qué eso le importaba, pero el caso es que así era.

—No —repuso Martha—. Haz lo que quieras.

—Perfecto —y puesto que lo que quería era volver a agarrarle la mano, eso hizo, y se encogió de hombros—. Has dicho que haga lo que quieras.

Ella torció los labios en una sonrisa y le apretó los dedos.

—¿Has navegado alguna vez? —preguntó Theo cuando tomaron la calle que llevaba al puerto.

—Hace mucho. Lo llevo en los genes, o eso espero, pues tal vez no me acuerde de nada. Puedes gritarme todo lo que quieras.

Era la primera mujer que le decía eso; ni Agnetta, ni Jill… Theo asintió.

—No tienes de qué preocuparte.

Caminar por el pueblo con Martha era una experiencia completamente nueva.

Acostumbrado como estaba a ser el objetivo de todas las miradas, al llegar a la isla notó que la gente lo ignoraba. Pero aquel día, todo el mundo saludaba a Martha.

Algunas personas incluso le sonreían a él, que ya era más de lo que habían hecho hasta entonces. El propietario de la tienda de vinos silbó y le gritó algo en griego a Martha que hizo que ella se sonrojara.

—¿Quién es ése?

—Es Costas, un amigo de mi hermano.

—¿Qué te ha dicho?

—¿No hablas griego? Mejor. No es importante.

—De acuerdo —pero para que Costas tuviera las cosas claras, Theo le pasó un brazo por los hombros a Martha, posesivo, y lo fulminó con la mirada.

—Haces eso para que todos crean que somos pareja —le hizo notar Martha.

—Pues sí —se sentía satisfecho—. Pero nosotros sabemos la verdad.

—Sí, pero…

—¿Te supone algún problema?

—No —respondió al fin con una breve sonrisa.
—Bien —sonrió abiertamente—. Démosles algo de qué hablar.
—¿Has traído comida?
Theo lo había olvidado completamente, así que pasaron por una tienda antes de ir al barco, y Martha eligió las provisiones con el mismo criterio, a ojos de Theo, que las pinturas: como si fueran a estar en el mar un siglo.
—¿Quién se va a comer todo eso? —le preguntó, al ver todo lo que Martha había elegido.
—Pensé que navegar nos daría hambre —el brillo travieso en sus ojos alertó a Theo de que con la palabra «navegar» se refería a otra cosa también.
Theo sonrió y la ayudó a subir al barco.
—Eso espero.
Aquello era como un sueño.
Una fantasía en la que no había espacio para la realidad, ni para las facturas, los plazos, Agnetta y Cassi o Julian. Allí sólo cabían Theo y ella, en su mundo privado.
Martha había olvidado lo mucho que le gustaba navegar; sentir el aire en el pelo, el sol en la cara y la caricia de las manos de Theo ayudándole a izar las velas o a mover el timón.
Navegaron alrededor de la isla y echaron el ancla frente a una cala donde ella pretendía dibujar.
Pero no pudo.
—Después —dijo Theo en tono gruñón e imperativo—. Ven primero al agua conmigo.
Así que ella se bañó con el, y jugaron un rato en el agua. Después agarraron la fruta, las aceitunas, el pan y el vino que habían comprado y lo llevaron a la pequeña playa. Él le dio de comer de su mano y bebieron el vino directamente de la botella; después lo saborearon en los labios del otro, cuando se besaron.
Los besos de Theo eran más ardientes que el sol de mediodía, y sus caricias, urgentes y apasionadas. Una cosa llevó a la otra, y después a otra más… E hicieron el amor.
Ella intentó convencerse de que era sólo sexo, sin ataduras, pero no era sólo eso: era sexo con Theo. Estaba claro que ella no tenía mucha experiencia, pero no se imaginaba haber llegado tan lejos con nadie más que con Theo. Ni siquiera con Julian. Julian no le hubiera enseñado tantos secretos de su cuerpo, no se hubiera tomado el tiempo necesario, ni la hubiera besado con tanta sensualidad.
Theo la hacía gemir y estremecerse mientras gritaba su nombre. La hacía reír y revolverse. La dejaba jugar, explorar cada centímetro de su cuerpo, y hasta la dejó pintarlo con acuarelas.
—Sólo un pequeño graffiti —prometió ella—. Quédate quieto.

—¿Luego podré hacerlo yo? —preguntó él, revolviéndose por las cosquillas que ella le estaba haciendo al pintarle con el pincel detrás de las rodillas.

—Pintar es cosa mía. No te muevas.

—Martha —advirtió él al sentir la caricia sobre su muslo.

Ella sonrió, se detuvo y mojó el pincel en la pintura morada para pintar sobre su otro muslo las palabras «sexy» y «ardiente».

—Te estás buscando un lío —murmuró él.

—¿De verdad? —ella contuvo una risita—. A mí no me gustan los líos, ¿o sí? —

siguió pintándole todo tipo de adjetivos escandalosos sobre la espalda y después se inclinó y le dijo al oído—: Date la vuelta.

—Mira lo que has hecho —dijo Theo cuando la obedeció.

Ella miró, asintió y sonrió.

—Muy bien.

Volvió a mojar el pincel en el azul y dibujó una línea sobre su pecho, bajando hacia el ombligo y más abajo.

—¡Martha! —silbó él—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—Vale. Entonces ahora me toca a mí —y la agarró para colocarla sobre él, penetrándola.

Ella no acabó el dibujo, pero Martha nunca olvidaría aquel día. Ni ningún otro de esa semana.

Pasaron juntos todos esos días, navegando, paseando y subiendo montañas.

Fueron de compras, cocinaron juntos y rieron. E hicieron el amor.

Sería difícil que Agnetta, o cualquier otro, dudaran de que fueran una pareja, cuando eso era exactamente lo que eran.

Martha sabía perfectamente que aquello había empezado como un acuerdo para quitarse a Agnetta de encima, pero había tomado vida propia. Ya no tenía nada que ver con Agnetta o con Julian. Sólo importaban Theo y ella.

—Nos marchamos mañana —dijo Agnetta el viernes por la mañana. Se detuvo y miró fijamente a Theo, que estaba leyendo el periódico en el sofá.

Pero en realidad no estaba leyendo, porque no podía dejar de pensar en Martha, en cómo se había despertado abrazado a ella y cómo ella había suspirado y se había acurrucado más contra él. Él, en vez de levantarse, hundió la cara en su pelo y aspiró su olor.

—¿Cómo?

—Que nos marchamos mañana y apenas nos hemos visto estos días —dijo Agnetta con tono áspero.

Theo quiso decirle que ésa era la idea, pero imaginaba que ella ya lo sabría.

También estaba seguro de que ya no pensaba que lo suyo con Martha era mentira.

De hecho, parecía, y hasta él empezaba a sentirlo como algo real. Casi demasiado.

—Sí, tienes razón —dijo, dejando el periódico a un lado—. Deberíamos hacer algo juntos.

—¿En serio? —Agnetta abrió mucho los ojos—. ¡Oh, sabía que no podrías resistirte!

—Le diré a Martha que Cassie y tú vendréis hoy con nosotros.

—¿Martha? ¿Se lo vas a decir a Martha? —Agnetta pareció muy sorprendida.

—Claro. Lo pasaremos genial.

Agnetta y Cassie no podían creer que él estaba interesado en una de las dos, pues se había pasado toda la semana mostrando que Martha era la única que le interesaba.

¿Y Martha? Bueno, ella no quería nada con él, se lo había dejado muy claro. Ella era divertida, le gustaban las mismas cosas que a él, le fastidiaban también las mismas, y hacía el amor… bueno, como ninguna otra mujer que hubiera conocido.

¿Y? Pues que Theo no quería ataduras con nadie. Por eso salir con Agnetta y Cassie le ayudaría a mantener las distancias.

El problema fue que contenerse todo el día de tocar a Martha no resolvió las cosas, sino que las empeoró. Se pasó todo el día mirándola, pero aparte de llevarla de la mano y abrazarla por la cintura, no pudo hacer nada más. Por la noche, Agnetta insistió en salir a cenar todos juntos, y tuvo que pasarse otras dos horas con ella sin poder tocarla.

—Creo que me voy a casa —dijo por fin—. Me duele la cabeza.

—Claro —dijo Agnetta—. Pobre Theo.

—Pobre Theo —coreó Cassie.

—Si te duele la cabeza, lo mejor será que descanses —le dijo Martha cuando él la arrastró a la habitación.

—No —repuso él—. Tú harás que me sienta mejor.

Y así fue. Tanto que se pasó casi toda la noche despierto, pensando en lo mucho que la deseaba, pero no sólo para acostarse con ella; había empezado a pensar en todas las cosas que le gustaría mostrarle, en lo que querría hacer con ella, en las cosas que hacía solo y que le gustaría compartir con Martha. Estaba preocupado porque empezaba a desear cosas que nunca pensó que fuera a desear, y sobre todo por lo último que ella le había dicho antes de dormirse.

—Ha sido fantástico. Tú eres fantástico. Estoy deseando que se vayan para poder estar solos los dos.

Se despertó sola en la cama.

Theo se había ofrecido para acompañar a las dos modelos al ferry

esa mañana, y Martha pretendía acompañarlos, pero al mirar el reloj se dio cuenta de que se había dormido. Le dio pena por Cassie, pues se había encariñado ella.

Se levantó y fue a ducharse y a preparar el desayuno para cuando Theo volviera. Un comienzo prometedor para las dos semanas que les esperaban. Casi como jugar a las casitas.

«No te precipites», se dijo, pero no pudo evitar canturrear mientras exprimía naranjas y preparaba yogur, cerezas y tostadas en una mesa con vistas al mar. Estaba preparando la cafetera cuando oyó la puerta.

—¡Hola! —canturreó ella—. El desayuno está en la mesa. Puedo hacerte una tortilla, si quieres.

—No, gracias —Theo apareció en la puerta, tan guapo como siempre con sus bermudas y una camiseta roja.

Martha sintió una oleada de felicidad sólo con verlo.

—Siento no haberme despertado a tiempo. Anoche me dejaste muerta —

admitió con una sonrisa—. ¿Llegasteis a tiempo al ferry?

—Sí —no sonrió ni entró en la cocina, sino que se quedó apoyado en la jamba de la puerta—. Ya he desayunado.

Martha se giró y lo miró con atención.

—Te pondré un café, entonces.

—No es necesario.

—No es molestia, sólo…

—No tengo tiempo —le dijo él bruscamente—. Me marcho.

Ella estuvo a punto de dejar caer al suelo la taza que tenía en la mano.

—¿Que te marchas? —un escalofrío le recorrió la columna.

Martha no pudo ignorar por más tiempo la mirada desafiante y decidida de Theo. ¿Dónde estaba el tipo encantador? ¿Las sonrisas? ¿Las caricias? ¿Los besos?

¿El amor? ¿O es que sólo había sido sexo salvaje después de todo? A Martha se le heló la sangre en las venas.

Imposible.

Pero él no le había dicho que la amara. Y cuando ella le preguntó si eran amigos, él respondió: «Por supuesto». Cielos.

—Tengo que ir a ver un barco a Newport —su voz sonaba distante.

—¿Ahora? —él le había hablado de ese barco, pero no había prisa alguna—.

¿Por qué ahora?

—No tengo motivos para quedarme aquí, ¿no? Agnetta se ha ido, y estaba convencida —añadió con gesto aprobador—. Hiciste un buen trabajo.

¿Eso era lo que había hecho? ¿Un buen «trabajo»? Se puso roja de rabia.

—Claro. Estaba incluido en el lote —dijo, tragando saliva.

Sus miradas se encontraron y se clavaron la una en la otra.

—Bien. Eso es todo, entonces —dijo él, asintiendo con la cabeza.

—¿Y ahora que tienes lo que querías, piensas echarme?

—Nada de eso. Puedes quedarte tres semanas, como dijiste, o el tiempo que quieras. Soy yo el que se va —y después de mirarla un segundo, fue hacia la habitación—. Tengo que hacer las maletas.

Ella no lo siguió. No tenía sentido. Él ya había dicho todo lo que había que decir, excepto que era una idiota por haberse enamorado de él. Y eso ya lo sabía ella.

Capítulo 5

Cuando Theo vio el sobre caro en el buzón, una invitación de boda, hizo lo que hacía siempre, sobre todo cuando el remitente llevaba un apellido griego: empezar a hacer planes para estar en esas fechas en la otra punta del globo.

Una boda griega siempre era la excusa perfecta para que sus padres le recordaran que él no estaba casado, y que le ayudarían a buscar a «la chica perfecta».

Por más que él les decía con toda su diplomacia que ya se encargaría él de eso, no había forma de hacérselo comprender.

De todos modos, en aquel momento no podía estar más lejos de Nueva York: había llegado a la verde Nueva Zelanda hacía dos semanas para pasar un mes de cálidas vacaciones mientras en el hemisferio norte se morían de frío, navegando con amigos antes de llevar un yate desde Auckland hasta su nuevo hogar en Italia.

Cuando iba a tirar el sobre a la basura, le sorprendió ver el nombre de sus padres en el remite.

¿Qué era aquello?

Los señores Savas tenían el honor de anunciar el matrimonio de su hija Thalia Anastasia.

¿Tallie? ¿Su hermana pequeña? ¿Casada?

La había visto por última vez cuando paró en Nueva York de camino a Newport a ver un barco. Entonces ella estaba muy ocupada ejerciendo la presidencia de una compañía naviera que su padre había conseguido, como muchas otras cosas, en un campo de golf. A Tallie le encantaban todos esos asuntos financieros, y trabajaba muy duro para impresionar a su padre, y cuando Theo la vio por última vez andaba con los pensamientos en otra cosa, y muy excitada; pero no era por el trabajo, sino por un hombre.

Theo, que estaba ocupado con sus propios asuntos, no le había prestado mucha atención a los problemas de su hermana. Al mirar la invitación con atención, se quedó helado. El nombre del novio era Elias Aeneas Antonides. Cielos. Tallie, la chicazo de su hermana, iba a casarse el primer sábado de febrero a las dos de la tarde con el hermano de Martha.

Se dejó caer en la tumbona, pensando que las piernas no lo sostenían.

Martha. Los recuerdos lo asaltaron a pesar de sus esfuerzos. Llevaba meses conteniéndose, desde el día en que se alejó en su barco de Santorini y no miró atrás.

La semana que pasaron juntos en julio fue increíble, pero no fue más que eso: una semana increíble, un romance de verano, intenso y apasionado, y por definición, breve.

Justo lo que ella quería. Justo lo que él quería.

Y se acabó.

Ahora, porque no había modo de que se perdiera la boda de su propia hermana, tendría que volver a verla. Y probablemente tendría que verla de vez en cuando el resto de su vida. Entraría a formar parte de su familia. No importaba, se dijo, intentando controlar la extraña combinación de alegría y miedo que lo asaltó.

Probablemente fuera algo bueno. Estaría bien volver a verla, saber qué tal le iba y asegurarse de que no había hecho ninguna tontería, como volver con el imbécil que la traicionó.

Los pensamientos de Theo volvieron a Santorini, cuando volvió para verla. Él se marchó antes de lo esperado, cierto, pero tenía obligaciones y no quería someterse a ninguna mujer. Pero volvió antes del fin de las tres semanas de vacaciones de Martha.

Tardó muy poco en decidir que el barco de Newport iría bien para competir, hizo algunos cambios mínimos en la embarcación, y en cuanto pudo voló a Creta para tomar un ferry desde allí. El vuelo de Martha era para el jueves y él llegó el lunes por la tarde, y se pasó todo el viaje imaginándose su cara de sorpresa al verlo y cómo la tomaría en brazos y la llevaría hasta la cama.

Pero Martha no estaba allí. La casa estaba cerrada; ella había dejado la llave en la tienda de Costas.

—¿Tu novia te ha dejado? —le dijo Costas con cara de satisfacción —. Se ha marchado a Nueva York. Dijo que esto le encantaba, pero que ya era hora de volver a la realidad.

Su vida real… ¿con el imbécil de Julian? ¡Sería una idiota si volviera con él!

Theo hizo una pelota con la invitación y la tiró por la borda. Eso mismo era lo que le importaba lo que hiciera Martha con su vida. Y lo mismo le importaría cuando la viera en la boda de su hermana el mes siguiente.

—Estás muy pálida —le dijo su hermana Cristina a Martha—. Es la novia la que tiene que estar pálida, no tú, cielo. Tú sólo tienes que estar junto al libro de invitados mientras Garrett les hace una foto y decir: « *firme aquí, por favor. Elias y Tallie están encantados de que hayan podido venir*». No es tan difícil.

—Ya —Martha se apartó un mechón de pelo de la cara mientras se miraba en el espejo del baño de la iglesia mientras esperaba—. No te preocupes, estoy bien.

Estaría mejor cuando acabara el día y pudiera olvidarse de verdad de Theo, pero eso no se lo dijo a Cristina. Nadie de su familia sabía que ya conocía al futuro cuñado de Elias y que había pasado una semana memorable con él, y no era ella quien se lo iba a contar.

Martha se ponía enferma cada vez que tenían que reunirse por

algún motivo con la familia de Tallie, pero en ninguna de las ocasiones había estado Theo. La noche anterior tampoco apareció para el ensayo de la cena, pero sí sus otros tres hermanos. ¿Podía atreverse a soñar que no vendría? Por eso le preguntó a Tallie:

—¿Están aquí todos tus hermanos?

—Falta Theo —respondió Tallie alegremente—. Está en Nueva Zelanda, pero llegará mañana.

Qué mejor sitio para un navegante que una isla. Además, recordaba haber oído decir a Theo que le encantaba aquel lugar y que tenía amigos allí, por lo que iba con frecuencia. Además, tenía la ventaja de estar lejos de sus padres.

—Theo es mi hermano favorito —siguió Tallie—. Cuando estaba intentando decidir qué hacer con mi vida y con Elias, él fue quien me dio la clave para decidirme.

—¿De verdad? —Martha intentó no sonar demasiado escéptica.

Así que Theo debía de estar ahí fuera, con la gente que esperaba el inicio de la ceremonia. A Martha no le solían gustar las bodas multitudinarias, pero en aquella ocasión, cuanta más gente, mejor. Así tal vez no viera a Theo. Pero… ella sí quería verlo. Sólo quería que él no la viera a ella.

—Es la hora —dijo Cristina—. Vamos.

La boda, seguramente, fue bonita, una mezcla de la tradición griega y las costumbres americanas, pero Martha no se enteró de nada. Estaba concentrada en buscar entre la masa de caras conocidas y desconocidas, la de Theo. Tal vez no lo reconociera después de todos esos meses, tal vez no fuera tan guapo como lo recordaba. Y entonces, se quedó sin aliento. Sí que lo era.

Estaba sentado en el extremo más alejado de ella, junto a una señora con un vestido rosa brillante y un sombrero de lo más parecido a un frutero. Y la estaba mirando.

Ella lo estaba mirando. Estaba más pálida, pero era normal, pues estaban en invierno; además, estaba más guapa de lo que la recordaba. Por un instante, sus miradas se encontraron y todos los recuerdos de Martha volvieron a su memoria: Martha, dulce y cariñosa, tozuda y desafiante, ardiente y apasionada. ¿Y si ella hacía como si no se conocieran?

En ese momento, su tía Ofelia giró la cabeza y un plátano de su terrible sombrero se le clavó a Theo en la oreja.

—¿Pasa algo, Theo? —preguntó ella en un intento de susurro.

Su madre se giró y lo fulminó con la mirada.

—Nada —dijo Theo, sacudiendo la cabeza y apartándose del terrible sombrero

—. Creí ver a alguien conocido.

Se decidió a centrar su atención en la pareja que estaba frente al

altar. Elias estaba muy serio, pero Tallie estaba radiante de felicidad.

Martha también estaba radiante, pensó. O al menos, eso le había parecido por lo poco que la había visto. Tuvo que resistir la tentación de volver a mirar hacia donde estaba ella. Durante meses, Theo se había dicho que si la recordaba tan guapa había sido por el sexo salvaje que habían tenido, pero al verla de nuevo se dio cuenta de que no; era preciosa, con su pelo negro y esos ojos enormes. Theo alargó el cuello para esquivar el enorme sombrero de su tía y mirarla. Ella tenía a su lado a un hombre que le tapaba la visión, y lo único que veía de ella era un poco de pelo negro y la hombrera de su vestido rojo. Por detrás de ella y sobre el respaldo del banco, descansaba la mano de un hombre; era la de un hombre rubio que estaba junto a Martha.

¿El imbécil de Julian? ¡No podía ser tan estúpida!

Theo entornó los ojos y apretó los puños. No logró contener un gruñido.

—¿Seguro que estás bien, querido? —murmuró la tía Ofelia de nuevo—. ¿El *jet lag*, quizá?

Su madre volvió a girarse, enfadada, y él puso cara de no haber roto un plato.

No estaba contenta, ni tampoco él. No podía imaginarse que Martha hubiera vuelto con ese idiota. En cuanto acabara la ceremonia, la buscaría y le preguntaría qué hacía.

¡Y no iba a dejar que hiciera como si no lo conociera!

Giró la cabeza de nuevo para mirarla otra vez… y chocó con un puñado de cerezas.

—¡Oh!

—¡Por Dios, Theo! —silbó su madre, y su padre lo fulminó con la mirada.

Theo cerró los ojos, se reclinó contra el respaldo del banco y rezó para tener paciencia, comprensión y otras muchas virtudes que solían faltarle.

Lo bueno de estar encargada del libro de invitados era que estaba sentada tras una mesa y no veía nada. Lo malo era que, si Theo la veía a ella, no podría echar a correr. Bien pensado, después de lo de Santorini, tal vez él no quisiera verla. Martha sintió un atisbo de esperanza. Aunque Tallie le había dejado bien claro que quería la firma de «todos los invitados», Martha no pensaba correr detrás de él para que firmara. Por eso, mientras Garrett hacía las fotos, Martha no dejaba de mirar a todos lados, por si aparecía él, para tener tiempo de pedirle a su primo Nicola o a su tía Phil que la sustituyeran. Ese era su plan.

Pero Theo no aparecía.

Todos sus hermanos fueron a firmar: George, físico y con aspecto de estar un poco perdido fuera de su laboratorio; Demetrios, el actor,

seguido de un montón de chicas; y Yiannis, el guarda forestal, dulce y serio, acompañado de una chica de aspecto amable y cariñoso.

Martha pensó que Yiannis era el que más se parecía a Theo de todos ellos, y comprendió por qué su novia parecía tan contenta. Verlos juntos, tan felices, hizo que le diera un vuelco el corazón.

Después pasaron los Antonides y los incontables amigos de Tallie y Elias, y empezó la cena. Como hasta entonces las cosas no habían ido mal, decidió quedarse allí, y Garrett trajo un plato de comida para uno y unas botellas de agua mineral para que pudieran comer allí mismo.

Cuando acabó la cena, llegó el momento de los brindis.

Peter, el testigo de Elias, hizo el primer brindis descalzo, en honor a sus años en Hawai, y contó cómo su hermano siguió a Tallie hasta Austria para convencerla de que se casara con él.

—Por vosotros. Por el amor. Por las sorpresas —acabó, levantando su copa.

Todo el mundo aplaudió, brindaron y bebieron. Martha y Garrett hicieron como los demás. Después fue el turno de la dama de honor, prima de Tallie, y de otros invitados. Al final, Theo también se levantó. A Martha le dio un vuelco el corazón al verlo tan guapo con su traje gris y corbata blanca; no podía quitarle los ojos de encima.

—Si dieran un premio al que venga de más lejos, probablemente lo ganaría yo

—dijo, con una sonrisa en los labios—. Pero no quería perderme esta boda por nada del mundo. No tengo nada más profundo que decir y, desde luego, no soy quién para dar consejos —un murmullo se levantó entre la gente—. Os deseo mucha felicidad, Tallie y Elias —levantó su copa hacia ellos y los miró. Su expresión era tierna, pero a la vez distante.

Martha estuvo a punto de dejar caer su copa.

—¿Estás bien? —preguntó Garrett, mirándola preocupado y secando la mesa mojada.

—Sí. Estoy un poco torpe hoy…

Por suerte, la banda de música empezó a tocar enseguida y los novios salieron a bailar. Martha intentó seguir a Theo con la mirada, pero le fue imposible por el gentío.

—¿Quieres que te releve un rato? —Cristina había aparecido de la nada frente a ella.

—Oh, sí. Gracias —Martha se sentía aliviadísima—. Ocúpate tú. Tengo que…

—Baila conmigo.

Cristina y ella se dieron la vuelta. Theo estaba al otro lado de la mesa y alargaba su mano hacia Martha. La sonrisa tierna del brindis había desaparecido, y en su lugar sólo había una expresión arrogante y autoritaria de granito, igual a la que tenía cuando Martha lo

conoció.

—¿Os conocéis…? —empezó a decir Cristina, pero Theo ni la miró.

Martha tomó fuerzas de su dura expresión; puso una sonrisa educada, y dijo:

—Ah, hola.

Cristina los miró, primero al uno y después al otro, y sintió la tensión que crecía entre ellos.

—Bueno, está claro que sí.

—Hola —saludó Theo, sin tener en cuenta a Cristina.

—Me ha gustado tu brindis —dijo Martha, buscando ganar tiempo con la conversación—. Tallie me contó que venías de Nueva Zelanda.

—Te lo contaré mientras bailamos —insistió él, sin retirar la mano.

—No me apetece —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no? Te encanta —y rodeó la mesa para tomarla de la mano y hacer que se pusiera de pie.

Martha llevaba un vestido rojo escotado que mostraba unos pechos más grandes de lo que Theo recordaba. Ella se dio cuenta de que él lo había notado.

Después, Theo siguió su escrutinio del cuerpo de Martha hacia abajo, y apreció el inconfundible bulto en su abdomen.

Él quedó helado, con los ojos clavados en su barriga. Pasaron varios segundos, Cristina no sabía qué decir… a saber qué estaría pensando, pero Martha supo que había deducido la verdad.

Al diablo.

—De acuerdo —dijo ella de repente, porque algo tenía que hacer —. Vamos a bailar —y arrastró a Theo a la pista de baile.

En Santorini habían bailado muy cerca el uno del otro y sus cuerpos generaron chispas que se convirtieron en fuego cuando llegaron a la cama de Theo, pero aquel día, Theo la llevaba a un metro de distancia, y bailaba como un robot con una escoba.

La verdad era que Martha esperaba una reacción un poco más efusiva por su parte.

—Cuéntame qué tal te ha ido en Nueva Zelanda —le dijo ella después de tragar saliva.

—Al diablo Nueva Zelanda —siseó él—. ¿Cómo has podido volver con él?

—¿Qué? —Martha se tropezó.

Furioso, Theo la ayudó a ponerse recta. Su vientre hinchado rozó ligeramente contra el de Theo, y él se apartó como si le quemara, aunque no la soltó.

—¿De qué estás hablando? —dijo ella, al ver que él no decía nada más.

Theo hizo un gesto hacia la mesa donde Garrett hacía las fotos y Cristina vigilaba el libro.

—¿Es que no tienes orgullo? —le espetó él—. ¡Me refiero a tu amante! ¡Al imbécil de Julian!

—¿Qué? —Martha se detuvo en medio de la pista y lo miró asombrada—. Ése no es Julian.

—Dijiste que era rub…

—Hay más de un hombre rubio en este mundo, Theo, y yo no he visto a Julian desde el día que me fui a Santorini —de hecho, llevaba mucho tiempo sin pensar en él, y apenas se acordaba de su rostro. Al ver la mirada de Theo, aclaró—: Ése es Garrett, un amigo de tu hermana.

Theo gruñó y miró un momento a Garrett. Después se volvió de nuevo hacia Martha y bajó la vista.

—¿Entonces… no es… suyo?

Ya estaba.

—No —dijo ella con firmeza—. No lo es.

—Entonces… —pero él no podía decir nada más. Tragó saliva y sus ojos buscaron los de ella—. ¿Es mío? —la música se había detenido y todo el mundo estaba pendiente de los novios, que bailaban en el centro de la pista.

—Es un niño —dijo ella con una sonrisa amarga—. Y sí, te debe la mitad de su herencia genética. Pero es mi hijo —y se soltó de la mano de Theo para salir a toda prisa de la sala.

—Así que Martha y tú ya os conocéis —la mujer pequeña y con el pelo de punta lo miró fijamente. Ella estaba a su lado cuando él la invitó a bailar, y aunque no se parecían mucho, estaba claro que tenían algo en común.

Theo sólo gruñó en respuesta. Apenas veía a la mujer que tenía delante, pues su mente estaba puesta en Martha con su vestido rojo, en sus pechos llenos y ojos brillantes y… en su hijo.

¡Estaba embarazada! Y no era de Julian. Ella no le pertenecía a Julian. El niño era suyo.

—Soy Cristina —dijo la mujer, tomándole la mano—. Soy la hermana de Martha. ¿Y usted…?

A él le costó responder. Apenas recordaba su nombre.

—Theo Savas.

—Oh… El hermano de Tallie —su tono de voz decía muchas cosas claramente

—. ¿Dónde conociste a Martha?

—En Santorini —dijo Theo, que empezaba a cansarse de preguntas.

—Claro. Eso lo explica todo.

Pero no para Theo. Él aún tenía mil preguntas en la cabeza, y la única persona que podía responderlas, acababa de marcharse.

—Allí fue concebido Alex —Cristina señaló a su hijo—. Mi hijo;

ahora tiene casi un año. Está allí, con su abuela.

Theo cerró los ojos después de mirar al niño.

—En Santorini pasan las cosas más maravillosas —dijo Cristina alegremente—.

Debe de ser por el agua.

—Debe de ser —dijo Theo, apretando los puños—. Tengo que irme —dijo, y fue en busca de la madre de su hijo.

Martha oyó pasos en la pasarela de madera tras ella, pero no se giró. Se sentó en el borde del muelle, de espaldas al restaurante donde se celebraba el banquete de bodas, con los pies en el agua. Era febrero y hacía frío, pero a Martha no le importaba.

Había estado esperando esos pasos. Si Theo la encontraba y quería hablar, ella no se escondería. Y menos cuando él lo sabía.

Le debía una explicación, si él la quería, así que respondería a todas sus preguntas sobre cómo ocurrió si él la seguía. Le desembarazaría de toda responsabilidad para que él pudiera volver a la libertad que tanto ansiaba.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo su voz áspera tras ella.

Martha se giró lentamente. El viento le abría la chaqueta, y ella pudo ver que tenía el botón del cuello desabrochado y la corbata floja, como si la noticia le ahogara.

—No suponía que quisieras saberlo.

La expresión de Theo era dura y oscura, como si en realidad no quisiera saberlo.

Martha pensó en el Theo sonriente y alegre que conoció en Santorini, pero llegó a la conclusión de que sería mejor no pensar en él, pues tal vez él ya no existiera.

Aquel Theo era un extraño, y el padre de su hijo.

—¿Cómo no iba a querer saberlo? ¿Por qué pensaste esa tontería? —gritó él.

Martha se levantó, se puso las sandalias y se arropó bien con su chal. De repente ya no tenía nada de calor.

—Vamos, demos un paseo por la playa —allí nadie les oiría y él podría gritar a placer.

Él iba a protestar, pero se encogió de hombros y asintió.

—Como quieras.

Ella no quería, pero sabía que era necesario.

Bajaron hasta la playa por los escalones del muelle. Martha vio que alguien les saludaba desde el restaurante, pero apartó la mirada. No supo si Theo le había visto, pero lo cierto fue que siguió caminando a su lado. Dejaron los zapatos junto a las escaleras y empezaron a caminar sobre la arena.

—Supongo que querrás saber cómo ocurrió —empezó ella.

—Eso ya lo sé —dijo Theo con aspereza—. Pero creo recordar que

dijiste que tomabas la píldora.

—Y no te mentí. Al parecer mi cuerpo sufrió un desajuste con el *jet lag*, a pesar de mis precauciones —dijo, y se encogió de hombros—. Pero no funcionó.

—Eso está claro —rió él con sarcasmo.

Martha no estaba dispuesta a disculparse. Se quedó muy sorprendida al saber que estaba embarazada, pero después del momento de terror, se sintió muy alegre y feliz, pero no esperaba que Theo comprendiera eso.

—Bueno, no te preocupes —le dijo ella—. Me irá bien.

—Claro que sí —dijo él sorprendentemente.

Ella se giró y lo miró con curiosidad.

—Vamos a casarnos.

Capítulo 6

—¿Qué? —Martha se detuvo en seco y se volvió para mirarlo.

—He dicho que vamos a casarnos —la voz de Theo era firme e impaciente. El viento le revolvía el pelo negro, y se pasó una mano por la cabeza.

—¡No seas ridículo!

Se había imaginado muchas veces lo que pasaría cuando le dijera a Theo la noticia, pero nunca había pensado que él reaccionaría pidiéndole que se casaran.

—¿Cómo que ridículo? ¡Es lo más sensato!

Como si ése fuera un motivo para que dos personas se casaran.

—No, no lo es. La gente ya no tiene que casarse por embarazos no deseados.

Además, tú no quieres casarte, no quieres ataduras.

—¡Pero esto —le miró el vientre—, esto no es una atadura! ¡Es una responsabilidad!

—Bueno, pues yo te libro de ella —dijo Martha con aspereza—. No pienses en ello.

—¿Pensar en ello? ¡Cómo voy a olvidar una cosa así!

—No es una cosa, Theo. Es un niño. ¡Mi niño!

—Y mío.

—Tú no lo quieres —replicó ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Tú me lo dijiste.

—Eso fue hace tiempo.

—Da igual. No te preocupes por ello —ella echó a andar, pero él la retuvo.

—¡No estoy preocupado! Voy a cuidar de ti, voy a casarme contigo.

—¡No lo vas a hacer! —su pecho subía y bajaba aceleradamente, y con una sacudida, se soltó de su agarre—. No me casaré contigo, Theo. Sólo me casaré si tengo el verdadero motivo para hacerlo.

—¡Éste es un buen motivo!

—No, no lo es —replicó ella, sacudiendo la cabeza—. El único motivo para casarse es el amor, Theo —su voz se quebró—. Y esto no tiene nada que ver con el amor.

Ya estaba dicho. Y Theo no la contradijo.

Se quedó mirándola, apretando los dientes, con las manos en los bolsillos.

—Por el amor de Dios, Martha, sé razonable.

—Estoy siendo razonable —estaba a punto de echarse a llorar—. No quiero casarme sin amor, y tú no quieres casarte en absoluto. Sólo estás siendo bueno, pero no tienes que preocuparte por nosotros.

Gracias por el ofrecimiento, Theo, pero no.

No me casaré contigo.

¿Había dicho que no? Theo no podía creerlo. No podía creer nada de aquello.

Ni el que ella estuviera embarazada, ni el que él le hubiera propuesto matrimonio ni el que Martha actuara como si la estuviera insultando y lo rechazara.

Se sentía furioso, sorprendido e incapaz de encontrarle sentido a todo aquello.

—¡Eh! —su hermano George llamaba su atención desde el muelle —. ¿Qué haces ahí? Mamá dice que te necesita en la pista de baile.

Theo sacudió la cabeza, incapaz de hablar, pero al parecer, George estaba bajo una amenaza directa de su madre y no aceptaba un no por respuesta.

—No puedes quedarte aquí —le dijo George—. Mamá te ha visto salir, y me va la vida en llevarte de vuelta. Al parecer hay un montón de chicas solas en la pista de baile, y no quiere que estén solas. Demetrios se está encargando de un montón, pero Yiannis no ayuda nada, embobado como está con su novia. Y yo no puedo solo con todas las demás. Vamos —y agarró a Theo del brazo para hacerle subir hacia los escalones.

—No pienso bailar.

—Esto díselo a mamá —sugirió George, empujándolo hacia el restaurante—.

Allí está.

En efecto, allí estaba, fulminándolos con la mirada. Theo la miró sólo un segundo antes de buscar a Martha en la sala, sin éxito.

La banda empezó a tocar una canción lenta, y una chica pelirroja llamó a George para que bailara con ella. Pero Theo no se movió y siguió buscando a Martha.

—Theo —su madre apareció a su lado—. ¿Qué te pasa?

Probablemente le gustara saber que iba a ser abuela, o probablemente le gritara hasta quedarse afónica, pero Theo decidió que no era el momento para decírselo.

—Estoy buscando a alguien —y avanzó alrededor de la pista de baile, buscando a una mujer de pelo oscuro con un vestido rojo. A una mujer «embarazada» con un vestido rojo.

—¿Has hablado con Cassandra? —su madre no dejaba de seguirlo.

Theo se detuvo en seco.

—¡Cielos! ¿Está aquí?

—Pues claro. Creía que te gustaba… dijo que lo pasasteis bien en Santorini —su madre sonrió, esperanzada—. Creo que está bailando. No es tan tonta como para estar esperándote —y miró a la pista de baile—. Búscate a alguien, Theo, aunque no haya nadie mejor que

ella.

—Gracias a Dios —murmuró Theo, que seguía buscando a Martha sin éxito.

—Baila con la tía Ofelia —su madre lo empujó en la dirección de su tía y su tremendo sombrero.

Theo no pudo escaparse. A pesar de la amenaza de las frutas, por lo menos la tía no lo pisaba, y la conversación le permitía seguir buscando vestidos rojos.

—Si estás buscando a la bonita hermana del novio, se ha marchado —le dijo su tía, desde debajo de las manzanas.

—¿Qué? —Theo le pisó los pies a su pareja de baile—. ¿Cómo sabes…?

Su tía se encogió de hombros y sonrió.

—Tengo ojos, cielo, y mucho tiempo para usarlos. Bailaste con ella —Theo iba a replicar, pero ella no le dejó—. Y sólo con ella. Y después fuiste a buscarla.

—Yo…

—Fuiste a la playa con ella —su tía lo miró reprobadoramente—. Theo, qué imprudencia. Podía haber pillado un buen resfriado allí. Estamos en pleno invierno.

—¡Pero yo no la obligué a ir allí! Sólo la seguí…

—Y tampoco la trajiste de vuelta. Parecía helada cuando volvió. Estaba temblando.

—¿Dónde se fue? —no tenía sentido intentar convencer a su tía de que no había visto lo que había visto.

—No lo sé. Seguramente a algún sitio caliente. Pobre niño. ¿Es tuyo, Theo?

—¿Qué? —a Theo le sobresaltó tanto la pregunta como que la respuesta fuera afirmativa.

—Te sugiero que la encuentres, chico. Y que hagas lo que tienes que hacer.

—Créeme, eso es lo que intento —dijo él entre dientes.

Theo decidió que no podía hacer que todo el mundo se diera cuenta de que la estaba buscando; a ella tampoco le gustaría, pero al final, la encontraría. Y cuando lo hiciera, acamparía delante de su puerta si era necesario para hacerla entrar en razón.

—Theo, cariño, baila —oyó que le decía su madre.

Pero Theo estaba cansado de bailar, cansado de mujeres. Sólo quería ver a una: la madre de su hijo. ¡Su hijo!

—Theo, cariño. ¿Dónde vas? —la voz de su madre lo siguió cuando él salía por la puerta.

Pero él no se volvió. Martha no lo quería… bueno, no le importaba; él no entraba en asuntos de amor. Pero, independientemente de lo que ella pensara, iba a casarse con Martha.

En cuanto volvió al restaurante, Martha acorraló a su cuñado, Mark, para que la llevara a casa.

—Por favor, estoy cansada, pero no quiero que mis padres se preocupen.

No lo conocía muy bien, pero en ese momento, le pareció un punto a su favor, pues no haría preguntas como sus hermanos.

—¿Es por el niño? Cristina necesitaba echarse de vez en cuando. A lo mejor puedo buscarte un sitio…

—No, por favor, quiero ir a casa.

—Debería decírselo a Cristina —dijo Mark.

—Está con mi madre… puedes decírselo más tarde cuando vuelvas; sólo tardarás unos minutos en llevarme hasta su casa, y desde ahí, me las apañaré sola.

Mark le abrió la puerta mientras ella miraba hacia atrás, con el rostro aterrado por haber visto a Theo buscándola entre la gente.

—De acuerdo, vámonos.

Ella no aparecía por ninguna parte, y después de buscarla un rato, Theo fue a preguntarle a Cristina.

—No, no la he visto, pero si la veo, le diré que la estás buscando —dijo, sonriente.

—Dile que la encontraré —repuso Theo.

Y como no sabía qué le diría si por fin la encontraba en ese momento, aparte de lo enfadados que se pondrían sus padres por haber estropeado la boda de Tallie y Elias, decidió marcharse. Fue a su coche de alquiler y pisó el acelerador al máximo hasta que se dio cuenta de que si le ponían una multa, no se sentiría más feliz.

Estaba a mitad de camino de Montauk, así que siguió conduciendo hasta que llegó al mar. Era casi de noche. El viento levantaba grandes olas grises en el agua; el mar siempre le había aportado calma, pero en aquel momento, no encontraba reposo.

Había vuelto a Estados Unidos por la boda de su hermana, pero también para poder ver a Martha de nuevo. Habían pasado seis meses y no había podido quitársela de la cabeza, y de cuando en cuando, se descubría pensando cosas como «a Martha le gustaría esto» o «tengo que contarle esto otro a Martha». Lo cual era absurdo, y no le había pasado con ninguna otra de sus aventuras.

Pensó que el haber vuelto a Santorini fue un error… que al descubrir que ella también se había marchado había dejado las cosas incompletas para él, y por eso saltaba de cuando en cuando a sus pensamientos.

Pero ella estaba embarazada… Theo debía sentirse agobiado y hundido, pero en realidad, era todo lo contrario. Se sentía alegre y vivo, y molesto por que ella no quisiera casarse con él. Pero era un nuevo reto, y a los navegantes les gustaba enfrentarse a los mares

embravecidos.

Además, no había nada de malo en casarse. Sólo tenía que convencer a Martha de ello.

—¿Tiene algún problema con el coche? —un agente de policía golpeaba la ventanilla.

—Sólo… estaba pensando —Theo se había detenido en una cuneta y era casi de noche.

El agente le pidió el permiso de conducir y preguntó si había bebido. Por suerte, no había sido mucho.

—Será mejor que continúe —aconsejó el agente—. Váyase a casa, mañana verá las cosas de otro modo, amigo.

Ojalá tuviera razón.

Theo compartía una habitación en un hotel cerca de casa de sus padres con su hermano Demetrios, pero sabiendo que éste volvería acompañado de un montón de chicas de la boda, Theo vio un motel en Montauk y decidió quedarse allí.

No pegó ojo en toda la noche, pensando en ella. Martha daba la impresión de estar incómoda durante toda la boda, y tal vez él no ayudara al ser tan brusco, pero al pensar que podía haber vuelto con Julian… Además, ella no le había dicho nada del niño, y debería haberlo hecho. ¡Sí que le importaba!

Por la mañana se sentía fatal por la mala noche que había pasado, pero tenía que pensar con calma: la buscaría y le haría comprender que no había ninguna similitud entre lo que pasó con Agnetta y aquello. Además, un niño necesitaba a un padre y a una madre… debían casarse. Y el problema de la compatibilidad no sería tal: eso quedó claro en Santorini.

¿Y aquel sinsentido del amor? No era importante. Ella tendría que decir que sí, y lo haría, pero primero tenía que encontrarla.

Después de probar sin éxito en la guía de teléfonos de Manhattan y en las oficinas de Antonides Marine, no le quedó más remedio que ir a casa de los Antonides. Era una casa grande de piedra y madera, al estilo de las mansiones inglesas, muy de moda entre la gente mayor de Long Island que tenía dinero y escaso gusto.

Esperaba que Martha se alegrara de verlo, pero lo dudaba. También imaginaba que su padre no estaría contento, después de haberle ganado la casa de Santorini en una regata.

Bien, le devolverá la casa, si era lo que quería, pero tenía la impresión de que su padre ya había arreglado ese asunto.

Llamó al timbre y esperó. Salió a abrir un joven moreno con el pecho descubierto en boxers a quien Theo reconoció como el hermano gemelo de Martha, Lukas.

—Quiero hablar con Martha —le dijo.

—Oh, ¿por qué? —preguntó Lukas, frotándose los ojos.

—Eso es entre nosotros dos.

—¿Ah, sí? ¿Eres el padre del niño?

—Sí —respondió Theo al cabo de unos segundos, cuadrando los hombros—.

Soy yo.

—Ya era hora de que aparecieras —dijo Lukas—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Eso se lo diré a Martha —repuso Theo con firmeza—, no a ti. Por eso tengo que encontrarla.

—Vaya —su gesto se torció en una sonrisita burlona—. No está aquí.

—¿Dónde está? Dame la dirección de su casa.

—No la sé, pero puedo darte su correo electrónico.

—No quiero su correo electrónico. Quiero hablar con ella en persona. Quiero casarme con ella, demonios.

—¿En serio? —Lukas abrió mucho los ojos—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Desde que me enteré.

—¿No lo sabías? —parecía sorprendido—. Bueno, Martha es bastante cabezota.

¿Y ella sabe que te quieres casar con ella?

—Sí.

—Ah, eso explica que ya se hubiera marchado cuando nosotros llegamos a casa.

No se quiere casar contigo, ¿verdad?

—Estamos discutiéndolo. Oye, necesito su dirección.

—Voy a ver si mi madre la tiene anotada en la agenda. Pasa.

—Muy amable —dijo Theo en tono casi burlón, y entró en el recibidor.

La casa era grande y acogedora, muy recargada de muebles y viejas fotografías, pero al ver en una de ellas a Martha de niña, sonriente como en Santorini, se le quitó el mal humor y sonrió.

—Aquí está —dijo Lukas—. Vive en Park…

—¿Park Avenue? —Theo pensó que se le debía estar dando bien el trabajo, o tal vez estaba viviendo con alguien… tal vez por eso no quisiera casarse con él…

—No, en Park Street —y sonrió entre bostezos.

—¿Dónde está eso?

—En Butte, Montana.

Montana, el fin del mundo. Grande, salvaje, y para Martha, el cielo en la tierra.

Fue su salvación a la vuelta de Santorini. Si lo pasó mal después de lo de Julian, eso no fue nada con cómo se sintió después de enamorarse de un hombre que sólo le prometió sexo salvaje y se marchó después sin mirar atrás.

Consiguió cambiar su billete de vuelta de Santorini para regresar una semana antes de lo previsto y, por arte de magia, su salvación se sentó a su lado en el avión.

Su nombre era Spencer Tyack. Era joven, delgado y muy guapo, pero Martha era inmune a todo eso. Lo mejor era que nada más verla, le ofreció un pañuelo.

—No me gusta ver llorar a las mujeres —gruñó—. Sécate las lágrimas.

Pero ella no podía dejar de pensar en Theo, y no podía dejar de llorar.

—Cielos —Spencer llamó a una azafata y le pidió una caja de pañuelos de papel

—. No vas a superarlo hasta que no hables de ello. Suéltalo ya.

Así que habló y habló. Theo, Theo, Theo.

—A mí me parece un idiota —le dijo Spencer mientras ella se sonaba la nariz—.

No sé por qué te molestas.

Martha tampoco lo sabía, pero aquello estaba fuera de su control.

—Dime a qué te dedicas cuando no lloras —le preguntó Spencer, tratando de distraerla.

—Pinto murales.

—¿Murales?

Él pareció sorprendido de verdad, y le pidió más información. Martha sospechó que lo hacía para que no le hablara de Theo, pero al llegar a Nueva York, le dio su tarjeta de promotor inmobiliario.

—Si quieres venir a pintar murales a Montana, avísame.

Y así fue como Martha se plantó en su puerta tres semanas más tarde, con todas sus pertenencias en una bolsa, nada más bajarse del autobús que iba a Seattle.

—No dejas que crezca la hierba bajo tus pies, ¿no? —le dijo Spencer cuando llegó, pero le dio un buen recibimiento.

Martha no encontró su sitio en Nueva York a la vuelta. Sus padres y sus hermanos no paraban de preguntar por Julian, y ella ya se había olvidado completamente de él. Todos sus pensamientos eran para Theo, y probablemente, él no recordara ya ni su nombre. Por eso tomó una decisión drástica, hizo la maleta y se fue a Butte.

—Quiero pintar un mural en Montana —le dijo ella cuando fue a recogerla a la estación de autobuses.

Él la miró fijamente, probablemente buscando un rastro de lágrimas o signos de locura, pero nunca se había sentido más decidida en su vida. Había superado lo de Theo.

—Bienvenida abordo —le dijo él por fin.

Cielos, no… «abordo» era una palabra relacionada con los barcos… igual que Theo. Oh, tal vez no lo hubiera superado, pero lo haría.

El caso era que, por más que intentara mantenerlo alejado de sus pensamientos, los hados se confabulaban contra ella para impedírselo: su primer encargo fue un mural para un restaurante.

—¿Quieren una imagen de la Toscaza? ¿Venecia? —preguntó ella, pues era sobre todo una pizzería.

—No —dijo el dueño—. Nuestra carta ha cambiado y ahora somos más

«mediterráneos». La Acrópolis o uno de esos pueblos blancos con cúpulas azules estaría mejor. En plan griego.

Perfecto.

Martha encontró un bonito apartamento en una antigua casa victoriana reformada, pero sentía que necesitaba algo más en su vida, a pesar de que hacía amigos con facilidad. ¡Y no quería hombres! Ya no se fiaba de su buen criterio con ellos. Quería un perro, uno grande, peludo y cariñoso.

Lo malo fue que no había ninguno así en el refugio de animales abandonados el día que fue ella. Sólo había unos cuantos pastores, algún perro pequeño que ladraba demasiado y Ted.

—Su dueña lo llamaba así por su tío, porque decía que se parecía a él, pero puedes cambiarle el nombre si quieres.

Era un bulldog francés de cinco años, pequeño, de pelo corto y negro, cuya dueña había muerto. No era lo que buscaba al principio, pero decidió llevárselo.

Resultaron ser la pareja perfecta, siempre que Martha le diera la comida que le gustaba y lo dejara dormir en su cama. Además, Martha volvió al refugio para pintar un mural en su pared.

—Así la gente comprenderá lo estupendos que son los animales —le dijo al escéptico supervisor—, y adoptarán a más perros como Ted.

Martha acertó, y su visión bonita y humorística de los animales que plasmó en el mural hizo que aumentaran las adopciones y el apoyo económico del ayuntamiento al refugio. Además, la foto que apareció en el periódico en la que aparecía ella trabajando y Ted dormido en el andamio, no vino nada mal.

Su reputación creció a partir de ese momento, y la contrataron como profesora de Bellas Artes en el instituto. También pintó un mural de la Toscana en el restaurante italiano frente al «mediterráneo», otro de tréboles, duendes y motivos irlandeses en un pub, y otro aún más grande en la sala de espera de salidas del aeropuerto.

Su último proyecto era un enorme mural sobre la historia de Butte en el auditorio. Era el proyecto que Spencer tenía en mente cuando le ofreció venir a Montana, y ella estaba encantada. Era un gran reto profesional, pero no se acercaba ni de lejos al reto que le suponía el enfrentarse con Theo. Durante las dos décadas siguientes, le gustara o

no, hasta que el niño fuera mayor y pudiera tratar a solas con su padre, Theo sería parte de su vida.

Le costaba mucho pensar en ello. Cuando volvió de Santorini, decidió que dejaría de pensar en él: una aventura de una semana no debía cambiarle la vida. Pero entonces, a las dos semanas de llegar a Butte, descubrió que estaba embarazada y su teoría perdió puntos.

Fue al médico porque se sentía mal, cosa rara en ella. Pensó que podía ser la altitud o el olor de la pintura, pero el médico le dijo que sólo eran nauseas matinales.

Se quedó helada. No podía ni imaginarse que estuviera embarazada... ¡Estaba tomando la píldora! Cuando se lo explicó al médico, éste le dijo que tal vez el viaje a Santorini hubiera cambiado su biorritmo.

—A veces pasa —dijo, y se encogió de hombros.

Por eso, lo quisiera o no, siempre estaría conectada a Theo. Probablemente a él no lo importara... él no quería ataduras ni compromisos, y por eso le sonó tan raro que le propusiera que se casaran en la boda de Elias.

Cada vez que lo pensaba se echaba a temblar. «No lo pienses», se dijo a sí misma, y decidió concentrarse en la pared que tenía delante.

El mural era enorme; ocupaba tres paredes del teatro, y para hacerlo contaba con la ayuda de algunos estudiantes de su clase de Bellas Artes, que estaban pintando fotos antiguas de su familia. Tardarían siglos en acabar, pero ella pronto estaría muy gorda y le costaría subir al andamio. Además, tenía que estar acabado en seis semanas, fecha para la que contarían con un grupo de teatro que representaría una obra.

—Dile a esos chicos que saquen los sprays de pintura y se pongan manos a la obra —le había dicho Spencer.

Varios de los chicos que estaban trabajando con ella habían llegado allí a través de un mediador social y de la policía. Se trataba de artistas callejeros que se expresaban de un modo contrario a las normas de la sociedad, y el mediador y la policía creyeron que trabajando con Martha podrían encontrar el buen camino.

Martha no estaba tan segura, pero lo cierto fue que al cabo de unos pocos días de gruñidos y protestas, los chicos empezaron a interesarse de verdad por el proyecto, y el trabajo de alguno de ellos era fantástico.

—Creo que mantendremos esos sprays bajo llave —le respondió ella dos semanas antes.

Pero con la fecha del mural, y la de su parto, acercándose peligrosamente, Martha empezaba a pensárselo. Además, cada dos por tres se paraba a pensar en Theo, pero ya se lo había dicho y ya había pasado lo peor. Además, él había tomado la actitud más responsable,

aunque ella hubiera rechazado su oferta de matrimonio.

—¿Qué tal fue? —la pregunta de Spencer la devolvió a la realidad.

Miró hacia abajo desde el andamio y allí estaba, con las manos en las caderas.

—Cree que debemos casarnos —le dijo ella, muy seria.

—¿De verdad? —Spencer levantó las cejas—. ¿Cuándo es el gran día?

—¡No creerás que me voy a casar con él!

—¿Por qué no? —él se encogió de hombros—. Pensé que lo querías.

Aquello no merecía respuesta, y Martha volvió a su trabajo.

—Ah… —dijo él después de un momento—. Veo que le has dicho que no.

—Efectivamente —cada vez que Martha pensaba en la fría proposición de Theo, el corazón se le aceleraba—. Me dijo que era lo que había que hacer… que era lo más razonable.

—¿Y no te convenció?

Ella se giró, goteando pintura.

—¿Te casarías con alguien a quien no quieres? —y lo fulminó con la mirada.

—Tal vez —Spencer se limpió unas gotas de pintura gris de la cara.

—¿En serio?

—¿Quién sabe? Además, esto no se trata de mí. Se trata de ti y de «como se llame».

—Bueno, pues no te preocupes. No me voy a casar con «como se llame».

—Mejor —sonrió Spencer—. Si no tienes que preparar una boda, tendrás más tiempo para el mural. Sadie está preparando una fiesta para después de la representación —continuó—. Vendrán las autoridades locales y estatales, algunos posibles inversores e invitaremos a algunos artistas. Y también quiero a tu pandilla de gamberros aquí.

Spencer no fue muy distinto de esos chicos en su juventud, así que se sentía muy cerca de ellos.

—Mis alumnos y yo estaremos aquí —dijo ella—. Ahora vete y déjame trabajar.

—De acuerdo. Está empezando a nevar y tengo que irme de viaje —Spencer sonrió—. ¡No te cases con «como se llame» mientras yo estoy fuera!

—Tranquilo, no lo haré.

Marzo, de hacer caso al servicio meteorológico, empezaría con tormentas de nieve.

Martha hizo caso omiso de las recomendaciones de no conducir con nieve porque aún no tenía coche. Lo cierto era que no lo

necesitaba, pues la tienda, el teatro y el instituto estaban cerca de su casa.

Aquella mañana había acudido temprano al teatro pues no tenía clase en el instituto y ya sólo le quedaban dos semanas para la llegada de los actores. Además, el bebé crecía de día en día y quería acabar antes de estar demasiado incómoda.

Sadie la había llamado para avisar de que Spencer volvería de su viaje en cualquier momento, y Martha se apresuró para tener algo que mostrarle.

La parte que más trabajo necesitaba del mural era la viñeta de la imagen de la boda de los abuelos chinos de Dustin, su graffitero mejor dotado y muralista menos entusiasta, y era la que ella había estado evitando. El resto de estudiantes estaba trabajando en pintar una imagen de una foto de su familia que mostrara la diversidad del pasado de Butte, pero Dustin tardó mucho en elegir una.

—Es perfecta —dijo Martha cuando Dustin se la mostró, casi sin interés—. Tú haz el boceto y luego vendré a ayudarte.

Después de mostrarle cómo proyectar la imagen en la pared y hacer un boceto, Martha había evitado ponerse en serio con él, igual que Dustin. De algún modo, cada vez que Martha miraba la foto, recordaba la boda de su hermano y Tallie y lo que pasó en ella. Theo.

Otra vez él. Tal vez el error fue evitarlo. Tal vez si se enfrentara a él directamente podría mirar sin problemas las fotos de boda de otras personas.

Martha se puso manos a la obra con la imagen de la familia de Dustin, y poco a poco dejó de pensar en la boda de Tallie y Elias, y se centró en la joven pareja que cien años antes cruzó el mar para llegar a una tierra extraña.

Normalmente, Marcus, el escultor que tenía su estudio en la parte delantera del edificio, llegaba a mediodía, pero aquel día tenía trabajo fuera, así que Martha no lo esperaba. Agatha, la pintora de acuarelas que también trabajaba allí, se había ido a pasar unos días al sur. Otra de las salas estaba reservaba para las mujeres que se reunían allí a hacer *patchwork*, pero aquel día de ventisca se habían quedado en casa.

Nadie fue a interrumpir su trabajo, y Martha empezó a pensar que tenía que haber preparado algo en casa para comer. Normalmente compartía una pizza con Marcus, o un trozo de tarta de las señoras del *patchwork*, pero aquel día estaba sola.

Su única esperanza era que los chicos llevaran algo de comer. No quería interrumpirse para salir a comprar algo, y además, cada vez le costaba más subir y bajar del andamio, pero el embarazo había multiplicado por diez su apetito.

En ese momento oyó que se abría la puerta y resonaban unos pasos

en la entrada. Era demasiado pronto para que fueran los chicos. ¡Spencer! ¡O Marcus! Uno de los dos podría ir a buscarle algo para comer.

—¡No te acerques si no traes comida! ¡Me muero de hambre! —gritó ella.

Los pasos se detuvieron un momento, y después siguieron acercándose.

—¡Lo digo en serio! —Martha oyó que los pasos se detenían de nuevo, se daban la vuelta y salían al exterior—. Genial —le dijo a Ted—. No nos moriremos de hambre.

El perro abrió un ojo, pero lo cerró inmediatamente al no ver comida cerca.

Veinte minutos más tarde se oyeron pasos de nuevo, esta vez precedidos por olor a empanada de carne.

A Martha se le hizo la boca agua. Se giró para mirar la puerta y dijo sonriente:

—Chico, cuánto me alegro de verte.

—Y yo cuánto me alegro de oírlo —el tono era divertido.

Martha se quedó helada.

Theo estaba mirándola desde la puerta.

Capítulo 7

—Tú —el andamio pareció temblar, y ella se quedó pálida. Theo también se quedó pálido, pero por otros motivos; había ido a comprarle comida porque ella dijo que se moría de hambre, pero al verla allí subida, supo que el hambre no era la causa más probable de la que podía morir.

—¡Por amor de Dios, bájate de ahí!

Dio dos pasos hacia ella cuando de la nada salió una bola de pelo negro con enormes orejas, muy enrabietada, mostrándole los dientes y emitiendo un sonido gutural parecido a un ladrido.

—¿Qué es eso? —Theo se detuvo y lo miró desconfiado.

—Mi perro. ¡No te atrevas a hacerle daño!

—¿Un perro? Si tú lo dices… —miró al enfurecido perro y luego a Martha—.

No creo que sea yo el que le haga daño, sino más bien al revés.

—Sólo intenta defenderme.

—Bueno, pues llámalo, porque no pienso hacerte daño.

Pero por otro lado, tenía ganas de sacudirla por haberse subido a un andamio en su estado. ¡Estaba enorme! Bueno, al menos, más que cuando la vio en la boda.

Iba a echar a andar de nuevo hacia ella cuando vio que el perro tenía la mirada clavada en la bolsa de comida.

—¿Quieres un poco? —preguntó, y agitó la bolsa.

—¡No, no quiere! —gritó Martha—. Bueno, sí quiere, pero no puede comer eso.

Theo le acercó un poco más la bolsa, y el perro gruñó, esperanzado.

—¡Ted! ¡Para!

—¿Ted? —Theo levantó una ceja al oír que el perro llevaba su mismo nombre, pero en inglés.

—No te lo tomes como algo personal. Ya se llamaba así cuando lo adopté. Al parecer, a su dueña le recordaba a un familiar suyo con ese nombre.

—Toma, Ted —dijo Theo, y le dio al perro un trozo del borde de la empanada que el perro devoró al instante.

—Para —ordenó Martha al ver que Theo partía otro trozo, y no le estaba hablando al perro esa vez.

—Entonces, baja.

Pero no lo hizo. Se quedó allí arriba, agarrando su lápiz, hasta que Theo le dio otro trozo de empanada al perro.

—Maldita sea —y empezó a bajar la escalera—. ¿Qué haces aquí? —preguntó, cuando llegó abajo, con los brazos en jarras—. Tenías que estar por ahí, en medio del océano.

—Pero tú estás aquí —dijo él con sencillez.

Si pudiera tomarla en brazos y sacarla de allí, lo haría sin más, pero, conociendo a Martha, se ganaría una patada en la espinilla. En aquel momento, lo único que quería era que se sentara a comer antes de que el perro la dejara sin nada.

Antes de que acabara de pensarlo, ella tomó la bolsa de sus manos y sacó una de las empanadas de su envoltorio.

—Lo he comprado en un restaurante cerca de aquí… no dan comida para llevar, pero…

—Ya lo sé —Martha dio un bocado, y suspiró igual que cuando él le hacía el amor—. Está estupenda. Gracias.

El perro gruñó un poco y gimió.

—Sí, ahora te doy un trozo —le dijo ella—. Pero tengo que sentarme primero.

Martha fue a sentarse a un viejo futón lleno de manchas de pintura, y Theo fue a sentarse a su lado, pero el perro se adelantó y se puso entre los dos, a la vez que le mostraba los dientes.

Martha comió como si no lo hubiera hecho en una semana. Al mirarla más de cerca, Theo se dio cuenta de que parecía más delgada, con los huesos de la cara más marcados, a pesar de la barriga.

—Martha, estás en los huesos.

—Vaya, eres el primero que me lo dice —respondió ella, sorprendida.

—A parte de la tripa… No estás precisamente fea, pero sí pareces cansada y estar en los huesos. Seguro que no comes bien, subida ahí arriba como un mono todo el día. ¡Y te vienes a Montana! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —estaba casi gritando, sacando fuera de sí la tensión acumulada en las pasadas dos semanas en que había volado hasta la otra punta del mundo y había vuelto, para organizar su vida antes de ir a buscarla.

—Yo también estoy encantada de verte, Theo —dijo ella tranquilamente sin siquiera mirarlo, chupándose los dedos.

Theo quiso sacudirle, levantarla en brazos y besarla hasta hacerla perder el sentido. Echarla sobre el futón y hacerle el amor. ¡Lo estaba volviendo loco! Había llegado allí en un vuelo de Auckland a Los Ángeles, otro a Denver y, desde ahí, a Bozeman porque no había billetes para Butte. Lo peor fue el trayecto por carretera, porque tuvo que atravesar un puerto de montaña en medio de la ventisca, y él no estaba acostumbrado a conducir con nieve. Estaba cansado y nervioso, pero tenía que controlarse.

—¿Por qué viniste a Montana? No habías estado nunca —Lukas se lo había dicho.

—¿Y qué? Esto me gusta.

—Sí, pero por qué…

Ella se acabó el último trocito de empanada y sonrió.

—¿Porque no hay mar? —al ver la mirada de Theo, decidió aclarar sus palabras

—. No tuvo nada que ver contigo. Sólo necesitaba empezar de cero, sin un montón de gente que intentara decirme cómo tenía que vivir mi vida.

Theo la comprendía porque él había pasado por eso, pero por lo que le contó en Santorini, pensaba que Martha tenía más aguante que él en ese sentido.

—Te refieres a… —e hizo un gesto hacia su barriga.

—No, nada de eso. Ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando vine. Si vine a Montana fue para apañármelas sola, y como Spencer me dijo que si venía a Montana…

—¿Spencer? —no pudo contenerse.

—Un amigo.

—¿Qué tipo de amigo?

—Eso no es asunto tuyo —le respondió ella.

Él abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla. No podía decir nada sobre ese Spencer sin parecer celoso, y él no estaba celoso. Sólo… preocupado. Después de lo que le había pasado con Julian… Pero tendría que buscar otra táctica más sutil para enterarse.

—Entonces, ¿ese Spencer te invitó?

—No. Sólo dijo que fuera a verle si venía por aquí.

¿Por eso había cruzado todo el país? Theo apretó la mandíbula para contenerse.

—Por eso me dijiste que no… —intentó que no sonara a pregunta, pero estaba furioso—. Que no te casarías conmigo.

—Nada de eso —Martha mordió otra empanada—. Ya te expliqué por qué no quería casarme contigo —aclaró, como si no tuviera la menor importancia.

¡Pero a él sí que le importaba! Le dijo que sólo se casaría por amor y no lo amaba. Cada vez que se acordaba se ponía furioso. Desearía hacer como los cosacos: subirla a la grupa de su caballo y llevársela al monte… el mundo moderno era demasiado complicado. ¿Qué había sido de la dulce Martha de Santorini? En realidad, Martha también le mostró allí su lado tozudo, pues si no, no habrían tenido la aventura. Pero entonces se mostró cariñosa, tocándolo y besándolo, como una amante ansiosa.

Ahora parecía contentarse con sus empanadas y su ensalada mientras su perro lo mantenía a distancia.

—No he venido hasta aquí para que me trates como parte del mobiliario.

—Qué pena —respondió ella, sin quitar la vista de la ensalada, que acababa de atacar.

Estaba claro que no estaba cerca de romper sus resistencias, así que Theo decidió no discutir y se alegró de haber dejado todos sus asuntos en orden antes de ir en su busca, pues parecía que no iba a ceder de inmediato. Theo decidió relajarse y miró a su alrededor. El teatro era pequeño, pero las paredes estaban enteramente cubiertas por el mural. Había escenas de mineros, un tren llegando a la estación, gente realizando labores de otro tiempo… pero había escenas sin acabar.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Es la historia de Butte. Cada escena esta basada en viejas fotografías que han traído mis alumnos, y ellos son quienes están trabajando en ellas. Mi trabajo es darle una forma común.

—¿Alumnos? No sabía que dieras clases —no dijo nada de eso en Santorini.

—Doy clases de Bellas Artes en el instituto tres mañanas a la semana. Algunas clases son geniales, y algunos de mis alumnos son unos graffiteros de primera —pero no sonrió.

—Estás de broma.

—Nada de eso. Es un acuerdo al que hemos llegado con la policía y los mediadores sociales para interesarlos en el tipo de arte que la sociedad aprueba —

mostró la escena de los mineros—. Esto lo está haciendo Jeremy. Es un as con los sprays, pero los pinceles tampoco se le dan mal.

Por primera vez, Theo reconoció en su voz a la Martha de Santorini; entusiasta, menos distante, menos en guardia.

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Theo con todo el entusiasmo que pudo.

—Desde luego. Espero que podamos exponer alguna de sus obras en la galería del piso de abajo —se levantó y fue hacia la escalera—. Pero por ahora, nuestro cometido es mantenerlo alejado del reformatorio.

Theo fue hacia ella para detenerla, pero el perro se colocó en la base de la escalera y volvió a mostrarle los dientes.

—Demonio de perro —exclamó Theo—. ¡Te he traído comida!

—No seas maleducado, Theo —le dijo Martha desde arriba—. Si no te gusta, márchate.

—No pienso irme, Martha.

Aunque tuviera que esperar al deshielo, Theo no se movería de allí si ella no lo hacía. Martha se puso un poco rígida, pero no se giró.

—Como quieras —le dijo, y volvió al trabajo, pero en la escena más alejada de él que el andamio le permitía.

Theo se sentó en el futón a verla trabajar, lo cual no fue ningún sacrificio. Le encantaba mirarla, y aunque la nueva Martha no era como la que conoció en Santorini, las nuevas curvas del embarazo le

gustaban tanto como las anteriores. La ropa de invierno la tapaba casi por completo, pero le gustaba imaginarse quitándole el jersey por encima de la cabeza y acariciar sus nuevas formas.

Nunca imaginó que se sentiría atraído por una mujer embarazada, pero su cuerpo no mentía: Martha lo atraía.

Él sabía que ella notaba que la estaba mirando, pues de vez en cuando lanzaba rápidas miradas nerviosas por encima del hombro. ¿La estaba poniendo nerviosa?

Mejor, porque ella también lo estaba poniendo nervioso a él, subida a ese andamio del que podía caerse en cualquier momento. Si no hubiera sido por ese micro perro, no la habría dejado subir. En ese momento, Ted lanzó un gemido.

—¡Oh! —Martha se giró de repente—. Ted necesita salir. ¿Puedes llevarlo tú?

—¿Qué? —Theo la miraba, asombrado. No podía haber oído bien.

—Que lleves a Ted fuera —dijo, confirmando la peor pesadilla de Theo—. Lo olvidé cuando bajé a comer, y ahora que estoy aquí arriba —movió una mano, y el andamio crujió bajo sus pies.

—¡Para! —gritó Theo—. Vas a caerte de ahí.

—No pasa nada, estoy acostumbrada —dijo ella—. ¿Vas a sacarlo fuera o no?

Theo no quería, pero pensó que eso haría que Martha estuviera más simpática con él y la ayudara a entrar en razón.

Ted y Theo se miraron como si estuvieran llegando a un acuerdo.

—Si tienes miedo de él… —empezó a decir Martha.

—¡No le tengo miedo! Es sólo que como no me conoce…

—Claro —Martha sacudió la cabeza—. De acuerdo. Iré yo —dejó el pincel a un lado y fue hacia la escalera. Las planchas de madera temblaron.

—¡Demonios! —Theo no hizo caso de los dientes de Ted, y fue hacia donde estaba Martha—. Quédate ahí quieta. Yo sacaré a Ted — tal vez pudiera perderlo en medio de la ventisca.

—Tienes que hacer un caminito para él en la nieve, y despejarle un punto —

declaró Martha—. La correa está encima de la mesa, y la pala, junto a la puerta.

Theo la fulminó con la mirada.

—Pásalo bien.

Sorprendentemente, el perro movió la cola cuando Theo fue a ponerle la correa y lo siguió ansioso fuera.

—Allá vamos —dijo Theo, más para sí mismo, pensando que tal vez aquello no fuera mal del todo—. Mientras, intenta no hacer tonterías.

¡Ja! Martha no había dejado de hacer una tontería detrás de otra

desde que lo conoció. ¿Qué estaría Theo haciendo allí? Aún le temblaban las piernas al recordar cómo había aparecido allí… No podía ser que hubiera ido para convencerla de que se casara con él. Theo no quería casarse con nadie, y por eso empezó su aventura; para mantener alejadas a Cassie y a Agnetta. ¿No sería para llevarse al bebé? Martha tembló al pensarlo, y se dejó caer sobre las planchas de madera del andamio mientras intentaba respirar. No podía ser. Imposible.

Intentó recuperar la cordura. ¿Para qué iba a querer Theo un bebé? ¿Para llevárselo a navegar? ¡Ja! Tenía que recuperarse antes de que volviera, a no ser, claro, que Ted se lo hubiera comido… poco probable teniendo en cuenta que su perro, como todos los bulldog franceses, era un cielo y sólo comía comida, no gente.

Por eso, en cuanto volviera, tendría que enterarse de cuáles eran sus intenciones. Tal vez quisiera formar parte de la vida del niño… ella tendría que concederle por lo menos eso, pero a Theo no le gustaban las ataduras, y un niño implicaba más nudos que una red de pesca. No, con un poco de suerte, hablaría con él esa tarde y después se despedirían sin daños colaterales.

Excepto para su corazón.

¿Es que nunca se iba a poder recuperar? Sus dedos se rozaron cuando tomó de sus manos la bolsa con la comida, y ella sintió que su piel le quemaba, y deseó sentir sus brazos a su alrededor, protegiéndola… Pero si Theo estaba cerca, ella no estaba segura. Theo estuvo bien como aventura, pero nada más.

Lo malo era que tenía que aprender a resistirse a sus encantos de dios griego en la tierra, con ropa de verano o en vaqueros y jersey de cuello alto. Era irresistible, y encima, le había traído comida.

Si Theo no había ido a reclamar a su hijo, entonces tendría una gran oferta para ella. Martha creyó haberlo liberado ya de su responsabilidad, pero tal vez Cristina había contado todo, y todos los Antonides y los Savas sabían ahora quién era el padre de su hijo. Podía imaginarse entonces la presión combinada que habrían hecho sobre él para que le propusiera matrimonio. Haz lo que tienes que hacer, dale a ese niño un nombre, y todas esas cosas.

Sí, podía imaginarse algo así, aunque ella no lo viera de ese modo. Ella no se casaría con un hombre que no la amara, y su hijo tendría su cariño y su apellido, y más tarde, podría cambiárselo si quería. Tal vez aún amara a Theo, pero no aceptaría su propuesta para atarle a algo que él no quería.

Una vez tomada la decisión, Martha empezó a sentirse más fuerte.

En ese momento entraron en tropel sus alumnos, ruidosos y charlatanes como siempre, y a Martha le sirvieron de distracción. Jeremy iba a suspender francés, Clare había sacado una mala nota de

evaluación y Dustin no había ido a su cita con el mediador social.

Todos hablaban a la vez, y si las cosas hubieran ido como debían, al verlos, Theo tendría que haberse dado la vuelta y haberse largado en dirección contraria.

Pero el extraño se quedó en la puerta y atrajo todas las miradas de los chicos.

—¿Quién es ése? —preguntó Jeremy.

—¿Y cómo es que lleva a Ted? —Dustin hizo una mueca.

—No sé quién es, pero me lo llevaría a casa —murmuró Clare.

—Chicos, éste es Theo Savas —dijo ella, desganada—. El cuñado de mi hermano —lo cual era cierto—. Ha venido de visita.

—¿Ah, sí? —Dustin lo miraba, escéptico—. ¿En medio de la ventisca?

—Chicos —Martha empezaba a ponerse nerviosa—. A trabajar todos. Hay mucho que hacer —miró a Theo—. Gracias, espero que no te diera guerra.

—No demasiada.

Clare no dejaba de mirarlo, pero los chicos enseguida se dedicaron a sus cosas, y Dustin y Jeremy empezaron a tirarse bolas de papel.

—¿Los artistas del spray? —preguntó Theo.

Ella asintió.

—Tienen mucho talento, pero aún les falta disciplina.

—Oye —dijo Theo a Dustin—. ¿Tú eres el que está haciendo la imagen de la boda? —el chico asintió, y Theo miró a Jeremy—. ¿Y tú el de la mina?

—Sí —Jeremy se puso tenso—. ¿Pasa algo?

—No, el dibujo está genial. Lo que me causa un problema es ver a vuestra profesora ahí arriba.

—Un momento… —empezó a decir Martha.

—En condiciones normales, no tendría problemas —siguió Theo—, pero ahora está embarazada, su centro de gravedad ha cambiado y está más torpe.

—¡Estoy bien! —protestó ella, molesta por que la ignorara.

—Sí, yo también lo había pensado —dijo Jeremy.

Dustin también estaba más pendiente de las palabras de Theo que de Martha.

—Pero insiste en seguir subiéndose.

—Quiere que acabemos para la representación —dijo Clare, defendiendo a su profesora.

Los chicos reconocieron que aún quedaba mucho trabajo por hacer, y todos reconocieron que tenían que trabajar más.

—Me alegro de veros tan dispuestos a ayudar —dijo Martha, intentando mantener la calma—. Pero no tenéis que preocuparos por mí.

—Claro que sí —interrumpió Theo—. Y me alegro de que ellos se den cuenta aunque tú no lo hagas.

Al oír su tono posesivo, los chicos se giraron hacia él.

—Parece muy interesado… —comentó Dustin.

—¿En la señorita Antonides? —aventuró Jeremy.

«No lo digas», pidió Martha en silencio.

—La verdad es que sí —reconoció Theo, y miró a la barriga de Martha—. Es mi hijo.

Los chicos contuvieron el aliento hasta que Dustin preguntó:

—¿Y cómo es que aparece ahora?

Martha no podía haberse imaginado una pregunta tan protectora de un alumno como Dustin.

—No sabía nada del niño —se explicó él—. Yo estaba en Nueva Zelanda, y la señorita Antonides y yo no nos vimos hasta hace un par de semanas, en una boda.

Desde entonces, he estado solucionando los asuntos pendientes de mi vida para poder venir aquí.

¿Qué? ¿Pensaba quedarse allí? No podía ser…

—¿No se lo dijo? —preguntó Dustin, girándose como todos los demás hacia su profesora.

—Bueno —trató de excusarse ella—… ya os ha dicho que estaba en Nueva Zelanda…

—¿Y qué? —Jeremy parecía muy interesado—. ¿Es que no hay correo en Nueva Zelanda?

—¡Esto no es asunto vuestro! —Martha estaba enfadada—. Esto es entre Theo…

el señor Savas y yo, y no tenía que haberos dicho nada.

—Bueno, es su hijo —lo justificó Jeremy—. Es normal que se preocupe.

—Y que esté aquí —Dustin parecía molesto con su presencia—. ¿Se va a quedar?

—Sí —dijo Theo.

—No —dijo Martha. Los chicos se miraron y sonrieron.

—Esto va a estar interesante.

Martha sabía cuándo tenía las de perder, y Theo con tres aliados que en principio tenían que haber estado de su lado, no eran adversario fácil, así que cerró la boca y siguió con su trabajo.

Si Theo quería quedarse, perfecto… acabaría cansándose.

Pero, a pesar de todo, era molesto ocuparse sólo de las escenas de la parte inferior sólo para evitar enfrentarse a él. También era molesto verlo dirigiendo a Dustin y a Jeremy sobre el andamio para colocar el proyector, y ver cómo los chicos le hacían caso.

—No te enfades con él —le dijo Clare, refiriéndose a Theo—. Se preocupa por ti, y es muy guapo.

—Hmmmm —Martha no dejó de pintar un segundo.

Llegaron las seis, la hora de salir, y por una vez, los chicos no estaban ansiosos por marcharse. Dustin estaba hablando de barcos con Theo, y Jeremy escuchaba con atención.

—Hora de marcharse —dijo Martha por quinta vez—. Habéis trabajado mucho hoy, y estoy impresionada, pero guardad algo de entusiasmo para mañana. Vamos, id terminando.

Cuando bajaron, Jeremy les dijo:

—Vamos a ir a tomar una pizza. ¿Queréis venir?

Se refería a ella y a Theo, estaba claro, y Martha se sintió un poco molesta pues, aunque se llevaba bien con ellos, nunca antes la habían propuesto salir después de pintar.

—Gracias, chicos, pero estoy un poco cansada —señaló a Theo con la cabeza—.

Tal vez él quiera ir.

Los chicos fueron hacia él; Martha no pudo escuchar lo que decían, pero oyó cómo se despedían hasta el día siguiente. Y se marcharon. Quedaron sólo Ted, Theo y ella.

—¿Nos vamos? —dijo Theo.

—Yo no me voy contigo. Voy a casa.

—Te llevo.

—No.

—Entonces te seguiré.

Demonios…

—Como quieras.

Cuando llegaron a la puerta, Martha se abrigó bien y tomó la pala.

Theo se la quitó y le abrió la puerta.

—¡Eh! ¡La necesito! —protestó Martha.

—¿Has venido andando?

—Siempre vengo andando. No tengo coche —el viento helado soplaba con fuerza, llevándose sus palabras.

—Bueno, hoy te llevaré yo.

—No necesito que…

—Martha, o entras tu sola, o te meteré por la fuerza en el coche.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Muérdelo, Ted —le dijo, sólo medio en broma al perro.

—No lo hará —repuso Theo—. Tenemos un acuerdo —y mostró una bolsa de golosinas para perros que llevaba en la chaqueta.

Martha sacudió la cabeza, y Theo echó a reír. Le dio a Ted el Traidor una de las golosinas y empezó a abrirse camino con la pala en la nieve para llegar hasta el aparcamiento.

Martha le indicó el camino hasta su casa.

—Allí está. Es la casa de la esquina, a la derecha.

La casa era bonita, pero no tenía las impresionantes vistas de la de

Santorini.

Pero, cuantos menos recuerdos, mejor.

—Muy agradable y acogedor —dijo él cuando llegaron a su apartamento, en el segundo piso.

A Martha le sorprendió su apreciación, pues no esperaba que le gustara, ni quería.

—¿Qué hay para cenar?

—Tengo sobras —dijo ella—, pero no tengo suficiente para dos. Lo siento.

Theo la ignoró, y fue a abrir la nevera.

—Veamos qué hay aquí.

Ella lo fulminó con la mirada, pero le dolían los pies y la espalda, y fue a sentarse después de quitarse la bufanda, los guantes y el abrigo. Estaba agotada y no tenía fuerzas ni para poner los pies sobre el escabel, pero cerró los ojos.

Segundos, o tal vez, minutos después, ella sintió que le levantaban los pies y se los ponían sobre el escabel.

—No te asustes —dijo Theo con tono tierno.

Martha cerró los ojos de nuevo y trató de cerrar su corazón.

«No seas amable», le suplicó en silencio. «Ahora no, será demasiado difícil resistirse».

—No me asusto —murmuró ella, casi enfadada.

—Ya —y se inclinó para besarla con suavidad en la frente.

«¡Oh, Maldito seas, Theo!».

Martha apretó los puños y contuvo las lágrimas.

Theo volvió a la cocina y, bajo la atenta mirada de Ted, empezó a preparar la cena. Ella intentó no mirarlo concentrándose en el libro sobre el embarazo que había tomado prestado de la biblioteca, pero, por una vez, había algo que la intrigaba más que lo que estaba ocurriendo dentro de su cuerpo.

—¡A comer! —dijo Theo por fin.

Espagueti con salsa marinera, carne y champiñones, acompañado por una ensalada. Simple y básico, pero Martha no habría tenido fuerzas para hacerlo.

Comió lentamente y en silencio, tomando fuerzas por si tenía que enfrentarse a él después, pero al parecer, Theo tenía ganas de hablar. Le contó lo del barco que había ido a ver a Newport después de dejarla; era un barco magnífico.

—Te gustaría —añadió.

Después le contó que había competido en una regata en el Mar del Norte, y comparó a su tripulación con sus estudiantes. Por último, le habló de Nueva Zelanda, de la casa que tenía allí, de sus mares y sus montañas.

—Te gustaría. Es montañoso, como esto. Y tiene mar —añadió, casi

esperanzado.

—Me gusta Montana —dijo ella.

Theo apretó los labios y, al ver que había dejado el plato limpio, le ofreció más.

—No, gracias —dijo ella—. Estaba muy bueno —lo decía en serio, y empezó a llevar los platos a la pila.

Theo la interceptó y se los quitó de las manos.

—Yo lo haré, quédate tranquila.

—No es justo. Tú has cocinado, así que yo debería fregar —había tomado fuerzas para luchar un poquito con la cena.

—De acuerdo —aceptó él, encogiéndose de hombros—. Yo llevaré a Ted a dar un paseo.

Ella lo miró, asombrada.

—Tiene que salir, ¿verdad?

—Sí, pero…

—No voy a dejar que salgas con este tiempo, Martha.

—Y supongo que me pondrás contra el suelo para asegurarte de que no salgo.

—Buena idea… —sonrió Theo.

—No, no es una buena idea.

Él echó a reír y tomó su chaqueta. Martha esperaba que Ted no quisiera salir con él, pero el perro tenía los ojos clavados en la chaqueta de Theo.

—¿Qué tienes en la chaqueta?

—Eso es un secreto entre Ted y yo —sonrió él, y le guiñó un ojo.

Cuando salieron, Martha intentó desesperadamente trazar un plan. Cuando volvieran, tomaría la correa de manos de Theo y se despediría de él sin dejarlo entrar. Le agradecería las molestias e incluso le diría que podría ponerse en contacto con su hijo cuando naciera.

Se puso a lavar los platos, pero cuando oyó pasos en las escaleras, corrió a encontrarse con él en la puerta. Theo y Ted estaban cubiertos de nieve, y estaban guapísimos. Los dos. Y se vio tan absorta en su contemplación, que la puerta se cerró tras ellos y ella aún no había tomado la correa de manos de Theo.

—Gracias —dijo ella amablemente—. ¿Lo habéis pasado bien?

—No ha estado mal. Estamos haciéndonos amigos, ¿verdad, Teddy? —rió él.

¿Teddy?

—Se llama Ted, y no tienes que hacerte amigo suyo.

—Claro que sí —protestó él, empezando a quitarse la chaqueta.

—¡No te la quites! —dijo ella de repente.

—¿Por qué no? —pareció aterrorizado—. ¿Tenemos que salir? ¿Vas a tener al niño?

—Nada de eso. Sólo quería ahorrarte el volver a ponértela cuando

te marches.

—No me marcho —dijo Theo, como si estuviera decidido, y dejó la chaqueta sobre una silla.

Martha la tomó y se la devolvió.

—¿Cómo? ¡Desde luego que te vas a marchar!

Él sacudió la cabeza, se sentó en el sofá y empezó a quitarse las botas.

—No. Lo siento, pero me quedo.

—¡Pero si ni siquiera te he invitado!

Ella estaba furiosa, pero Theo la miró y sonrió.

—Qué curioso cómo son las cosas, cielo. Recuerdo que en Santorini yo dije casi lo mismo.

Capítulo 8

—¡No puedes quedarte aquí! —gritó Martha, horrorizada.

—Sólo hago lo mismo que tú me hiciste a mí en Grecia —dijo Theo, encogiéndose de hombros.

—¡Pero yo no te quiero aquí!

—Igual que me pasaba a mí. Pero tú no aceptaste un no por respuesta, y al final, la cosa fue bien. Tal vez esto funcione también, y además, podemos tener sexo salvaje

—ofreció.

—¡Ni hablar! —sus mejillas se encendieron como dos faroles.

—Como quieras. También la primera vez fue decisión tuya —le recordó—. Pero no te vas a librar de mí. No he venido hasta aquí para que me digas que no te casas conmigo porque eres tozuda como una mula.

—¡Yo, tozuda! Tú eres el que está forzando las cosas. Yo no te invité y no me pienso casar contigo.

—Estás molestando a Ted —le dijo, cuando ella dio una patada en el suelo en su enfado.

—¡Él estaría perfectamente si tú no estuvieras aquí!

—¿Ah, sí? ¿Y habrías podido sacarlo tú esta tarde?

—Por supuesto.

—Entonces, probablemente te habrías resbalado en el hielo, como me ha pasado a mí.

—¿Te caíste? —ella se giró para mirarlo. Por un momento, pareció preocupada.

—Sí, no fue nada, pero si te llega a pasar a ti, habría sido peor. Y Ted no podría haber ido a buscar ayuda ni traerte de vuelta a casa.

—Me las hubiera apañado —dijo, sin darle importancia—. Además, sé dónde se forman las placas de hielo.

—Interesante esos superpoderes tuyos… me impresiona el que puedas ver el hielo bajo treinta centímetros de nieve.

—No te hagas el listo.

—Martha, no te hagas tú la lista. No intento hacerte daño, sino todo lo contrario. Quiero casarme contigo porque vas a tener un hijo mío, y no quiero desentenderme.

Ella se abrazó a sí misma.

—No me casaré si no es por amor, Theo. Ya te lo dije.

Y ella no lo amaba. Él apretó la mandíbula; podía decir lo mismo. Ya había pasado por eso. Se había casado con Jill porque estaba loco por ella, pero sus sentimientos fueron pisoteados.

—El amor está sobrevalorado —le dijo él. Sólo causaba dolor.

Sus miradas se encontraron, como en un duelo.

—Como quieras —dijo ella, como si nada, dándose la vuelta—. Me

voy a dormir.

Perfecto. Continuarían la batalla otro día.

—¿Y dónde duermo yo?

—¡Conmigo, no! —vaya sorpresa—. Puedes dormir en el sofá.

—¿Y por qué no en la otra habitación?

Él ya la había visto. Era la habitación del bebé, con una cuna, pero también había una cama. Martha no supo cómo negarse.

—De acuerdo, pero sólo esta noche, Theo. Después, puedes irte. No espero nada de ti. Eres libre, no pretendo pedirte ayuda.

—¿Es que no lo entiendes? —le dijo, satisfecho de que su voz no mostrara lo desgarrado de sus sentimientos—. Me voy a quedar, Martha. Esta noche, la semana que viene y todo el tiempo que sea necesario hasta que te cases conmigo.

Su rostro era una máscara impenetrable.

—Vete a dormir, Theo.

Se cansaría. Theo no tenía nada que hacer en Montana; él era un navegante de primer orden y en Montana no había mar. Martha se repetía lo mismo día tras día, pero él seguía allí. Se levantaba siempre antes que ella, sacaba a Ted y le preparaba copos de avena para desayunar.

—Come —le decía—. Te hará engordar un poco.

Él toleraba sus desagradables monosílabos, y mientras, ella se moría de ganas de tirarle cosas a la cara. Lo odiaba. Peor aún. Lo amaba. Y cada día caía más y más en su embrujo.

Theo la llevaba todos los días en coche al trabajo e iba a recogerla después con la excusa de que no quería que caminara por las calles heladas, pues podía resbalar.

Ella siempre protestaba, pero un día perdió pie en una placa de hielo, y si no hubiera sido por él, que la agarró, habría dado con sus huesos en el suelo.

—Te lo dije —fueron sus palabras.

Desde entonces, ella no protestó más, por el bebé. Y también dejó que pusiera barandillas a los andamios, puesto que no podía impedir que subiera.

—Los chicos están de acuerdo conmigo —le había dicho, como si a ella le importase lo que pensaran una pandilla de delincuentes juveniles en proceso de reforma.

Pero lo cierto era que se sentía más segura con las barandillas, y también le gustaba que los chicos se preocuparan de ella y le preguntaran si se encontraba bien.

Aunque también Theo tenía a los chicos de su parte. Le ayudaron a colocar las barandillas, y le obedecían cuando a ella le fallaba la capacidad de mando. Y no eran los únicos. Sadie, la ayudante de Spencer, y las chicas que iban a la clase de *patchwork* los martes y

jueves, estaban rendidas a sus pies.

—A mí no me importaría nada tenerlo cerca —bromeó Sadie, y Pauline, Lucille y Grace estuvieron de acuerdo.

—No somos de piedra —le recordó Grace a Martha al ver su gesto de desagrado.

Las chicas del instituto tampoco lo eran, y cuando Clare buscó su nombre en internet y descubrió que era «el navegante más sexy del mundo» y corrió la voz, media docena de chicas más acudieron a ayudar con el mural. A Martha le vino bien la ayuda, pero era otra cosa más que la dejaba en deuda con él.

Por más que estuviera decidida a resistirse, sabía que lo quería, y no podía evitar desear que él la correspondiera. Él le decía que se casara con él casi con tanta frecuencia como sacaba al perro a pasear, pero nunca decía las dos palabras que ella ansiaba escuchar.

Martha lo estaba volviendo loco con su pasividad. Él cocinaba para ella, sacaba a su perro a pasear, la llevaba al trabajo, había conocido a sus estudiantes y amigos, y tenía la impresión de caerles bien. Pero ella lo trataba como si fuera la escoria del universo. ¿Por qué? ¿Porque quería casarse con ella? Aquello no tenía sentido.

—¿A ti qué te parece, Ted?

Pero el perro no le daba respuesta. Tal vez ella estuviera mejor sola, pero no le parecía serio dejarla sola. Nada de eso. El caso era que romper sus defensas estaba resultando más duro de lo que pensó que sería al principio. Podría hacerlo si pudiera llevársela a la cama, uno de los lugares favoritos de Theo, con los barcos y el mar, pero ella no parecía en absoluto interesada. Cada vez que lo pillaba mirándola con interés, ella apartaba la mirada. Como si ella no lo hubiera deseado a él en el pasado.

Su cuerpo había cambiado; el cambio se dejaba ver bajo toda la ropa que llevaba siempre, pero a él le resultaba muy atractiva. Lo que no sabía era cómo atraer a una mujer embarazada a la cama… tal vez ya no les interesase el sexo en su estado.

—¿Qué te parece a ti, Ted?

Pero el perro no dijo nada.

El mural se acabó justo a tiempo.

Los actores llegaron esa misma tarde para realizar el espectáculo que habían anunciado, y los profesores y alumnos de las clases de teatro se esforzaron mucho el día anterior para preparar las luces y los escenarios. Todo el mundo se implicó, pues la gente del pueblo estaba ansiosa por ver el mural y… y a Theo.

Martha se dio cuenta en un momento dado de que Theo sería parte del espectáculo esa noche. No haría nada, pero la gente estaría pendiente de él. Pronto las madres de los alumnos que colaboraban en la organización empezaron a llamarla para ver si necesitaba «una o

dos entradas», y hasta Spencer se interesó por el tema.

—Iba a ofrecerme para ir a recogerte, pero creo que ya tienes acompañante —le dijo.

—No es mi acompañante. Es sólo Theo —le dijo Martha—. Sigue convencido de que me casaré con él.

—Te pasaste todo el vuelo de vuelta desde Grecia llorando porque no volverías a verlo —le recordó él.

—¡Porque quería que me amara igual que yo lo amaba a él! ¡Y no es así! ¡No me quiere! ¿Tú te casarías con alguien que no te quisiera? —preguntó.

—Claro —respondió Spencer sin dudarlo—. Si es la opción más inteligente.

Martha colgó el teléfono, convencida de que todos los hombres del planeta, o al menos dos de ellos, eran unos imbéciles.

La puerta se abrió en ese momento, y entraron Theo y Ted de su paseo matutino. Estaba nevando de nuevo, y el pelo negro de Theo estaba cubierto de diminutos copos blancos. Le sonrió, tan guapo que ella no pudo soportarlo.

—Hola, preciosa —le dijo, con cierto tono posesivo en la voz y la misma mirada que ella le había visto en Santorini, justo antes de llevarla a la cama.

Pero Martha sabía que ese juego ya sólo le produciría dolor. ¡Y todo el mundo pensaba que debía rendirse!

Y allí estaba Theo Savas, la causa de todas sus angustias, sonriente, guapísimo, listo para casarse con ella pero nada enamorado.

—¡No soy preciosa, y lo sabes! —le gritó, y se dio la vuelta para ir a encerrarse en su habitación.

Tenía que ser culpa de las hormonas. Theo había leído sus libros sobre el embarazo, y en ellos decía que las mujeres embarazadas tenían reacciones desmedidas por culpa de la sobrecarga hormonal. En esos casos, lo mejor era poner la otra mejilla, cerrar la boca y apartarse de su camino.

Aquello era como una regata: tenía que saber interpretar la dirección del viento, tener en cuenta los puntos fuertes y flacos de las otras tripulaciones, el estado del mar y hacer lo necesario en cada caso. En aquel caso, lo necesario era cuidarla, y eso estaba haciendo él, aunque ella no estuviera de acuerdo.

Ella no lo trataba nada bien; se pasaba el día protestando, regañándolo, enfadada por tener sólo un vestido que ponerse. Era una especie de tienda de campaña de cachemir negro que a Theo le parecía sexy. Cuando se lo dijo, ella se enfadó con él, le dijo que dejara de adularla y volvió a encerrarse en la habitación con un portazo.

El teatro estaba lleno cuando llegaron. Theo tuvo que llamar a su

puerta, recordándole que mucha gente esperaba verla allí para conseguir sacarla de casa.

—Estás espectacular —le dijo cuando salió de la habitación con el pelo revuelto y demasiado maquillaje. Lo cierto es que para él estaba tan sexy como en Santorini.

—¡Para! —y le clavó el tacón en el pie, así que él se lo tomó en serio.

Las luces se apagaron al poco de entrar ellos y, cuando acabó la obra, la gente dijo que les había gustado. Theo sólo le había prestado atención a Martha, así que no pudo juzgar. Le pasó el brazo por encima del hombro y, aunque ella lo fulminó con la mirada, él no lo retiró hasta el final del espectáculo y llegó el momento de aplaudir.

En cuanto se encendieron las luces, Martha y él se vieron rodeados por un montón de gente que quería conocerlo. Hasta Dustin y Jeremy, sus delincuentes juveniles favoritos, habían traído a sus padres.

—¿Ah, han venido a ver el mural? —preguntó Theo a la madre de Dustin, deseoso de mostrarle los progresos que Martha había hecho con sus hijos.

—Sí, y también a verlo a usted —ante la cara de asombro de Theo, la mujer continuó—: Quería ver si es lo suficientemente bueno para esta chica tan fantástica.

—Creo que lo será —dijo Grace Tredinnick, apareciendo a su lado —. Es el chico del que os hablé —les dijo a media docena de señoras con el pelo tan azul como ella

—. Él hará feliz a nuestra Martha.

Sometido a tan intensivo escrutinio, Theo empezó a sentir un calor agobiante.

—¿No querrían ir a echar un vistazo al mural? —sugirió.

—Ya lo hemos visto —dijo una de las mujeres—. ¿De dónde es usted?

—Esto… de Nueva York.

—¿De la gran ciudad? —todas lo miraron y susurraron.

—Hay gente de la ciudad que es simpática —dijo con diplomacia la madre de Dustin—. Mi hijo me dijo que es usted marino.

Una integrante de la brigada del pelo azul lo miraba con suspicacia.

—No lleva uniforme.

—No soy marino, sino navegante —aclaró Theo.

—Pero aquí no hay mar —fue la respuesta—. ¿Quiere llevarse a Martha de aquí?

—Bueno, yo…

Por suerte, su respuesta fue interrumpida por Clare, que quería presentarle a sus padres, y detrás vinieron los de Jeremy. Al cabo de un rato, Theo no pudo más y empezó a buscar a Martha

desesperadamente.

La vio junto al mural, señalándole algo a Sadie y a dos hombres, uno con traje y corbata, y otro con una chaqueta de piloto y pantalones chinos. Theo no reconoció al de la chaqueta de piloto, pero el otro tenía que ser Spencer Tyack, el jefe de Sadie, y suspiró aliviado al ver que aquel hombre podía tener mucho dinero, pero no era el tipo de hombre al que Martha perseguiría por el país. Entonces, mientras reían por algo, el tipo de la chaqueta de piloto le puso la mano sobre los hombros a Martha, y Theo no pudo más.

—Disculpen —dijo, interrumpiendo a Grace en mitad de la frase, y fue hacia ellos.

Había unas cuatrocientas personas en el hall del teatro, y Theo tuvo que abrirse paso entre ellas para llegar hasta donde estaba ella, pero todo el mundo intentaba saludarlo o presentarse, y para cuando llegó, Martha ya no estaba. Miró a su alrededor y vio al tipo de la chaqueta de piloto hablando con las tejedoras, y a Spencer, con los padres de Jeremy, pero ni rastro de ella.

—Eh, Theo —Dustin apareció a su lado.

—Hola —Theo seguía buscándola entre la gente—. ¿Has visto a Mart… a la señorita Antonides?

—Sí, por eso venía. Está en la entrada, sentada en un banco…

Theo no lo dejó acabar.

—Gracias.

La encontró justo donde Dustin le había dicho. En las paredes estaban expuestas las colchas del grupo de *patchwork*, y los óleos y acuarelas de los artistas que había querido exponer y colaborar en la inauguración, y ella estaba sentada en un banco, rodeada por la multitud, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—Hola —dijo, cuando llegó junto a ella.

—Oh, hola —ella abrió los ojos de golpe, se sentó recta e intentó levantarse, pero él se lo impidió.

—¿Estás bien?

—Sí. Me duelen los pies. No tenía que haberme puesto estos tacones.

Theo miró sus tobillos. Los tenía hinchados, al igual que los pies.

—Quédate aquí. Iré a por tu abrigo.

—Estoy bien, de verdad.

—Claro —ni se molestó en protestar. Fue al ropero, tomó sus abrigos y volvió con ella. Martha debía de estar tan dolorida, que ni se había movido—. Nos vamos a casa —le dijo al volver con ella.

—Pero…

—Nada de peros —la tomó de la mano, le puso el abrigo como si fuera un niño pequeño y la llevó hacia la puerta.

—¿Ya te vas? —preguntó Lucille al verla ir hacia las escaleras.

—No, sólo…

—Pues sí —respondió Theo—. Martha tiene los pies hechos polvo, y tiene que ir a casa a descansar.

Lucille asintió y sonrió para animarla.

—Muy bien, cariño. Descansa. Has hecho un mural precioso, y todos estamos orgullosos —la besó en la mejilla, y también a Theo—. Cuídala —le dijo.

—Eso pretendo hacer —tomó a Martha del brazo, pero iban muy despacio porque ella no podía andar bien—. Quítate los zapatos —le dijo.

—¿Qué?

Pero él ya se había arrodillado y le había quitado un zapato. Después fue el turno del otro.

—¿Cómo voy a andar descalza ahí fuera?

—Nos las apañaremos —fue la respuesta de Theo.

En cuanto abrió la puerta de la calle, tomó a Martha en brazos, en medio de sus protestas.

—Vigila por si hay hielo —ordenó él—, y agárrate fuerte.

Martha decidió que lo mejor sería colaborar, pues él había aparcado al otro lado de la manzana, y se abrazó a él con fuerza. Theo pudo oler su perfume y sentirla tan cerca, que sus hormonas se revolucionaron. Casi lamentó cuando llegaron al coche y la tuvo que dejar en su asiento.

—Gracias.

—Ha sido un placer —y no lo decía en broma.

Cuando llegaron a casa, la llevó en brazos hasta el porche, pero tuvo que dejarla un momento en el suelo mientras buscaba la llave y abría la puerta. Cuando volvió a intentar tomarla en brazos, ella cruzó la puerta, y dijo:

—Estoy bien —y empezó a subir las escaleras delante de él.

Theo disfrutó de la vista, pero habría preferido llevarla en brazos. ¡Qué tozuda era!

Cuando entraron en casa, él señaló el sillón, y dijo:

—Siéntate. Tú no —le dijo a Ted, que lo miraba, sentado, esperando su premio.

Martha obedeció, y él se sentó frente a ella y se puso uno de sus pies en el regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a darte un masaje —hizo una mueca al ver lo hinchado que estaba su tobillo—. Qué barbaridad.

—Quería estar guapa —se justificó ella.

—Estabas fantástica, pero ha sido un precio demasiado caro —Theo empezó a trabajar la planta de sus pies y creyó escuchar un gemido de alivio. Satisfecho, preguntó—: ¿Te gusta?

—Sí —dijo, con el entusiasmo con que Dustin se enfrentaría a cinco horas de deberes—. Pero si quieres ser útil, podrías bajar a Ted a dar una vuelta.

Theo apretó los dientes. Maldición… Martha había sido un libro abierto en Santorini, pero ahora parecía haberse transformado en una esfinge de hielo.

—Vamos, Ted —llamó, levantándose—. Martha ya no nos quiere.

Pero Martha sí lo quería. Vio cerrarse la puerta tras él y siguió queriéndolo. Sólo necesitaba saber que él la correspondía. A veces pensaba que debía hacerlo.

¿Por qué si no iba a estar allí aún? ¿Por qué soportaba su mal humor? ¿Sus protestas? ¿A sus estudiantes, a sus amigos y a su perro?

¿Por qué le preparaba el desayuno, la llevaba en brazos y le daba masajes en los pies si no la quería igual que ella lo quería a él? Contuvo un sollozo de desesperación.

«Basta», se dijo, pero su voz tembló como la de una anciana. Se le habían agotado las fuerzas. Ni siquiera podía levantarse, aunque quisiera. Le dolía la espalda, el niño no paraba de dar patadas, y Martha se puso las manos sobre el vientre e intentó calmarlo.

—Tranquilo… —murmuró—. Todo irá bien.

Pero no sabía cómo.

Se quedó dormida en el sillón, a saber cuánto tiempo, y despertó cuando Theo la levantó en brazos para llevarla a la habitación. La acostó, la acarició, la cuidó.

Como si la quisiera.

Se sintió querida.

Theo se sentó en la cama junto a ella y empezó a quitarle el vestido.

—Levanta los brazos —le dijo.

Ella no protestó. Sólo cuando sintió frío fue consciente de su desnudez. Al ver el rostro sorprendido de Theo, dijo:

—No es lo que te esperabas, ¿verdad?

—Estás preciosa —le dijo en voz baja, y no apartó la vista.

El sincero cumplido le hizo a Martha recordar las otras veces en que él había mirado su cuerpo desnudo, en que la había acariciado y amado. Pero las cosas eran distintas ahora.

—No es momento para el sexo salvaje, Theo —dijo ella, con menos decisión de la que pretendía.

—Lo sé —él buscó su camisón y la ayudó a ponérselo—. ¿Puedo darte un masaje en la espalda? Te sentirás mejor.

—¿Sólo un masaje en la espalda? —al ver su mirada inocente, no pudo negarse

—. De acuerdo.

La sonrisa de Theo iluminó la habitación, e inmediatamente

empezó a quitarse el jersey y los pantalones.

—¡Theo! —protestó ella—. Dijiste un masaje.

—Y lo decía en serio —insistió él, metiéndose en la cama junto a ella y abrazándola con su cuerpo—. Shhh.

Sus protestas se fueron acallando cuando sintió los dedos de Theo en su espalda, relajando sus músculos y soltando todas las tensiones acumuladas.

Era fantástico. Martha suspiró, se encogió, se estiró hasta estar cómoda y… se durmió.

Capítulo 9

Iba a casarse con él, Theo estaba seguro. Le había dejado dormir en su cama.

Ella se levantó un poco antes que él, pero no lo despertó a gritos, sino que durmió tranquila entre sus brazos. Por primera vez en meses, Theo durmió bien también.

Se despertó fresco y animado, y ni siquiera había tenido sexo o ganado una carrera. Había ganado algo mejor: había ganado a Martha. ¡Sí!

La oyó hablar con Ted en la cocina y se levantó de un salto. Cuando ella oyó la puerta del dormitorio, se giró y le sonrió. Una de esas sonrisas cálidas y acogedoras de Martha que le hacían sentir como si lo abrazara.

—Hola —ella se sonrojó ligeramente y apartó la vista—. Gracias por el masaje de anoche.

—Cuando quieras. Iré a ducharme para llevarte a clase —él ya se sabía su horario, y también sabía que siempre protestaba cuando decía que la llevaría.

—Estaré lista enseguida.

Theo estuvo a punto de decir «casémonos», porque le parecía el momento más oportuno, pero no lo hizo. Martha no sólo no protestó, sino que le dio una tostada que acababa de hacer. Theo fue silbando al baño seguido por Ted, que no quería perder la oportunidad de zamparse esa tostada.

La quería. Tenía que quererla.

Era imposible que se pasara la noche dándole un masaje y abrazándola si no la quisiera, ¿no? Podía haberle preguntado directamente si la quería, pero no lo había hecho.

La noche anterior le había recordado al tiempo que pasaron juntos en Santorini, pero al pensarlo con calma, se dio cuenta de que había sido justo lo contrario.

Siempre que se metió en la cama con Theo en Santorini fue para tener sexo, pero lo de aquella noche fue algo más… había sido amor, pero quería que fuera él quien lo dijera.

Martha esperaba que él dijera algo cuando saliera de la habitación, pero sólo se miraron y sonrieron hasta que él se fue a duchar. Mientras iban de camino al instituto, sólo hablaron de la noche anterior y de lo impresionado que había quedado todo el mundo.

—Te recogeré a la una y media —le dijo, con una sonrisa, y le guiñó un ojo—.

Tengo cosas que hacer.

Theo llegó diez o quince minutos antes de la hora de salida, y se quedó en el coche viendo salir a los chicos de clase. Se sentía extraño,

nervioso, como cuando estaba a punto de empezar una carrera. Estaba listo: tenía la partida de nacimiento, la sentencia de divorcio y el dinero en efectivo necesario para pagar los trámites del certificado de matrimonio.

En Montana no había que esperar para poder casarse. En cuanto se tramitase el certificado podía realizarse la ceremonia. Él incluso había llamado al juez de paz para concertar una cita. Tenían el tiempo justo para pasar por el piso de Martha, recoger su partida de nacimiento, ir al juzgado, decir las palabras necesarias y nada más.

Cuando la vio aparecer, saltó del coche para tomar su maletín, abrirle la puerta y ayudarla a subir. Hasta entonces, ella siempre le había dicho que podía hacerlo sola, pero aquel día le dejó ayudarla. Theo sonrió, y volvieron a casa.

—Se me hace raro no tener que ir a trabajar en el mural esta tarde —dijo ella.

—Creo que podremos encontrar otra cosa que hacer —y miró a Martha, que estaba a punto de quitarse los zapatos—. Ve a buscar tu partida de nacimiento.

—¿Qué?

—La partida de nacimiento. La tienes, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Perfecto. Entonces ve a buscarlo y vámonos —dijo él, mirando su reloj—.

Tenemos que estar allí a las dos.

—¿Estar dónde? —le dio un vuelco en el estómago y las piernas amenazaron con fallarle, así que se sentó.

Él dudó un momento, se encogió de hombros y le dedicó su mejor sonrisa de

«navegante más sexy del mundo».

—En el juzgado —al ver su cara de sorpresa, Theo añadió—. Para casarnos.

—Casarnos —Martha se alegró de estar sentada. Sonaba estupendo, pero… allí faltaba algo, como si Theo se hubiese saltado algún paso—. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —exclamó él, irritado—. Cielos, Martha, ya lo sabes.

—Por el niño —dijo ella, de forma automática.

—Bueno, sí, pero no sólo por eso.

—¿No? ¿Entonces…?

—Porque… porque tenemos que estar juntos. Somos una familia.

Pero seguía sin decirlo. Ella sacudió la cabeza.

—¿Te importamos, Theo?

—¡Claro que sí! Si no, no habría venido hasta aquí.

—Ya sé que te importa el bebé, pero… —ella dudó, pero por fin se

lanzó—. ¿Y

yo?

—Por supuesto —dijo él, con la respiración entrecortada.

—Te importo, pero… —Martha apretó los puños—. ¿Me quieres?

Él se quedó como si lo hubieran disparado, con la mandíbula fija y la expresión ilegible.

—Te he pedido que te cases conmigo.

—Sí —dijo ella, inclinando la cabeza—. Pero eso no es amor, Theo. Eso no es lo que yo quiero.

Él la miró sin decir nada, y Martha supo que era el momento de poner las cartas sobre la mesa y esperar que con eso él lograse decir las palabras que ella tanto ansiaba oír y creer.

—Te quiero, Theo. No sé cuándo ocurrió, supongo que en algún momento en Santorini. Pensé, esperé, que tú llegarías también a amarme, pero ahora veo que me equivoqué —ella lo había dejado todo muy claro, pero Theo seguía tan inexpresivo como una roca—. No podía creerlo cuando te marchaste —empezaba a sentir un nudo en la garganta—. Esperé y esperé a que volvieras, hasta que me convencí de que lo dijiste en serio —a pesar de todo, estaba decidida a no llorar—. Pero en realidad, me hiciste un favor. Me hiciste darme cuenta de que tenía que apañármelas por mí misma y, bueno, eso estoy haciendo —logró esbozar una breve sonrisa, convenciéndose a sí misma de que lo peor había pasado—. Gracias por tu ofrecimiento, Theo. Es muy considerado por tu parte, y no te preocupes. Superaré el que no me quieras —se dio la vuelta, fue a la habitación del bebé, metió las cosas de Theo en su bolsa de viaje y después volvió con ella y se la puso en las manos—. Ten.

Será mejor que te vayas.

Él la miró en silencio un momento, y después asintió con la cabeza. Se dio la vuelta y se marchó.

«¿Me quieres?».

Era una pregunta muy simple, o eso le parecía a Martha, pero él no pudo decir nada. ¿Qué era el amor? ¿Deseos de adolescente? ¿Pasión descontrolada? Era lo que él había sentido por Jill, y a ella le había dicho que la quería muchas veces, pero desde entonces, no había sido capaz de repetirle lo mismo a nadie más. Ya no creía en ellas.

Así que si Martha necesitaba oírlas, entonces no lo necesitaba a él, maldición.

Por eso tomó la bolsa que ella le dio y se marchó. Si eso era lo que ella quería, lo tendría.

Cuando se subió al coche, lo primero que vio fue el sobre en el que había guardado sus documentos necesarios para casarse. Lo hizo una bola y lo tiró a la parte de atrás. Aquello ya no importaba.

Dejó el coche de alquiler en el aeropuerto de Butte y decidió

comprar un billete a algún sitio. ¿Dónde? ¿Qué más le daba? Lo único que quería era marcharse de allí.

Ella estaba bien, ya lo sabía, y le iría bien sin él. Tenía muchos amigos allí: los alumnos, sus padres, artistas, las señoras de pelo azul del *patchwork* y policías serviciales que harían cualquier cosa por ella. Tenía una familia grande que acudiría corriendo si ella los llamaba. No lo necesitaba.

Dejó el coche en el aparcamiento del aeropuerto y fue a la taquilla de la aerolínea a comprar un billete. No se tuvo que pensar mucho el destino, pues sólo tenía una opción: Seattle.

—¿Ida y vuelta o sólo ida, señor? —preguntó el dependiente.

—Sólo ida —respondió él, sin corresponder su sonrisa.

—Bien —y tecleó algo en su ordenador—. ¿Va a facturar su equipaje?

—No, viajo ligero —dijo Theo.

Como siempre, desde que se fue de casa con dieciocho años tras una discusión con su padre. Sócrates Savas quiso imponerle la universidad y la carrera que iba a estudiar, y Theo agarró su bolsa y se fue decidido a labrarse su propio destino y a no ser una marioneta de su padre. Hizo lo mismo después de divorciarse de Jill. Se conocieron y se casaron en Sydney, Australia, y cuando todo acabó, él se marchó y navegó en solitario por todo el mundo para probarse a sí mismo que no necesitaba nada ni a nadie.

Así fue como dejó a Martha en Santorini. Y aquella vez no sería diferente.

Sobreviviría.

El dependiente le dio su billete.

—Tiene que bajar por las escaleras, pasar el control de seguridad y llegar a la sala de espera de salidas. El embarque se realizará dentro de media hora.

Él asintió, se guardó el billete en el bolsillo y fue hacia el control de seguridad.

Nada más cruzarlo, con el ánimo cada vez más ensombrecido, al llegar a la sala de espera de salidas vio el mural de Martha.

Era la primera vez que lo veía, pero reconoció su estilo inmediatamente.

Reflejaba su entusiasmo y vitalidad, su detallismo y su cariño por las cosas y las personas. Era cien por cien Martha.

El mural mostraba alegres escenas en las que había dibujadas personas en la torre Eiffel, en la Muralla China, escaladores en los Alpes y aventureros en el Amazonas. Al mirar hacia arriba reconoció el Big Ben, el Machu Pichu, la Opera de Sydney, una de las esculturas de la Isla de Pascua, el Golden Gate Bridge… Theo se detuvo al reconocer uno de los lugares reflejados: el resto de escenas mostraban

a gente de vacaciones, divirtiéndose, pero aquella imagen de Santorini… Porque era Santorini… aquello era especial. Había más detalles en el dibujo; Theo reconoció la tienda de Costas, la oficina de venta de billetes del ferry junto al puerto, su casa, de quien quiera que fuera, con las flores de la buganvilla en la fachada. En la ventana de la casa había una mujer delgada de pelo negro con un bebé en brazos. «Martha», pensó, pues era ella. El resto de la gente de la pintura parecía alegre, pero no ella.

Ella miraba con expresión triste e incrédula, como esperando a alguien.

Pero él volvió… volvió a Santorini por ella. En ese momento, Theo se dio cuenta, pero ella no lo sabía. Cerró los ojos un momento y, al abrirlos, observó de nuevo la pintura. Había un velero alejándose del puerto. Era su velero, y era él quien lo dirigía. Y estaba solo. El resto de la gente en la pintura estaba en grupos, riendo, de paseo, comiendo… pero él estaba solo. La pintura le abrió los ojos, y entonces se dio cuenta de que, siempre que había huido, lo último que quería era estar solo. Llevaba solo mucho tiempo y le dolía demasiado.

Las palabras de Martha resonaron en su mente: «¿Me quieres, Theo?».

Ya sabía la respuesta, pero… ¿encontraría fuerzas para pronunciar las palabras, para decírselo?

Martha consiguió mantenerse serena hasta que echó al hombre de su vida de casa. Pensó que lo peor había pasado cuando le confesó su amor por él, pero nada de eso. Lo peor empezó cuando oyó sus pisadas resonar en las escaleras, el motor de su coche alejándose y después el silencio.

Se había ido.

Ella había jugado y había perdido. Theo no respondió hasta que lo echó de su vida.

—Bien hecho —se dijo, con voz entrecortada.

Pero no podía permitirse el lujo de empezar a llorar. Tenía trabajos que corregir, clases que preparar y, además, tenía que practicar sus ejercicios de respiración para el parto. Lo peor era que si empezaba a llorar, nunca acabaría.

Intentó mantenerse activa, así que fue a llevar a Ted de paseo. Pero Ted prefería pasear con Theo, que andaba más rápido que Martha, precavida por el hielo, y le dejaba entretenerse a olfatear cuando quería.

—Tendrás que acostumbrarte —le dijo al perro cuando llegaron a casa—. Él se ha ido —el consejo era casi más para ella que para Ted.

Martha se preparó un tazón de sopa porque, aunque no tenía hambre, sabía que tenía que comer por el niño. Mientras cocinaba, le dio una golosina a Ted, como hacía siempre Theo, y el perro la miró

esperanzado, esperando el segundo premio. Theo siempre le daba dos.

—Se acabó —le dijo Martha, severa.

Ella tenía principios. Era dura y estaba decidida a seguir adelante sola en la vida. Qué suerte tenía.

—Tonta —murmuró al sentarse a la mesa. Se enjugó las lágrimas bajo la atenta mirada de Ted.

—Vete a dormir —le dijo Martha, pero el perro se quedó a su lado, siempre atento por si alguien le daba de comer de la mesa, aunque Martha nunca lo hacía.

Casi la había convencido para que le diera una galletita salada cuando sonó el teléfono.

—¿Señorita Antonides? —dijo una voz masculina cuando ella respondió—. Soy el agente de policía Mallon. ¿Se acuerda de mí?

Claro que se acordaba de él. Había hablado con él por última vez en la representación… el mural le había gustado mucho. ¿Qué pasaría? Seguro que Dustin o Jeremy se habían metido ya en líos.

—¿Podría venir a la comisaría de policía? —dijo el agente Mallon.

—¡Iré enseguida!

Le dio a Ted los restos de su cena, se abrigó y salió corriendo por las escaleras.

Iba a matar a esos chicos, pero al menos, sacaron a Theo momentáneamente de sus pensamientos.

Tuvo que caminar cinco manzanas hasta llegar a la comisaría. Llegó a la comisaría tan rápido como pudo y, después de identificarse y preguntar por el agente Mallon, esperó a que él llegara.

—Me alegro de que haya podido venir —le dijo él en cuanto apareció.

—Claro. Le agradezco que me haya llamado. Lo siento, no puedo creer que hayan vuelto a hacerlo. Creí que andaban por el buen camino —balbuceó mientras él la conducía a un área de acceso restringido dentro de la comisaría.

—¿Se refiere a Dustin y a Jeremy? —dijo el agente—. Creo que, en efecto, van por el buen camino, pero no se trata de ellos esta vez —abrió otra puerta de una sala de confinamiento y señaló al hombre que estaba sentado en un banco de cemento—.

Se trata de él.

—¿Theo? —Martha se quedó mirándolo como si hubiera visto un fantasma.

Él la miró, sin sonreír. Serio y pálido, y con aire desafiante.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estás…?

—Daños a una propiedad privada —le informó el agente.

Martha dejó de mirar al hombre sentado en el banco y se giró hacia el policía.

—¿Daños? ¿Qué ha hecho?

—Lo normal —dijo el agente Mallon—. Graffitis —abrió la puerta de nuevo para que ella saliera—. Puede verlo usted misma.

Después de cerrar la puerta, el policía la condujo a una habitación con ventanas y señaló al edificio del otro lado de la calle. Martha miró donde le decían y leyó, escrito en letras grandes y torpes: «Theo quiere a Martha».

—Él dijo que tal vez usted quisiera pagar la fianza —le dijo el agente.

Martha no podía dejar de mirar el graffiti, pero pronto su visión se emborronó por las lágrimas. Entonces se giró hacia el policía, y le dijo:

—Supongo que sí.

Él temió que la puerta no se volviera a abrir, que fuera demasiado tarde, que hubiera perdido.

Y entonces apareció ella. No decía nada, pero sonreía y contenía las lágrimas.

—No llores —le dijo él rápidamente—. No quiero hacerte llorar.

—Pero yo sí quiero llorar —le dijo ella con decisión, y fue a abrazarlo, para que él la besara y se fundieran en un abrazo infinito.

—Llora cuando lleguemos a casa —le apremió él—. Quiero salir de aquí.

—Debería dejarte aquí toda la noche —le dijo Martha, llorando y riendo a la vez

—. Pensaba que serían Dustin o Jeremy, y venía dispuesta a matarles, así que ahora debería enfadarme contigo.

—No —dijo Theo—. No lo harás.

La rodeó con un brazo mientras el policía les abría la puerta.

—Pueden irse. Estamos en contacto con el dueño. Si él está de acuerdo, sólo tendrá que pintar de nuevo la pared. ¿De acuerdo?

—Desde luego —respondió él.

—No sé —dijo Martha—. Tal vez quiera dejarlo ahí para poder leerlo de vez en cuando…

Theo hizo una mueca.

—O tal vez puedas aprender a decírmelo —sugirió ella.

Theo la besó suavemente.

—Tal vez pueda hacer eso.

Y lo hizo.

Esa misma noche, consiguió pronunciar las palabras, aunque no fue tarea fácil.

—Me cuesta mucho. Sufrí mucho en el pasado, y eso me afectó —y le explicó su historia con Jill—. Tenía diecinueve años cuando me casé con ella. Ella, veintisiete, y estaba enamorada de otra persona. Él también era navegante, no quería ataduras y se fue a navegar solo; un mes más tarde, encontraron su barco, pero a él no.

—Cielos —susurró Martha, abrazada a él, escuchando y empezando a comprender por qué Theo había sido tan cerrado en cuanto a sus sentimientos.

—Fui un idiota y pensé que podría ocupar su lugar. Ella se sentía sola, y pensó que podría funcionar. Probablemente nuestra relación estuviera condenada desde el principio, pero él volvió y la encontró casada conmigo —miró a Martha, y al ver su cara de sorpresa, siguió hablando—. Él no murió. Sobrevivió, consiguió llegar a tierra y tardó seis meses en llegar a Sydney, dispuesto a emprender una nueva vida junto a la mujer que había dejado atrás. Y ella seguía amándolo — Theo se quedó mirando al techo.

—¿Y la dejaste ir?

—No tenía otra opción —hizo lo mejor para los dos, pero desde luego que fue doloroso—. No quise complicaciones a partir de ese momento, pero tú te metiste en mi corazón. Me hiciste desear cosas que no había deseado desde que estuve con Jill.

¡Más que con Jill! —dijo con decisión—. Me dio miedo. Por eso me marché.

—¿Por eso te marcharse? —preguntó ella, apoyándose sobre el codo para mirarlo.

—No quería ataduras —admitió él—. Pero volví.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Unos días antes de cuando tú tenías que marcharte. Quise darte una sorpresa.

Verte… no lo sé. Tal vez no habría funcionado. Entonces tampoco habría podido decir las palabras que tú necesitabas oír.

—Pero las has dicho esta noche.

—Sí, como tus chicos inadaptados que no encuentran otra vía de expresión más allá de los botes de pintura.

—Fue un buen comienzo —Martha se abrazó a él y lo besó.

—¿Te casarás conmigo ahora? —le preguntó él.

—Me casaré contigo —prometió ella—. Eres mi amor y la alegría de mi corazón.

Edward Martin Savas nació un mes después.

—Ed y Ted —dijo Theo alegremente. Había vuelto al hospital esa tarde con los brazos llenos de paquetes y copos de nieve brillándole en el pelo—. Serán inseparables.

—¿Quieres ponerle nombre en función del perro? —rió ella.

—Bueno, al menos el perro no daña propiedades privadas, como hace su padre.

Bueno, no muy a menudo —sonrió Theo—. No me importa. ¿Qué te parece?

—Me gusta —le gustaba él. Y Ted. Y Ed—. Quítate la chaqueta y quédate un rato.

Las chicas de la clase de punto habían tejido montones de jersecitos para el niño, y las señoras del pelo azul del *patchwork* habían hecho una colcha para su cuna.

Dustin, Jeremy y Clare le mandaron fotos del mural y una nana que pretendían pintar en su cuna, y Spencer le regaló la escritura de una parcela de terreno en Elk Park. Y aún quedaban todos los besos y regalos de los Savas y Antonides, que estaban al llegar.

Martha abrazó al niño; gracias a él había vuelto el hombre al que amaba más que a nada en el mundo.

Theo los miraba a los dos pensando en que, sin el niño, no habría conseguido a Martha ni la oportunidad de volver a amar. Levantó un dedo y acarició con él a Ed en la mejilla.

—Una familia feliz —dijo Martha, y atrajo a Theo con ella a la cama.

—Eso somos nosotros —susurró Theo—. ¿No crees, chico?

El bebé arrugó los labios y suspiró. Desde la chaqueta de Theo salió un medio ladrido de asentimiento.

Fin